
3 1761 07286333 5

LUNA DE MIEL

Y OTRAS NARRACIONES POR MANUEL GALVEZ

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS AMERICANOS. - Vol. III - BUENOS AIRES 1920

LUNA DE MIEL
Y OTRAS NARRACIONES

Manuel Galvez

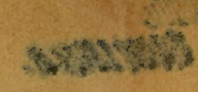
Manuel Gálvez nació en la ciudad de Paraná, República Argentina, el 18 de Julio de 1882. Recibióse de abogado en Buenos Aires; su tesis universitaria versó sobre *La trata de blancas*. Comenzó a escribir a los diez y ocho años. En 1903 fundó, en colaboración con Ricardo Olivera, la revista *Ideas*, la que agrupó a los mejores escritores de la joven generación. Su obra, que comprende once volúmenes, comenzó en realidad con la publicación de su primer libro de versos, en 1907, al que siguieron *Sendero de humildad*, versos también, recientemente reeditado, y *El diario de Gabriel Quiroga*. A fin de 1913 publicó *El solar de la raza*, que dos años después premió con diez mil pesos el Gobierno Nacional, y que ha alcanzado ya a la quinta edición. Luego han venido sus cuatro novelas y un tomo de críticas. Fundó en 1917 la Cooperativa Editorial Buenos Aires, que ha publicado ya 50 volúmenes, en su gran mayoría argentinos. Han comentado la obra de Manuel Gálvez, total o parcialmente, en libros, artículos, conferencias o discursos, muchos escritores de valer, españoles y americanos, entre ellos Gabriel Alomar, Miguel de Unamuno, Ricardo León, José Carner, Julio Cejador, Enrique Diez-Canedo, José Ortega Munilla, Andrés González Blanco, Monteiro Lobato, Rafael Obligado, Oliveira Lima, Lucio V. Mansilla, Leopoldo Lugones, Claudio de Souza y Arturo Capdevila.

BIBLIOTECA DE NOVELISTAS AMERICANOS

Luna de miel
y otras narraciones

MANUEL GALVEZ

EDITORIAL «PATRIA»
AGENCIA GENERAL DE LIBRERIA Y PUBLICACIONES—RIVADAVIA 1573
BUENOS AIRES
1920






LUNA DE MIEL

Alfonsina Storni:

Dedícole este cuento, en testimonio de verdadera estimación literaria y de muy leal amistad.

I

Hace algunos años, para remediar el cansancio físico y nervioso a que me condujeron mis trabajos entonces abrumadores, fuí a pasar una corta temporada en un pueblo veraniego, próximo a Buenos Aires. Me alojé en el único hotel de la localidad, un establecimiento asaz mediocre, pero que tenía un pequeño parque donde abundaban los grandes árboles y los rincones poéticos. Apenas había allí veinte pasajeros, todos ingleses; era primavera, y "la estación" no comenzaba hasta Diciembre.

Durante la primera semana, me encantaron la soledad, la calma y el silencio de aquel lugar.

Me pasaba las horas sentado en el corredor o vagabundeando por los jardines. Hasta aquella época yo no había salido de Buenos Aires sino excepcionalmente, y, sin duda por esto, era para mí algo raro y delicioso vivir tantas horas sin ver seres humanos, lejos del bullicio de la ciudad. Sentía un placer nuevo en absorber el aire puro, oliente a eucaliptus y a aromillo; en quedarme bajo los árboles, teniendo ante mis ojos el paisaje del parque y del inmenso río próximo; y en dormitar a la siesta, en una mecedora, mientras llegaba a mis oídos, como una musiquita jubilosa, el cantar de cristal de los pajaritos.

Pero en la segunda semana comencé a aburrirme. Aquellas tres cosas que en los primeros días me fueron tan gratas: la soledad, la calma y el silencio, no tardaron en volvérseme monótonos e insufribles. El hombre de ciudad reapareció en mí, y tuve necesidad violenta de ver aquellas adorables calles de Buenos Aires que ahora me parecían indispensables a mi sensibilidad y a mi espíritu. Pero yo no quería ir a la

ciudad, por razones de orden terapéutico, en la convicción de que mi organismo fatigado exigía la descansada vida de aquel hotel. Por las mismas razones, no había llevado libros ni quería leer. ¡Si al menos hubiera tenido con quien comentar las cosas del mundo! Pero mis compañeros de hospedaje eran absolutamente inabordables, sin contar con que, aparte de una *miss* que pintaba horrendas acuarelas y a la que solía encontrar inevitablemente en mis paseos nocturnos por el parque, ninguno de ellos me interesaba. ¡Eran tan monótonos, tan iguales, tan feos aquellos ingleses!

El hastío llegó a ser mi compañero inseparable. No se apartaba de mí ni un solo instante; y no necesito exajerar, si afirmo que jamás, en toda mi vida, conocí un compañero más hartador. ¡Qué días pasé en aquel soporífero hotel! Se respiraba allí un espeso aire de aburrimiento. En el comedor, donde esto era más visible, nadie hablaba ni reía. Para mí constituía un arduo problema encontrar algo en qué poner mis ojos o en qué ocupar mi imaginación. Como

los vecinos eran siempre los mismos y no cambiaban nunca de expresión, no había para qué mirarlos. Me dediqué a contemplar filosóficamente a las infelices moscas que caían en la manteca, y a admirar el heroísmo con que luchaban para reconquistar su libertad perdida. Después de comer, los pasajeros, en lugar de reunirse a conversar, leían, entre bostezos, sus castas novelitas inglesas.

II

Llevaba quince días en esta existencia abominable, cuando cierta mañana observé un inusitado movimiento. Pregunté la causa al gerente, quien me informó que a la noche llegaría una pareja de recién casados. La noticia, según ví en las caras de la gente, circuló muy pronto por el hotel, impresionando, como era lógico, a todo el mundo.

El arreglo de los cuartos que iban a ocupar los novios comenzó desde temprano. Las personas del servicio, que antes eran flemáticas y lentas y parecían impregnadas del aburrimiento que llenaba la casa, se habían transformado. Trabajaban activamente, con una sonrisa ale-

gre que yo no les conocía. Algunos pasajeros, interesadísimos, los mirábamos hacer. Yo, que desbordaba ya de simpatía hacia la pareja que venía a aliviarme en mi hastío, y como un recurso para narcotizar el tiempo que en aquella casa parecía inmortal, me introduje en los cuartos que les destinaban y colaboré con oportunas indicaciones en el arreglo de los muebles. Creo que hasta contribuí materialmente a mover el futuro lecho nupcial, empleando en la trascendental maniobra un cuidado casi religioso. La inglesa de las acuarelas pintó furiosamente aquel día; y una vez que pasó frente al que iba a ser nido amoroso, la ví bajar los ojos con explicable pudor. Luego supe que había protestado ante el Gerente. Era para ella *schoking* que aquellas personas fueran a exhibir en el hotel sus intimidades sentimentales. Yo me sentía feliz. ¡Por fin iba a concluir la monotonía de aquella vida! ¡Bienvenidos los novios, que traían a aquel yermo espiritual y emocional esas cosas tan bellas y tan necesarias al hombre que llamamos Alegría, Felicidad, Amor!

III

Los novios llegaron a la noche, poco antes de sentarnos a la mesa. Todo el hotel los esperaba. El gerente y una docena de personas del servicio los recibieron a la entrada. Algunos pasajeros, sin disimulo, se les cruzaron en el camino. Un inglés, que jugaba en ese momento al billar, se les plantó delante, con el taco en la mano y la pipa colgando de la boca. Yo me había ocultado detrás de un eucaliptus, junto al sendero orillado de árboles, por el que debían pasar. Al novio ni le miré. Ella le daba el brazo e iba deliciosamente ruborizada. Al llegar frente a mí, como el paraje estaba oscuro y

solitario se atrevió a mirar a su marido que la atrajo hacia sí y la besó en la boca. Yo, entonces, logré contemplar en los ojos negros de la novia un resplandor ardiente, un intenso deseo de amor. Tenía un tipo criollo, o mejor dicho provinciano. Era morena, y, en cierto sentido, bonita. Parecía modesta, sencilla y buena. De su persona se desprendía un penetrante aroma de dulzura y de felicidad.

Aquella noche el comedor se animó extraordinariamente. Nadie esperaba a los novios, quienes, como era natural, se habían encerrado en sus cuartos. Pero todos estábamos inquietos. Yo comí con un apetito devorador y enteramente inusitado en mí, bebí media botella de vino, cosa que jamás hice, y, por vez primera, experimenté una extraña simpatía hacia todos los ingleses que me rodeaban. En algunas mesas, donde antes nadie movía los labios para hablar, noté leves sonrisas y hasta conatos de diálogo. El inglés que saliera con el taco en la mano para ver a los novios y que comía con dos amigos, había abandonado su británico si-

lencio y refería anécdotas, las que debían ser muy espirituales a juzgar por las caras de sus oyentes. Una inglesa tenía la mirada lejana y dulce. El mozo que me servía dejó caer al suelo una fuente con pescado. La *miss* de las acuarelas no probó la comida.

Los novios eran mis vecinos de cuarto. Pero yo no quise oir ni saber nada. Había ido a aquel hotel para cuidar mi salud y mis nervios, y no era cosa de perderlo todo en un instante. Anduve vagando por el parque hasta pasada la media noche. Había una magnífica luna llena, y todas las cosas dormían su impávido sueño de plata. El silencio era más hondo que nunca, la quietud más profunda. Un lirismo de balada germánica parecía penetrarlo todo. Yo no sé si el vino que bebiera se me había subido a la cabeza, pero juraría que el parque tenía aquella noche un estremecimiento de amor. Por los blancos senderos volaban suspiros y susurros, y bajo los árboles, húmedos de silencio, los besos pasaban. Tropecé varias veces con la *miss* de las acuarelas, y en una ocasión, al encontrar-

nos en una glorieta, nos dirigimos al mismo tiempo la palabra. Hablamos con cierta languidez de cosas tan singulares como aquella luna y aquella noche. ¡Qué poéticos estuvimos! Al cabo de un cuarto de hora me alejé de la glorieta para seguir vagando en compañía de mi ensueño. Cerca de la una me acosté, pero no pegué los ojos en toda la noche. Creo que había mosquitos.

IV

Al día siguiente, en el almuerzo, devoraba yo una buena ración de fiambres surtidos cuando aparecieron los novios. Fué un minuto emocionante. Los sirvientes quedaron clavados en el suelo, con las fuentes en las manos. Las inglesas, púdicamente, bajaron los ojos. El bárbaro del taco y la pipa me hizo una guiñada impertinente, y la *miss* de las acuarelas me miró con ojos románticos.

Los novios ocuparon una mesa vecina a la mía. Yo, como es natural, pasé observándolos toda la hora que duró el almuerzo. El marido era delgado, de estatura mediana, moreno, de

cara pequeña. Representaba treinta y cinco años. Tenía los ojos chiquitos y sin expresión, y un bigotillo vulgar. Su aspecto, nada distinguido, por cierto, era el de un empleado subalterno. Ella era menos bonita de lo que me pareció la noche anterior, pero su aire de mansedumbre y la dulzura de sus ojos la hacían atrayente y simpática.

Hablaban poco. Ella iniciaba temas, hacía preguntas; pero a él no parecía interesarle las mismas cosas que a su mujer. Solía mirar al techo, a los vecinos de mesa y a su mujer con cierto aire displicente, con la despreocupación de quien se juzga por encima de todo lo que le rodea. Una vez, ella, cuando creyó que nadie la veía, tomó al marido una mano, al tiempo que le miraba amorosamente a los ojos. El, sonriente, puso en la mano de su enamorada mujercita, por respuesta, la bolita de pan que tenía en los dedos desde hacía diez minutos. Así le daba a su compañera en la vida una prueba evidente de su amor.

Pero lo que más me interesaba en la pareja eran los ojos de la muchacha. Aquel resplandor que yo había sorprendido en ellos la noche antes, parecía haberse borrado casi por completo. Su mirada tenía ahora yo no sé qué de opaco y de desvanescente, algo que me era muy difícil de precisar. ¿Sería un átomo de desilusión? ¿Una migaja de tristeza? Lo ignoro, y sólo puedo afirmar que en su boca, expresiva y fresca, asomaba de tarde en tarde un breve gesto melancólico.

Al salir del comedor pasaron junto a mí. Ella, que había tal vez notado la simpatía con que yo la observaba, me miró confiadamente. Me pareció que de su persona ya no se desprendía el mismo aroma de felicidad que la noche antes. Pero no era posible. Seguramente yo me equivocaba. Cosas de psicólogo en vacaciones, sin duda.

V

Transcurrieron varios días. A fuerza de vernos, los novios y yo llegamos a saludarnos. Al principio fué un saludo frío, cortés; pero luego se tornó tan afectuoso que lo enviábamos envuelto entre inclinaciones y sonrisas. Yo veía que el marido rabiaba por entrar en amistad con alguien y que meditaba alevosamente el modo de aproximárseme. Esta preferencia hacia mí era explicable, pues allí no había otro argentino que yo, y a los ingleses, ¡cualquiera se les acerca!

La ocasión para que el individuo realizara su plan se presentó una mañana que llovía. Yo,

más aburrido que nunca, pues ni siquiera podía pasear por el jardín, me había puesto a jugar solo al billar. Acababa de errar, por una insignificancia, una estupenda carambola por tabla, cuyo éxito me hubiera elevado en mi propia consideración, y miraba el billar, cabeceando desoladamente, cuando oí una voz compasiva que decía:

—¡Qué lástima! ¡Y tan bien tirada!

Me volví, y, con cierto asombro, pues me creía solo en la sala, me encontré con el recién casado. Presentí su acercamiento amistoso. Y aunque el hombre no me interesaba absolutamente, acepté su conversación. Al fin y al cabo era necesario hablar con alguien. Y pensando en que ahora podría conocer a la novia, cuya expresión me era tan simpática, lejos de esquivar la charla de aquel sujeto hasta le invité a jugar.

Aquella misma noche me presentó a Carmen. Hablamos muy poco. Era una muchacha tímida, y carecía de mundo. Algunos días después, me pareció que no le agradaba mucho la

relación de su marido conmigo. Y no podía atribuirlo a que le fuese yo antipático; al contrario. Se me ocurrió que tal vez temiese ser abandonada cada día por largos ratos. Como todas las recién casadas, ¿no era probable que quisiese tener a su marido junto a ella, durante todas las horas, todos los minutos y todos los segundos del día? No tardé en convencerme de que había acertado. Al aproximármeles, me miraba ella con benevolencia y afecto, pero parecía pedirme con los ojos que me alejara, que no le siguiera a su marido si él quería apartarse para charlar conmigo o para jugar al billar. Era evidente que deseaba estar sola con él, y que trataba de evitarle todo pretexto de interrumpir el coloquio sentimental.

A los cuatro o cinco días de nuestra primera conversación, Gómez casi no se apartaba de mí. A las ocho de la mañana ya le tenía en mi cuarto; más tarde me buscaba por el jardín. Me era imposible esconderme o huirle. Aquel hombre parecía un detective: me encontraba en seguida. Muchas veces, detrás de su figurilla

vulgar, solía aparecer Carmen, que pretendía separarle de mí. Casi nunca lo conseguía, y nos quedábamos los tres a conversar. Carmen era de muy pocas palabras. Parecía estar viviendo horas de preocupación y melancolía. Aquel algo indefinible que yo venía observando con curiosidad, y que no sabía si era un átomo de desilusión o una migaja de tristeza, aumentaba evidentemente día por día.

VI

Hasta entonces sólo había hablado con Gómez de cosas sin interés para mí. Al hombre le apasionaban las carreras de caballos, y, como su mujer no entendía nada de esas cosas, él se desquitaba conmigo. Una noche, mientras jugábamos una partida de carambolas, cayó en el tema confidencial.

—¿Sabe que me aburro?—me dijo de pronto, haciéndome fracasar un retroceso con el que yo pensaba lucirme.

—¡No puede ser!

—Pues es la verdad. Hace ocho días que hemos llegado, y ya no aguanto más. No sé qué

hacer, amigo. ¡Cosa difícil, matar el tiempo aquí!

Me quedé un tanto perplejo, pensando en los ojos de su compañera y en ese algo hasta entonces indefinible y que yo empezaba a precisar.

—¡Y qué diré yo que estoy solo!—exclamé. —Usted tiene a su mujercita; mientras yo...

—Sí... pero... ¿qué puede hablar uno con su mujer? Le cuento a Carmen cosas de la oficina, y no le interesan. Le hablo de las carreras, ¡y no entiende, amigo! De política, y es lo mismo. Le cuento cuentos, porque a mí me gustan mucho los cuentos, ¿sabe?, y bueno: ¡no le hacen gracia, amigo! Yo no sé qué le interesa. Le seré franco; ya no tengo tema de qué hablarle.

Estas palabras del recién casado me asombraron y me produjeron cierto disgusto. Si yo no hubiera tenido una opinión formada sobre Gómez y sobre los hombres, aquel individuo me hubiera sido odioso. Pero le consideraba a él como un pobre diablo, y a los de mi sexo, en

general, como los más egoístas de los animales de la creación. Las palabras de Gómez me hicieron adivinar el hondo drama interior que estaba ya viviendo la sensible y enamorada Carmen.

—A usted le toca jugar—me dijo, pues en mi preocupación yo permanecía inmóvil, con el taco descansando en el suelo.

Erré la carambola, que era facilísima.

—¡Suerte que mañana vuelvo a la oficina! —exclamó Gómez, contento de pensarlo.—Carmen se quedará sola, pero no hay más remedio. Ya estoy deseando encontrarme con mis amigos, ir a las carreras...

Y subrayó estas últimas palabras, que había pronunciado mientras forraba de tiza el taco, con un complicado guiñar de ojos y balanceos de cabeza y con una frase de tango que silbó entre dientes.

VII

Debo declarar, antes de seguir adelante, que tengo una sensibilidad especial para los dolores del alma. Leo en un diario que toda una familia ha sido asesinada y permanezco indiferente; pero adivino el drama interior de una mujer incomprendida, y me conmuevo. Sé que la vida es una larga serie de sufrimientos y miserias, y por ello parecerá que los dramas interiores no debieran impresionarme tanto. Pero es que sé también que todo tiene su remedio, puesto que todo es temporal, aunque después de una pena venga otra; y sufro al ver que un ser humano no ha sabido encontrar el pequeño remedio para su pequeño dolor.

Al otro día, a la hora del almuerzo, Carmen fué sola al comedor. Tenía ojos de haber llorado, y no comió casi nada.

Durante toda la tarde la vi andar de un lado a otro, triste, preocupada, sin saber qué hacer. Yo no creía que entre ella y su marido hubiese ocurrido algo grave. Gómez no era malo, sino egoísta e infeliz; nada más. En las muchas veces que hasta entonces había hablado con ellos, jamás le oí a Gómez la menor palabra molesta para su mujer. Al contrario, me pareció que trataba de mostrarse cariñoso. Pero no conseguía sino exhibir su indiferencia y su incomprensión absoluta del alma y del corazón de Carmen. ¿De qué sufría, pues, Carmen? Sufría de desilusión, un mal que ataca a la mayor parte de las mujeres en ese período paradisíaco que llamamos luna de miel...

Aquella tarde, al volver a mi cuarto, después de haber tomado el te en el jardín, vi a Carmen sentada en el corredor, inmóvil, con los ojos lejanos. Pasé junto a ella y la saludé, enviándole en mi mirada toda la simpatía que

en ese instante me causaba su pena. Ella, sin moverse, me miró también rápidamente. No sé si me equivoqué, pero creí haber visto en sus ojos, a la par que un gran desengaño, un poco de agradecimiento hacia mí. No quise detenerme, con miedo de molestarla o de herir el pudor de sus sentimientos, y me alejé.

Gómez llegó minutos antes de comer. Ella le esperaba desde hacía una hora, en el sendero de los eucaliptus. Desde lejos vi que se besaban con cariño. Gómez desbordaba de contento y traía varios diarios. Pasaron cerca de mí. Carmen parecía haber olvidado repentinamente su pena. Aquel beso del marido había bastado para darle un poco de alegría, aunque en su rostro quedaban las huellas de sus tristezas. Pero Gómez no era capaz de verlas.

En el comedor el marido pasó casi todo el tiempo leyendo sus periódicos. Carmen le interrumpía a cada momento, desesperada por conversar con él. Pero era inútil; Gómez le contestaba con monosílabos, o no le contestaba, y se absorbía más en su lectura. En una o dos

ocasiones vi aparecer en el rostro de Carmen una leve sonrisa: era que el marido iba a hablarla. Y en efecto, Gómez dejaba su diario y decía a su mujer algunas frases. Pero la expresión de desaliento de Carmen y el gesto del marido señalando la última página del diario, me hicieron comprender que le hablaba de las carreras. Casi al final de la comida, cuando ya no tenía qué leer, se dispuso a conversar. Por algunas palabras que oí, me enteré que hablaba de su oficina, de amigos que había encontrado y de un ascenso en perspectiva.

Desde el día siguiente, Gómez se ausentó a las ocho, todas las mañanas. Regresaba a las ocho de la noche, minutos antes de comer. Carmen pasaba el día inmóvil, como aletargada, como ausente de la realidad. No hablaba con nadie. Al atardecer, después de mi te en el jardín, yo la encontraba, infaliblemente, sentada en el corredor. Pasaba junto a ella con lentitud, y, respetando su sufrimiento, me limitaba a darle las buenas tardes y a mirarla con fraternal simpatía. Con el regreso del marido, Car-

men cobraba un poco de animación. En la mesa, Gómez leía siempre sus diarios, comentando, excepcionalmente, algunas noticias. Ella intentaba dialogar con él, y a veces hasta le tomaba una mano; pero él no le hacía caso, interesado en su lectura.

Al principio, yo ignoraba por qué Carmen no recibía visitas. Pensé que, como suele ocurrir, su familia tal vez no quisiera interrumpir el idilio de la recién casada. Pero no tardé en saber que Carmen era provinciana y que sus padres vivían en una ciudad del norte. Había conocido a Gómez en un veraneo por las sierras de Córdoba.

VIII

Una noche en que Carmen, en seguida de comer, se había retirado a sus habitaciones y en que su marido y yo llevábamos dos horas de billar y charla, vino una sirvienta a llamar a Gómez "de parte de la señora". Eran las once y media, y en todo aquel día de luna de miel Gómez apenas había pasado con su mujercita la hora del comedor. Le rogué que dejásemos la partida y que fuese a acompañar a Carmen. Le aconsejé y le hablé con entusiasmo de su mujer. Fué inútil. Quiso terminar aquella tercera partida, que a mí me remordía como un delito. Eran las doce cuando concluímos. Yo

me fuí a mi cuarto y me acosté. El se quedó bebiendo un whisky.

Al cabo de diez minutos de estar en mi cama, oí que Gómez entraba en su cuarto. Inmediatamente su voz llegó a mis oídos. Sus palabras fueron de fastidio al principio y de enojo luego; y a juzgar por ellas, Carmen lloraba. No obstante estar separados nuestros cuartos por un débil tabique, yo sólo percibía fragmentos de frases. Pero no era difícil adivinar y reconstruir lo que decía Gómez. Con los trozos que me llegaban, y conociendo el vocabulario, los modos de expresión del individuo y sus opiniones, puedo asegurar que sus palabras debieron ser éstas, casi exactamente:

—Pero... ¿por qué es ese llanto? Yo quiero saber por qué es ese llanto estúpido. ¡Fastidio! No habrá en el mundo una mujer más feliz. ¿No te hago el gusto en todo? ¿No te quiero, acaso? A ver: ¿te quiero o no? ¡Cosa bárbara! ¡Se necesita paciencia, amigo! Todas las mujeres son iguales; puro egoísmo. No quieren que sus pobres maridos salgan, ni que ten-

gan amigos, ni que se diviertan, ni que trabajen siquiera. ¿Y qué va uno a hacer? Yo estoy en Buenos Aires casi todo el día, es cierto. Pero, ¿y mi oficina? ¿Y el ascenso que estoy por conseguir? Además, no me voy a aislar de la gente por haberme casado. Los amigos son los amigos, y las relaciones hay que cultivarlas, porque cualquier día pueden ser útiles.

Carmen no contestaba una palabra, pero debía estar llorando. Yo adivinaba que estaba llorando. Gómez continuó durante un largo tiempo. Detalló sus ocupaciones en Buenos Aires, para que Carmen "no creyese que andaba en malos pasos". Dijo con quiénes se reunía, de qué trataba con sus amigos. Su empleo en la Municipalidad sólo le llevaba la tarde, pero como debía estar allí a las doce en punto y necesitaba "trabajarse" el anunciado ascenso, no tenía otro remedio que ir a la ciudad por la mañana.

Yo pensaba en aquella absurda lectura de periódicos en el comedor y en las partidas de billar que jugaba conmigo. Las palabras de

Gómez me hacían daño. Pero no me indignaba ni podía indignarme por ellas. Sabía que los hombres éramos, más o menos, tan egoístas como Gómez, que estaba en nuestra naturaleza ser de ese modo, y que todas las mujeres del mundo tendrían derecho de hacer à sus maridos, en mayor o menor grado, reproches análogos a los que Carmen hacía tal vez a Gómez.

Cuando el hombre acabó de hablar, yo sentí un verdadero alivio. Al rato, y en tono afectuoso, dijo:

—Bueno, mi hijita. No llore más. Deme un beso y perdóneme si he sido malo. Pero, ¡caramba! unas horas de aburrimiento, de quedarse sola, no es motivo para llorar sin consuelo. . .

IX

Pasó la noche. A la mañana siguiente, cerca de las nueve, vi a Carmen en el corredor. Su rostro me impresionó. Anchas y oscuras ojeras subrayaban sus ojos, que tenían una dolorosa expresión. Parecía haber enflaquecido repentinamente. Era visible que las palabras del marido no la habían convencido ni consolado y que toda aquella noche había sido para ella un continuo llorar. No volví a verla en todo el día, pues almorzó en su cuarto.

Yo ya no pensaba sino en aquella pena íntima que veía y sentía cerca de mí, y en el modo de remediarla. Proyecté hablar con Gómez

del asunto, abrirle los ojos a la realidad de aquel pequeño drama que él no advertía y que le hubiera sido tan fácil suprimir, y darle algunos consejos útiles para que contentase a su mujer. Había comenzado yo a sufrir por el dolor de mi amiga, pues amiga era por la simpatía, aunque poco hablase con ella; y resultábame intolerable permanecer en la indiferencia y en la impasibilidad.

Al atardecer de aquel mismo día, la encontré como siempre en el corredor. Estaba sentada en una mecedora y miraba fijamente a lo lejos. Su expresión se había desapesadumbrado un tanto, y parecía que un poco de serenidad hubiese entrado en su alma.

No sé si era ilusión mía o no, pero creí que me esperaba. Sus ojos parecían decirme algo, y me detuve.

—¡Qué linda tarde! — exclamé, por hablar cualquier cosa.

Hubo un silencio confidencial, que la actitud de Carmen y mi emoción hicieron doloroso.

Carmen, inmóvil siempre y con la mirada en el sol que se ocultaba, repitió, maquinalmente:

—¡Muy linda tarde!

Y no hablamos una palabra más.

Permanecí, sin embargo, cerca de ella, de pie, durante algunos minutos. No la miré sino dos o tres veces, y muy rápidamente. Y en cuanto a hablar, para qué? Pero aunque estábamos silenciosos, yo sentía que con mi sola presencia la consolaba en su aflicción. Ella sabía ahora que su pena era compartida por otra alma, y así lo decía la expresión de sus ojos y de su rostro y hasta su silencio.

Al cabo, y como no fuese posible continuar en semejante situación, le extendí mi mano para despedirme. Ella, al darme la suya, me miró. A sus ojos, húmedos de gratitud y de tristeza, asomaban las lágrimas. Yo no tenía ya nada más que saber. Dejé su mano estremecida, y huí.

X

A la noche siguiente, tuvo lugar una angustiosa escena. Gómez no había ido a comer, si bien previno su ausencia por teléfono. Llegó como a las doce. Carmen no se había acostado, y desde las diez, hora en que me metí en la cama, por encontrarme fatigadísimo, estuve oyendo sus pasos. Debía hallarse muy cerca de la desesperación. Más de una vez me pareció que lloraba. Eran casi las doce cuando, habiendo oído su voz, salté del lecho y me acerqué a la cerradura de la puerta que comunicaba nuestras piezas. Creí que me llamaba, o que le hubiera ocurrido algo. No era nada de eso. Era sólo que rezaba en voz alta. Y me iba a retirar, cuando oí que exclamaba entre sollozos:

—¡ Dios mío, cómo nos abandonan los hombres!

Estas palabras estaban llenas de reproche, de amargura y de desilusión, y las sentí en el alma como si a mí me las hubiera dirigido, como si fuera yo el culpable directo del sufrimiento que las producía. Me avergoncé en aquel instante de ser hombre y me juré a mí mismo que habría de reivindicar mi sexo ante Carmen. Mientras tanto me aflijía el no poder hacer nada en favor de mi amiga. Pocas veces he pasado por un momento tan desolador como aquel. Allí, a mi lado, separada por un tabique insignificante, una pobre alma sufría, una alma de mujer, sensible, buena, desilusionada; y yo no podía hacerle llegar mi consuelo, decirle que comprendía su dolor y que así era de triste la vida.

En mi tortura, y no siéndome posible permanecer en el cuarto, opté por vestirme y echarme a vagar por el jardín. Llevaba yo un buen rato cavilando sobre la situación de Carmen y el destino que le aguardaba, cuando ví pasar a Gómez, que volvía de la ciudad. Apenas me distinguió, vino hacia mí.

—¡Felicíteme! — exclamó alborozado.

Le clavé los ojos, con fastidio.

—Sí, amigo — agregó, sonriente y feliz; — he acertado en una redoblona. Más de trescientos pesos de ganancia.

Y me miraba risueño, esperando mi respuesta. Pero yo estaba tan indignado, que, señalándole sus cuartos, le dije conminatoriamente:

—¡Vaya a ver a su mujer, hombre! ¡Qué me importa lo que usted me cuenta!

Me miró asombrado, sin comprender mi actitud. Luego, levantando los hombros, y, dándome las buenas noches, se alejó. En ese momento, noté que llevaba en la mano un pequeño paquete, al parecer de caramelos. El hombre había previsto algo de la aflicción y los reproches de Carmen, y tal vez creía que para apaciguar y contentar a su mujer, y hasta para curarle por completo las penas íntimas de su alma, no habría cosa tan eficaz como aquelllos exquisitos caramelos, que la ganancia de la redoblona le había permitido comprar.

XI

A la mañana siguiente, cerca de las nueve, oí voces de discusión en el dormitorio de mis vecinos. Carmen parecía muy excitada y su marido con enojo. No quise enterarme y abandoné mi cuarto. Pero cuando al cabo de una hora volvía, al pasar frente a la pieza de Carmen ví a mi amiga, por entre las dos hojas de las persianas entornadas, con la cabeza apoyada sobre la mesita que ocupaba el centro del cuarto, y el rostro hundido entre las manos. Gómez seguramente se había ya marchado a la ciudad.

Me detuve, resuelto esta vez a hablarla. Y como ella, que, indudablemente, había notado mi presencia, no dijera nada y continuara en su

actitud, abrí más las persianas y entré en el cuarto. Carmen levantó la cabeza y me miró. Quedé profundamente impresionado. Mi pobre amiga era una imagen trágica. Su cabellera estaba en desorden, y su rostro, lleno de lágrimas, tenía una expresión de gran dolor. Pero nada tan afligente como sus ojos. Se habían agrandado, brillaban de un modo extraño y estaban sombreados por ojeras amoratadas.

Avancé, y al acercarme soltó el llanto, un tanto angustioso, penetrante, en el que parecía desbordar toda la desilusión de su vida. Le tomé una mano, que ella me abandonó naturalmente, y me senté a su lado. Permanecimos así unos minutos, hasta que, dominando mi emoción, y poniendo en mis palabras toda la elocuencia de que era capaz y mi deseo inmenso de convencerla, le dije:

—Carmen, amiga mía, usted ha soñado excesivamente.

Intentó levantar la cabeza, tal vez asombrada de que yo la hubiese adivinado hasta ese punto; pero volvió a hundirla entre sus brazos

y a llorar con una ansia aun más acongojada que antes.

—Sí, Carmen — continué. — Usted ha soñado excesivamente y ahora tiene que sufrir al ver cómo la realidad no corresponde a sus sueños. La vida no es lo que usted imaginaba. Yo también soñé como usted, pero el conocimiento de las cosas humanas me ha enseñado a confiar muy poco en mis sueños. No hay que esperarlo todo de la Ilusión. La realidad es miserable, amiga mía. Pero si sabemos resignarnos a ella, aceptarla como es y no exigirle lo que no nos puede dar, lograremos sacar consuelo de las pequeñas cosas, y hasta ser, en cierto modo, felices. No hay felicidad en la vida, Carmen; pero sí múltiples y breves felicidades que nos reemplazan a la otra.

No sé si atribuir el hecho a mi elocuencia, pero ello es que durante dos días Carmen estuvo muy tranquilizada. Verdad que poco la ví, pues en los dos días tuve que ir a Buenos Aires. Pero en el comedor la había observado a mi gusto, como siempre.

XII

En la noche del tercer día, debía yo asistir a un estreno en un teatro. Se trataba de una comedia escrita por un amigo, en la cual se demostraba brillantemente, según lo anunciado por los diarios, que el matrimonio es una perenne fuente de felicidad para la mujer. Me paseaba por el andén de la estación, esperando el tren y pensando en la filosofía optimista de mi buen amigo, cuando en el andén de enfrente, donde se detenían los trenes que llegaban de la ciudad, ví una mujer cuya figura se parecía a la de Carmen. Recordé no haberla visto a mi amiga aquella noche en el comedor, y traté

de reconocerla en la silueta femenina que ya empezaba a preocuparme. La noche estaba muy oscura, y la mujer, que no llevaba sombrero, esperaba en la parte menos iluminada de la estación, hacia el extremo del largo andén. Intrigado, y, sobre todo, asaltado por un presentimiento, crucé la vía y me acerqué a la persona que me interesaba. Era Carmen.

—¿Qué hace aquí, sola, a esta hora?

—¡Me abandona ese hombre, me abandona completamente! ¡No se acuerda para nada de mí! — exclamó mi pobre amiga, con acento desesperado.

—Tranquilícese, Carmen.

—No sé lo que voy a hacer...

En ese momento oí un silbato aun lejano, y le dije a Carmen que tal vez Gómez llegara en el tren que se aproximaba. No me contestó, sin duda porque tenía la sospecha de que su marido no llegaría hasta muy tarde. Yo me arrepentí de haber dicho aquellas palabras, y, cambiando de táctica, intenté demostrarle que no tenía razón para afligirse por la ausencia de Gómez. Le

aseguré que Gómez la quería de veras y que si tardaba demasiado y no la prevenía, no era por desamor, sino por la natural desidia de los hombres, que no dábamos a esas cosas importancia alguna.

Llegó el tren. Me adelanté para ver si Gómez bajaba, pero no apareció. Creí, al volver hacia Carmen, que la encontraría muy agitada y tuve una sorpresa. Pensé entonces haberla convencido. Carmen me aguardaba impasible, rígida, casi hierática. Sus ojos estaban enormemente abiertos y brillaban en la oscuridad. En apariencia se hallaba tranquila; sólo noté que sus labios temblaban ligeramente. Le pedí que no se afligiera y me ofrecí para hablarle a Gómez. Sonó el silbato de mi tren y tendí la mano a mi amiga. Al tomarle la suya, la noté helada y temblante. Corrí hacia mi tren, que acababa de detenerse.

La comedia de mi amigo tuvo un gran éxito. Según lo que en ella se hablaba y ocurría, vivíamos en el mejor de los mundos. La felicidad era en la tierra el pan de cada día, y los hombres

eran buenos, generosos y nobles. La comedia estaba tan bien hecha que, durante la representación, yo no tuve la más mínima duda de que el mundo era como mi amigo lo pintaba. Después de la función fuí al escenario a felicitarle. No se oían sino elogios a su profundo talento de observador, y recuerdo que un sapientísimo crítico habló, en tono magistral, del "realismo sano y verdadero" de la obra y juzgó a su autor "como un admirable conocedor del alma humana". Mientras tanto, yo, no sé porqué, pensaba en Carmen.

XIII

Cuando volví al hotel era la una. En el nido de amor había luz, y, al entrar en mi cuarto, oí a Gómez. Debía estar muy enojado. Hablaba de sus ocupaciones, del ascenso en perspectiva y reprochaba a Carmen su egoísmo y su evidente falta de cariño.

—Sí, tu falta de cariño — exclamaba a gritos. — Si me quisieras de veras, desearías mi prosperidad... que consiguiese el ascenso... Y para todo esto necesito andar con la gente, ver a mis amigos, consultarles, pedirles que me ayuden... Pero lo que hay es otra cosa, yo lo he visto bien claro. Sí, otra cosa: desconfianza.

¿Y con qué derecho, vamos a ver... esa desconfianza? ¿No te quiero? Son una calamidad las mujeres... ¡Y cásese uno para esto! Ellas quisieran que el marido se quedara todo el día en la casa, que renunciara al empleo, que no tuviera amigos, que no fuese a las carreras... ¡Son más egoístas! Y es inútil, amigo, que uno se acuerde de su mujer el día entero, que le traiga regalitos, que sea cariñoso... ¡Todo, todo les parece poco! ¡No se sacian con nada!

Carmen no decía una palabra. Ni siquiera se la oía llorar.

De pronto, me pareció oir un quejido. Me incorporé en la cama y me dispuse a escuchar. No tardé en oir otro quejido y luego otros más. Mi primera idea fué que Gómez maltrataba a Carmen, aunque ello me pareciese raro, pues no creía al sujeto capaz de semejante acción. Pero como los ayes continuaran cada vez más largos y penosos, salté del lecho, me vestí apresuradamente y llamé a la puerta de mis vecinos

—Adelante — dijo Gómez.

—¿Qué pasa? — pregunté, entrando.

—Yo no sé. Tiene dolores muy fuertes... se queja...

Y mientras yo me acercaba a Carmen, dijo que iba a llamar al médico. Le indiqué que llamara más bien a alguna camarera; yo me encargaría de traer al médico inmediatamente. Gómez salió y quedé solo con Carmen. Se había acostado vestida, con la mismo ropa que llevaba cuando la encontré en la estación. Estaba pálida y tenía las manos heladas. Su pulso era muy irregular. Trataba de dominar los dolores, sin conseguirlo. Debía sufrir horriblemente.

—Carmen, ¿qué es esto? — le pregunté tomándole ambas manos y asaltado por una terrible sospecha.

No me contestó. Pero creí notar que se emocionaba. Volví a hacerle la misma pregunta, y me señaló un cajón del armario. Me precipité hacia el cajón, lo abrí y encontré dentro un frasquito de veneno.

—Pero... ¿por qué ha hecho eso, Carmen? ¿No sabe que debemos aceptar la vida, sea como sea?

Bajó la cabeza gravemente, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

En este instante entraron Gómez y la mucama. Yo corrí al teléfono. Llamé al médico del pueblo y le enteré de lo ocurrido. Por indicación suya hablé también con la famacia para que prepararan algunas medicinas urgentes, y, no habiendo en el hotel a aquella hora quien pudiera ir por ellas, salí yo a buscarlas.

XIV

Regresaba con las medicinas cuando llegaba al hotel el médico. Entramos juntos en el dormitorio de Carmen, pero yo salí en seguida, porque la enferma comenzaba a experimentar náuseas. Fuí a la salita que ocupaban mis vecinos junto a su dormitorio, y allí permanecí un largo rato. Los sufrimientos de Carmen debían de ser atroces. Sus ayes me penetraban hasta el fondo del alma, y en el corazón me iban dejando una amargura infinita.

Pensaba yo en el drama de aquella pobre mujer que gemía tan cerca de mí, pensaba en ello desoladamente, como si muchos años de

tristeza hubiesen caído de pronto sobre mi vida, cuando Gómez apareció frente a mí.

—¿Y qué dice de esto, amigo? — exclamó el hombre, consternado, a punto de lloriquear.

—Será algo pasajero — expresé yo, disimulando.

—Me acaba de declarar la verdad. Tomó veneno, amigo. Y me ha dicho que usted lo sabe.

Quedé callado, sin saber qué contestarle.

—No comprendo, amigo, créame que no comprendo — repetía Gómez. — Debe ser cosa de locura... algún trastorno... qué sé yo... ¿No le parece? De otro modo, sería inexplicable...

El médico, llamando a Gómez, cortó su conversación. Pero el hombre no tardó en volver. Me refirió, con lágrimas en los ojos, que los remedios comenzaban a producir efecto.

Luego me dijo, con enternecedora convicción:

—Pues no me explico, y no me explico, amigo. Créame que no habrá marido que quiera

tanto a su mujer como yo. He tratado de complacerla en todo, y era feliz, feliz como pocas....

Y agregó lloriqueando:

—Usted se imaginará, amigo. ¡Estábamos en lo mejor de nuestra luna de miel!

Carmen pasó la noche muy agitada. Yo no comprendía que pudiese vivir sufriendo tanto. El médico me declaró que su estado era gravísimo. Pero a la mañana siguiente, estaba casi fuera de peligro.

Durante los tres días que siguieron, yo tuve que ir a Buenos Aires, de modo que apenas la veía un momento de noche, en presencia del marido.

Al cuarto día abandoné el hotel. Gómez me acompañó hasta la puerta, pero no me ofreció su casa. Me pareció que me trataba fríamente.

XV

Durante cinco años no los ví jamás. Pero una noche, con gran sorpresa, los encontré en un cinematógrafo. Estaban delante de mí. Parecían muy amigos y hasta cariñosos. En medio de ellos, se sentaba una linda criatura como de cuatro años. Gómez no había cambiado en nada. En uno de los entreactos oí que hablaba a su mujer de las carreras de aquel día. Carmen, por el contrario, era otra persona. Había engordado y no tenía en los ojos la expresión de antes.

Pensé que Carmen había aceptado la vida tal como es. Debía ser feliz, ahora que había

expulsado de sí a la Imaginación. Su dicha estaba entre aquella linda hijita y aquel meritorio marido, que era, probablemente, un correcto funcionario. Los dos vivían tranquilos, queriéndose moderadamente, sin complicaciones sentimentales y sin ensueños inútiles, bajo la augusta protección del Estado.

Carmen me vió, pero no quiso reconocerme. E hizo muy bien. Porque mi presencia inoportuna podía renovar en su espíritu, tal vez aún no del todo libre de indiscretos anhelos, el recuerdo de esa cosa tan bella y tan peligrosa que llamamos la Ilusión.

UN HOMBRE FELIZ

A mi amigo Alberto Rougés,
que allá en su Tucumán gusta la miel de todas las filosofías, incitándole a que no mantenga ocultos ni su saber ni su talento, y pidiéndole disculpa por dedicarle esta pequeña narración, por cierto indigna de sus altas frecuentaciones intelectuales.

Era de mañana, y faltaban tres horas para llegar a Córdoba. El tren acababa de pararse en una estación, y yo, que descendiera para caminar un poco, había empezado a pasearme flemáticamente por el andén cuando sentí derrumbarse sobre mis espaldas inadvertidas un feroz y voluminoso puñetazo. Dislocado y tambaleante, me volví para insultar iracundamente al afectuoso amigo que así me saludaba — pues la calidad de aquel puñetazo presentía su intención amistosa, — y vi dos gordos brazos que esperaban abiertos a que yo cayera entre ellos y una redonda e inefable cara de felicidad que me sonreía beatíficamente.

—¿Cordero?—pregunté, un poco asombrado y tocándome el punto más dolorido por el golpe.

—¡El mismo, hermano! — gritó Cordero, riendo con sonoridad que, a mi juicio, no resultaba tan oportuna.

Y sin darme tiempo a esquivar su monumental persona, se me vino encima y me abrazó con alarmante afectuosidad, golpeando con ambas manos en mis espaldas y apretándome contra su cuerpo cariñosamente.

—¡Pero hombre, no seas bruto! — exclamé con voz desfallecida y medio ahogado, mientras Cordero llenaba el ámbito de la estación con una magnífica y envidiable risa.

Poco había cambiado Rafael Cordero, mi condiscípulo del colegio, en los ocho años que no nos veíamos. Creí que venía en el tren, pero él, hablando a gritos, pegándome, tironeándome de las orejas y de los cabellos y riendo inacabablemente, me contó que vivía desde hacía dos años en aquel próspero pueblito de dos mil habitantes, donde era *el médico*. En seguida, to-

mándome de un brazo y haciéndome dar una brusca media vuelta, me obligó a que lo abrazara de nuevo, acto que realicé con cierto temor. Y como yo le preguntara la causa de aquel abrazo, exclamó, desbordando felicidad y optimismo y riendo después estrepitosamente:

—¡Porque me caso, querido!

Me disponía a felicitarlo, cuando él me preguntó cuál era mi camarote. Estábamos enfrente, se lo indiqué, y él se precipitó hacia el tren, dejándome asombrado. Cuando yo también quise subir para conocer su intención, ya el hombre volvía con mi valija en una mano y mi camisón, que quedara fuera, en la otra. Intenté enojarme, pero, apenas abrí la boca para protestar, me hallé metido en el *break* que nos llevaría al pueblito, distante de la estación media legua. Cordero se casaba aquel mismo día, y había ido a la estación en busca de varias encomiendas que no llegaron. Confieso que no resistí con gran energía a quedarme. Mi presencia en Córdoba no era urgente, y valía la pena

atrasarme veinticuatro horas para ver a Cordero en el acto de su casamiento.

—Serás mi testigo — me dijo en el coche, y golpeándome en una rodilla con tal fuerza, que se levantó del pantalón una nube de polvo almacenado durante el viaje.

—¿Pero todavía no tienes testigos?

—No importa; se agrega otro. ¡Para eso soy el personaje de la colonia!

Se echó a reir de tal modo que, según pensé, aquella idea de ser el personaje del pueblo debía parecerle algo extremadamente cómico. Yo reí también, no sólo por contagio, sino porque no me hallaba lejos de opinar como él.

—Y tu novia, ¿qué tal es? ¿Bonita, inteligente, buena?

—Divina, hermano. Mirá... no es porque sea yo su novio, pero te aseguro que es una santa, una santita.

En seguida me contó cómo la había conocido. Era hermana del anterior jefe de la estación, un francés atrabiliario que no hablaba con nadie. El hombre la hizo venir de Francia, don-

de ella vivía con una hermana casada; pero, después de tenerla seis meses a su lado, el infeliz murió de pulmonía. Cordero lo atendió en su enfermedad. La muchacha se había enamorado del médico y el médico de ella. Cuando el jefe murió, la muchacha, que era la modestia y la sencillez personificadas, tuvo que dar lecciones para vivir. Pero Cordero, que *no tenía alma* para verla trabajar, le declaró su amor y le propuso casarse pronto. Ella aceptó.

—He elegido bien, querido, he elegido bien —repetía el médico, haciéndome envidiarle su felicidad.

Siguió hablándome de la novia, pero con tal lujo de detalles, comentarios y exclamaciones, que empecé a aburrirme. Mientras tanto, yo me acordaba de Cordero cuando estábamos en el colegio. Era entonces menos gordo que ahora, pero igualmente risueño, confianzudo y feliz. Le hacíamos víctima, sin que nunca se incomodara, de las más pesadas bromas. Cierta vez que, en clase, le enterraron un alfiler en las posaderas, dió un grito y se echó luego a reir,

con gran indignación del profesor, quien, no pudiendo descubrir el motivo de aquellas explosiones — pues Cordero se negaba a revelarlo — castigó con severidad a la víctima. Todo lo tomaba a risa, y era orgánicamente incapaz de creer en la maldad humana. Su credulidad llegaba hasta lo inverosímil, pues no comprendiendo la mentira y el engaño, *se tragaba* cuanto le decíamos. Como estudiante, era sumamente flojo. Tenía los mejores deseos, pero la parquedad de su inteligencia le impedía aprender las lecciones fácilmente. En la Facultad de Medicina, según datos que me dieron, fué igualmente mediocre, y tardó diez años en cursar su carrera.

Habíamos llegado al hotel, frente a la plaza. Cordero me eligió la mejor pieza, me recomendó efusivamente al patrón, me abrazó, me estrujó, me tiró de una oreja, y se fué en su *break,* muerto de risa, después de señalarme *su nidito,* que quedaba en el lado opuesto de la plaza. Se excusó hasta marearme por no poderme alojar en su casita.

—Pero hay que comprender—decía,—¡Noche de bodas!

—Sí, hombre, comprendo muy bien...

Eran las ocho, y el matrimonio civil se efectuaría a las once. Me lavé tranquilamente, me cambié ropa, y, una vez listo, no sabiendo qué hacer, me puse a conversar con el patrón, en la cantina de aquel *Hotel de Italia,* que no era sino un *fondín* infame.

—¿Trabaja mucho el doctor Cordero? — le pregunté, al cabo de haber hablado un buen rato de cosas sin interés.

—De seguro — contestó el patrón, que era un italiano acriollado. — Se dice que es un notable facultativo, se dice...

Un paisano de pañuelo en el pescuezo y bombacha, que estaba apoyado en el mostrador, se puso a menear la cabeza y a sonreir.

—¿Usted no cree gran cosa en el doctor Cordero?—le dije.

—¡Así es la verdad, don!—exclamó el hombre.

A él, Cordero *le había matado* un hijito, y muchos padres podían asegurar lo mismo. Además, ahí estaban los Rodríguez, esos ricachos de la estancia *Los Potrillos,* que cuando se sentían enfermos mandaban buscar el médico a Córdoba.

—Pero tendrán en Córdoba el médico de la familia — objeté.

—No, señor—repuso el paisano.—La prueba es que al *dotor* García, el que estuvo aquí antes que el *dotor* Cordero, siempre lo llamaban.

Hablamos de otros temas: de la cosecha, de las lluvias, de los ganados, y cuando fueron las once me encaminé al Registro Civil.

Había allí unas diez personas, entre los empleados, los testigos y amigos de los novios. Cordero, al verme cruzar el umbral de la puerta de calle, se precipitó hacia mí, me abrazó de la cintura y me llevó de esta suerte, y con andar saltarín y pilluelesco, hasta el cuarto donde se hallaba la concurrencia.

—Mi mujercita... dentro de media hora — dijo al presentarme a su novia el buen Cordero,

con la voz empañada por el placer y la emoción, y riéndose luego de la gracia que creía haber soltado.

Yo miré la cara de la novia, y, al reconocerla, quedé en una confusión tan espantosa, que ni veía ni oía. Pero ella no perdió la serenidad. Me tendió la mano, que yo le tomé entre la mía, y me dijo, con voz dulce y modesta, que estaba encantada de conocerme. Yo me sentía mortalmente pálido, y maldecía el instante en que bajé a caminar por la estación. Pero también me felicitaba de poder evitarle al pobre Cordero aquel casamiento monstruoso.

Porque yo no podía, no, no podía dejar casar a mi condiscípulo con aquella mujer de mala vida. Mi conciencia me obligaba a impedirlo; pues, de otro modo, un atroz remordimiento amargaría mi existencia entera. Yo conocía a la novia de Cordero porque la trajo de París un amigo mío, con quien ella vivió seis meses, y al que abandonó llevándole dinero y dos anillos. Después recorrió las calles centrales de Buenos Aires en funciones de su oficio, y probablemen-

te allí la conoció, en alguno de sus raros viajes, el jefe de la estación. Lo demás se explica sin dificultad. El francés la llevó a la colonia para amenizar su destierro, y, por no escandalizar, dijo, o dejó decir, que la muchacha era su hermana. Cuando murió el jefe, la francesita, cansada tal vez de sus perpetuos trotes callejeros, prefirió casarse. Cordero estaba ya apasionado, y ella debió hallar en el médico la pasta del marido ideal.

Estábamos todos de pie. El empleado escribía el acta del matrimonio. Intenté dos veces hablar aparte con la novia, pero ella, hábilmente, hacía fracasar mis tentativas. Yo me sentía enfermo de aflicción y disgusto; y cada minuto que pasaba acrecía los tormentos de mi angustia. Al fin, vi que por parte de la novia nada conseguiría, y resolví hablar con Cordero y exponerle la verdad brutalmente. Le tomé de un brazo y le llevé al patiecito de la casa. Nadie podía vernos ni oirnos.

—¿Qué te sucede?—me preguntó.

Había tanta felicidad en la cara regordeta de aquel muchacho, que me conmoví ligeramente. No sabía cómo empezar; pero el tiempo pasaba, y urgía decírselo todo, todo, para evitar la infamia que iba a cometer aquella mujer ladrona y corrompida.

—¿Estás seguro de que tu novia era hermana del jefe?

—¡Ya te llegaron los famosos cuentos!—exclamó mirándome y poniéndose luego a reir.

En seguida me refirió cómo algunas gentes del pueblo decían que su novia no fué hermana, sino querida del jefe. Hasta anónimos recibió él. Pero, ¡naturalmente!, no eran sino habladurías, mentiras.

Por primera vez le vi ponerse serio, y me pareció que tenía ganas de llorar. Pero esto pasó rápidamente. En un segundo le volvió el buen humor. Y riendo y palmeándome, me dijo:

—Vos sabés que no tengo nada de zonzo, y si la he elegido es porque sé lo que vale. Son cosas de pueblo chico. ¡No tienen de qué hablar, los pobres! Además, es natural que nos envi-

dien, porque acá no hay otra como ella y porque yo... ¡soy el personaje del pueblo!

Lanzó una colosal carcajada y me abrazó de la cintura, disponiéndose a llevarme a la oficina, donde nos aguardaban. Yo estaba desesperado, y un sudor frío me corría trágicamente por todo el cuerpo. Iba a hablar, cuando oímos la voz atiplada del escribiente que llamaba a Cordero para firmar el acta.

—Un momento — dije a mi amigo, que quiso precipitarse a la oficina.

Le puse una mano sobre un hombro, y con expresión fraternal y a la vez seria, y con emoción en la voz, le dije:

—Cordero; los anónimos no han mentido. A mí me consta...

No me dejó concluir. Se echó para atrás y, puesto en actitud atlética y con los labios apretados, los carrillos hinchados, me tiró un puñetazo tan tremendo como el de la estación. Luego atronó la casa con su risa infantil y optimista, me tomó de bracete y así me llevó a la oficina, exclamando sin cesar:

—¡Qué rico tipo, qué rico tipo!

Yo quedé aturdido, como si me hubieran dado un garrotazo en la cabeza.

Y aun no había salido de mi estupefacción, cuando mi condiscípulo, el doctor Rafael Cordero, el personaje de la colonia, firmaba el acta de su matrimonio.

HISTORIA DE UN MOMENTO ESPIRITUAL

A Luisa Israel de Portela,
que, en las páginas desilusionadas de sus "Vidas tristes", reveló una comprensión piadosa de los sufrimientos humanos.

Tengo con Andrés Icart una honda amistad. Nos vemos muy poco, tres o cuatro veces en el año; pero no necesitamos frecuentarnos. Nuestra relación, que es espiritual y ha nacido del fondo de las almas, no nos permitiría reunirnos a conversar sobre asuntos superficiales y exteriores. Y como, por más vida interior que tenga un hombre, hay numerosos días en que la platitud de las cosas circundantes le convierte en muñeco automático, sin alma, sin ideales y sin más vida que aquella que le da el movimiento, preferimos vernos en otras ocasiones, cuando el pozo de nuestro "yo" está colmado de en-

sueños y de pensamientos y los labios pueden hablar sencillamente de lo que desborda del corazón.

Andrés Icart es músico. Le conocí hace veinte años, cuando, adolescentes los dos, íbamos al conservatorio. Andrés revelaba ya entonces un talento musical extraordinario. Como ejecutante en el piano, asombraba a sus maestros, que le predecían fama y dinero; y por su facilidad para componer nos asombraba y entusiasmaba a sus condiscípulos, que veíamos en él a un descendiente de Beethoven.

Pero en medio de sus valiosas aptitudes, le faltaba el amor al trabajo. Rehuía todo esfuerzo serio, y si componía y aprendía con presteza, abandonaba, con mayor rapidez aún, la obra que le exigía cierto tiempo. No teniendo paciencia para dedicar a los ejercicios de piano algunas horas diarias, y habiendo hecho a un lado, por trabajoso y antipático, el estudio de la armonía y la composición, no llegó a ser ni el eximio intérprete que vaticinaron sus maestros ni

el creador maravilloso que imaginábamos sus condiscípulos.

Y es lástima que mi amigo sea así. Porque, además de las aptitudes que llamaré exteriores: facilidad para componer, prodiosa memoria musical, manos de agilidad sorprendente, posee ciertas cualidades que, como la hondura espiritual, el gusto de la vida interior y el sentido metafísico de la existencia, hubieran hecho de él uno de aquellos grandes artistas que penetran en los corazones humanos y los conmueven en lo más íntimo, que embellecen el vivir y lo tornan profundo y noble, que dejan en las almas los más hermosos sueños y nos dan lecciones de amor y de idealidad. Pero sin duda había en aquella vida el destino de los fracasados. El contemplativo mató en él al hombre de acción que debió ser para realizar su obra. Y ahora es apenas un concertista inspirado y sin propia disciplina, que recorre las provincias entregando la confesión de sus penas y sus ensueños a públicos que, si bien le admiran y le tienen cariño, no podrán nunca comprenderle.

Al hablar de confesión no hago una simple frase literaria. Andrés Icart, cuando está frente al público y tiene las teclas bajo sus manos, vive minutos de una extraña intensidad. Su corazón habla por sus dedos, y en las frases de Beethoven, de Bach o de Schumann, sus maestros idolatrados, vierte la confidencia de lo que en aquel momento llena su corazón y su alma. Si se pudiera traducir en palabras lo que expresan sus manos, el público se estremecería de dolor y de angustia en una ocasiones, y en otras, contagiado de alegría, exaltaríase en cánticos jubilosos.

Pero como mi amigo carece de disciplina técnica e interpreta dejándose llevar por su estado de ánimo, ocurre que a veces, no teniendo nada dentro de su alma, sus interpretaciones resultan insignificantes o vacías. Es un artista desigual. En Buenos Aires no tendría ningún éxito. Una vez que dió un concierto, como le amedrentara el lujo del local y la presencia de críticos y profesionales, y como además había esa noche en su espíritu pequeñas preocupaciones y traía en

sus ojos las imágenes vulgares de la calle, fracasó lastimosamente. Los críticos, que no tienen ni la centésima parte de su sensibilidad, le despreciaron, reprochándole su técnica deficiente y su falta de comprensión y de sentimiento.

Andrés Icart no es un bohemio. Es un hombre distinguido, fino, modesto y sin *pose*. Viste limpiamente y no bebe; sólo se embriaga con sus sueños. Tiene mucha ternura y cordialidad. Parece huraño, pero no hay hombre más efusivo, confiado y abierto.

Hace algunos meses se enfermó, y el médico diagnosticóle una lesión pulmonar muy leve. Se fué a Capilla del Monte, con una multitud de libros que le presté o le aconsejé comprar. Lleva allí dos meses y ha mejorado mucho.

Como a los veinte días de estar en la sierra, me escribió quejándose de mis libros. Le contesté que eran obras admirables, consagradas por la gloria y escritas por grandes maestros de la literatura. Pero el hombre, que tiene sus singularidades y padece de ráfagas, me objetó: "Son libros de maldad y de impureza. Yo qui-

siera leer ahora algo puro, virginal, blanco, con blancura de cisne o de nubecita." Le mandé nuevos volúmenes, pero, según su criterio, tampoco eran puros. Preguntéle entonces si deseaba leer ñoñerías. Me repuso, con cierto fastidio, que no era un tonto, y que al hablar de pureza no se refería a la pureza sexual ni a la de los libritos que pueden leer las colegialas, sino a la blancura de los sentimientos, a la pureza de intenciones, a la de libros que, siendo humanos y verdaderos, nos muestren almas sencillas, buenas y virginales y nos convenzan, siquiera momentáneamente, de que el hombre es capaz de olvidar su egoísmo y de que también hay sobre la tierra nobleza de alma e ingenuidad de corazón. Quería él recibir una lección de bien, y no la encontraba en los libros pesimistas que yo le enviaba. En una postdata, decíame que él escribiría algo como lo que anhelaba; si no un libro, un cuento o novelita. Poco después lo recibí. Me ha gustado tanto, que le pedí autorización para arreglarlo y para publicarlo.

"Es tuyo", me contestó. Lo vertí en mi prosa, modificándolo ligeramente. Y allá va.

¿Es tan puro como él cree? Sin duda, en la narración que él ha escrito, triunfa la pureza, sea cual fuere el motivo; y todas sus páginas muestran un corazón muy generoso y una rara simpatía humana. Pero mi amigo, al mismo tiempo, expresa ideas que, mal interpretadas, parecerán un poco inmorales. Sin ser un pagano, tiene sobre el amor opiniones que no son las que rigen la vida de las sociedades formadas por el cristianismo. A pesar de esto, y sin aprobar todos sus conceptos, no quise suprimir nada, no sólo porque sus modos de ver caracterizan al hombre, sino porque se mantienen siempre, aunque a veces no lo parezca, en un plano espiritual. Andrés Icart es un soñador, como lo dije, y un formidable espiritualista. En su ansia de amor no hay bajeza ni sensualismo.

I

Hace algunos meses, y con el fin de dar dos conciertos, llegué al pueblo de X, situado en la provincia de Santa Fe. Era una mañana desapacible. Hacía mucho frío y soplaba un viento cortante, helado, insoportable. En el pobre hotelucho donde me alojé—el único en todo el pueblo —, me dieron una habitación infame. Tenía piso de baldosas; y era tal su oscuridad, que habíanle puesto en el techo una claraboya por la que entraba una luz difusa y triste. Los muebles, viejos y manchados; las colchas de la cama, inmundas. Un extraño y complejo olor emanaba de todo el cuarto: de las paredes, del

piso, de los muebles, de las ropas de la cama; un olor que se pegaba al cuerpo y me penetraba en el alma, y que era una mezcla satánica de olores a humedad, a cucarachas, a vejez, a encierro, a ropa sucia, a ácido fénico. Evidentemente, alguien había habitado allí en los días anteriores, tal vez esa misma mañana. Tenía la sensación de que un ser humano me había inmediatamente precedido, y esto me causaba desagrado y repugnancia y aumentaba mi antipatía hacia el cuarto, hacia el hotel, hacia el pueblo. Yo no podía separar de la persona de mi antecesor el olor abominable de la pieza y la glacial hostilidad que segregaban todas las cosas. Yo notaba aquí y allí las huellas del individuo, y no sólo las huellas físicas, sino también las espirituales. Y si me fué odioso el fajo de anuncios — tratábase sin duda de un viajante de comercio —, y el paquete de algodón que encontré en el armario, detesté más todavía los rastros de sus preocupaciones y de sus sentimientos, que percibía yo en todo el cuarto. Producíame disgusto el pensar que debía dor-

mir en aquella cama —¡y quién sabe si entre las mismas sábanas! — donde el sujeto revolcó su antipática humanidad; pero dábame rabia y desconfianza el sentir cierto no sé qué de su espíritu que aun permanecía en el aire de la pieza, como un enemigo invisible.

Todo esto era más que suficiente para arrojarme a la calle. Pero había, además, el tedio y el frío. Aquella habitación rezumaba aburrimiento. Imposible trabajar, leer ni pensar, en semejante ambiente. Para ello fuera preciso estar lleno de uno mismo; y no era ese mi caso, por desgracia. ¡Y el frío! Por una rotura de los vidrios de la claraboya penetraban agujas de viento helado que me hacían estremecer; y las baldosas estaban de tal modo glaciales, que me impedían poner los pies en ellas y caminar.

Y salí a la calle. Con el cuello del sobretodo levantado y el chambergo hasta las orejas, recorrí el pueblo de un extremo a otro. Diez calles, más o menos, de norte a sur, y un número igual de este a oeste. Las casas, todas sin pisos altos, daban una antiestética impresión de cha-

tura, exagerada por las calles, anchas como caminos reales. Eran casas sin color, desteñidas, insignificantes. Las calles no tenían empedrado, y los carruajes y los carros habían abierto con sus ruedas surcos hondos y duros. Por ahí encontré una plaza miserable: cuatro arbolitos enclenques, algunos faroles, uno que otro banco, y pasto salvaje en los canteros. Largos tapiales bajos alternaban con las casas, y en algunas cuadras no había sino aquellos paredones, inacabables y melancólicos. Hacia cualquier lado del horizonte que se mirase, no se veía otra cosa que una llanura vulgar. Diríase que las calles eran simple continuación de los caminos y que, por ellas, el campo se metía en el pueblo.

Pero todo esto—calles, casas y paisaje—yo no lo veía precisamente: lo adivinaba. Soplaba el pampero, levantando en las calles vertiginosos remolinos de polvo, de un polvo que se me entraba en los ojos y ocultaba las cosas. A su vez, el frío y el viento hacíanme lagrimear, y durante largos trechos era imposible que yo

viese algo, caminando con la cabeza agachada contra el viento, el ala del chambergo hacia abajo y el pañuelo en los ojos.

Poquísimas personas en las calles, las suficientes para probar que no era aquel un pueblo deshabitado. Las puertas de los escasos comercios estaban cerradas; y si por acaso alguien entraba o salía, hacíalo con la rapidez de una instantánea, arrojando una hoja sobre otra con el estrépito de un pistoletazo. Rachas violentas hacían estremecer de tal manera los arbolitos de la plaza, que se esperaba el momento en que los arrancasen de raíz o los quebrasen. Vi tres o cuatro carruajes de los llamados jardineras; cruzaron envueltos por los remolinos, que, como manos curiosas e impacientes, pretendían levantar las cortinas de hule y golpeaban sobre ellas precipitadamente. El cielo tenía el color de un trapo blanco y mojado.

Molestado por el viento y el frío, yo me decía a cada instante que no era aquella la ocasión para pasear. Pero todo me parecía preferible antes que encerrarme en el hotel. Sin embargo,

llegó el momento en que el cansancio, producido por la caminata y por el ejercicio muscular a que me obligaba el viento, me condujo a mi albergue. ¿Necesitaré decir que el cuarto me pareció más lúgubre, más frío, más tedioso y más antipático que a mi llegada? Me hacía el efecto de que el espíritu de mi antecesor, arrinconado y temeroso durante la media hora que estuve allí, habíase con mi ausencia ensanchado y ocupaba el cuarto entero. La hostilidad de las cosas era tal que debí huir, esta vez para refugiarme en la mísera cantina del establecimiento. Me dieron no recuerdo qué brebaje, y allí, acodado en una mesa, medité sobre mi situación.

Cuatro horas llevaba apenas en el pueblo, pero jamás me había sentido más solo. Un vacío espantoso me rodeaba. El frío que sintiera en el cuarto y en las calles carecía de valor junto al frío espiritual que me tenía helado el corazón, helada el alma, helada toda la sangre de mis venas. Siempre tuve la certeza de que el ser humano está solitario en la vida y que solitaria transcurre su existencia, desde que

nace hasta que muere. Los afectos, los amores, por más hondos que sean, nunca, nunca penetran hasta nuestro yo más íntimo. Hay algo en nosotros que no damos a los demás, ni a nuestros padres, ni a nuestros hijos, ni al amigo del alma, ni a la mujer que amamos. Nadie llega a ese rincón donde está nuestra esencia, nuestra verdad verdadera. Y por eso la vida será siempre una cosa triste. ¡Suerte que esta sensación de soledad no la tenemos sino raras veces, porque el estruendo del mundo exterior nos impide tenerla! Pero hay ocasiones en que aquella sensación es tan aguda, tan violenta, tan elocuente, que nos conduce a la desesperación y a la agonía del alma. Tal ocurre a aquel hombre que durante largos años ha vivido en absoluta comunión de espíritu y de cariño con su compañera amada, y que un buen día descubre un abismo entre ambos, una verdad en cada uno que no podrá comprender el otro, una parte del alma que siempre quedará escondida. Y ese día el pobre hombre se entera de que siempre vivió solo, extraño a la amiga de su corazón, desco-

nocido en lo que le es íntimamente propio. Vivimos ignorados los unos de los otros: los padres de los hijos y los hijos de los padres, los hermanos de los hermanos, el que ama del que es amado.

Aquel día de mi llegada al pueblo — porque la sensación persistió hasta la noche — fué uno de los más dolorosos de mi vida. Creo ser un espíritu bastante fuerte. He sufrido, he luchado por la vida, sé lo que es la pobreza, la soledad y hasta el hambre; he viajado dando conciertos por todo el país y por los países vecinos. Pero mi experiencia de la vida no evitaba que aquella mañana estuviese desesperado. Toda la angustia del mundo me apretaba el corazón. ¡Amargura: yo te he conocido en aquellas horas, yo te he poseído como un amante insaciable! Hubiera cambiado el hielo que me endurecía las venas, por sangre envenenada. Hubiera trocado mi pena moral, metafísica, indefinible, inasible, por cualquiera de los más horribles dolores físicos. ¡Oh, soledad del alma, qué fría, qué triste eres!

II

A la tarde fuí a ver el local donde por la noche daría el concierto. Era un pequeño teatro perteneciente a una sociedad española. Todo estaba arreglado para el acto. Las dos personas que allí encontré, y con las cuales me había carteado, me mostraron las hojas de propaganda, los carteles anunciadores y los comprobantes de los gastos de aquellos conciertos, de los que yo era empresario.

—Tendremos mucho público — me dijo uno de los hombres, un español locuaz y confianzudo, que ya empezaba a tratarme como si fuésemos íntimos.

. . . .

—¿Hay aquí afición a la música?

—Afición, vamos, lo que se llama afición, no creo que la haya, amigo Icart. Pero verá usted; como hace tres meses que no tienen compañía de teatro, vendrán, sí señor, vendrán a pasar el rato, a ver qué cara tiene usted, a mirarse unos a otros, a hacer saber públicamente que continúan teniendo dinero con qué pagarse diversiones...

Me despedí de los dos sujetos, pero el español quiso acompañarme. No hubo manera de que me dejara ir solo. Mis argumentos más especiosos y sutiles, mis ruegos insistentes, todo fué inútil. El hombre no podía permitir que un forastero ilustre se aburriese, y tuve que soportar su charla y su presencia en el café adonde me condujo.

Hasta qué punto se agravaron mi sensación de soledad y mi angustia con aquel compañero, será algo de no creerse para los hombres que gustan del ruido de las palabras. La vida me pareció una cosa absurda. Me puse nervioso y, al fin, no pudiendo más con mi desasosiego y

mi ansia de soledad — pues por extraña paradoja, quien siente el horror de la soledad busca estar solo —, dejé bruscamente al individuo, pretextando que me era necesario recostarme.

Y me recosté, en efecto; pero no tanto por no saber qué hacer como con el propósito de dormirme para huir de mí mismo. Bebí primero un punch muy caliente, quemé alcohol en la palangana para elevar la temperatura del cuarto, y al acostarme arrojé sobre mi cuerpo tres o cuatro colchas. ¡Pero qué había de dormir! Si el frío de la pieza habíase atenuado, quedaba el frío interior, más inclemente a medida que la tarde avanzaba.

Hacia el anochecer... Pero antes de seguir el relato, debo explicar mi situación. ¿Cómo es posible — alguien preguntará—que un hombre que ha viajado tanto y que más de una vez se habrá encontrado en casos análogos, sienta de tal modo el horror de la soledad? Ante todo, mis viajes por pueblitos de esta categoría los realicé hace cinco, hace seis, hace ocho años, cuando tenía yo el corazón joven y entusiasta

y mi alma era poco sensible a las tristezas exteriores. Tengo treinta y dos y ya mis ojos son los de un hombre que ha aprendido cómo el vivir es un dolor. En los últimos cinco años, ¡con qué intensidad mis días han pasado! La garra de la pasión hincó en mí sus uñas. Fuí amado y odiado. Amé con violencia a la que me rechazaba, y era amado por otras a las que no podía querer. Pero antes, a los veinticinco años, ¿qué sabía de la desilusión, del sufrimiento moral, del amor inútil? ¿Qué sabía, sobre todo, de esas inquietudes, que ahora tanto me atormentan, del más allá, de la muerte, de Dios, de los destinos humanos? Además, mis viajes de los últimos cuatro años se han realizado de modo muy diverso al actual. Recorrí primero, durante diez meses, las provincias del litoral y del centro, y, como trajera algún dinero, me quedé un año en Buenos Aires, completando mis ingresos con el producto de lecciones. Luego viajé otro año por el norte y por Bolivia, Perú y Chile, y volví a pasar en Buenos Aires otra temporada, más larga en algunos meses

que la anterior. Pues bien: sin contar con que la primera de esas giras la hice con un amigo muy querido, en los ochenta pueblos y ciudades que conocí hallé siempre algo que bastaba para las exigencias de mi espíritu o de mi corazón: en Catamarca, una altísima montaña muy azul; en Santa Fe, una laguna melancólica que me llenó de ensueños; en Córdoba, unos parques señoriles; en Salta, el encanto del pasado; en tal parte, un amigo; en tal otra, unos ojos de mujer que embellecían mis horas; aquí, el recuerdo de un gran triunfo; allí, un corazón conmovido que me esperaba... No hubo ciudad ni pueblo donde no encontrara alguna de estas cosas que hacen amable la vida: amor, amistad, arte, poesía en el paisaje, carácter en el ambiente, un cielo de dulzura, un horizonte suave, un árbol maravilloso. Pero en este pueblo, ¿qué he encontrado? Fealdad, vulgaridad, frío, viento, monotonía, desesperación. He llegado y no he tenido dos manos cordiales que me ofrecieran un afecto. He recorrido el pue-

blo y no he hallado una sola nota amable, poética o interesante. Cielo gris, horizontes monótonos, arbolillos raquíticos, soledad, vida estúpida, estéril, miserable. ¡Dios mío! ¿Cómo hay quien viva en estos pueblos?

III

Llegó el anochecer. El frío había aumentado y, con el propósito de entrar en calor, salí de nuevo a callejear. Un poquito de esperanza me animaba. Tal vez ahora encontrara algo que hiciera menos afligentes mis horas en aquel pueblo. Tal vez...

Había cesado el viento. Pasaba uno que otro carruaje. Fuera de dos o tres calles, poco iluminadas, las demás estaban a oscuras. Había aumentado el número de los transeuntes. En algunos balcones, una muchacha con aire aburrido y melancólico miraba la calle triste. No, no había nada en aquel pueblo. No había en-

canto ninguno, no había vida, no había nada, nada. Mi última esperanza acababa de borrarse.

Pensaba en esto, frente a la puerta del hotel, cuando pasaron tres muchachas. Eran bonitas las tres y vestían con sencillez y buen gusto. Iban en cabeza, y caminaban con ritmo lento, unidas del brazo. He recordaron un minué de Mozart, y las miré, un poco sorprendido. Ellas me miraron también. Las seguí con los ojos, y ví que las tres, una después de otra, volvían la cabeza sin disimulo. Seguramente se preguntaban quién sería el forastero, sino lo sabían ya, que era lo probable, pues en algunas paredes había carteles anunciando el concierto y en esos carteles figuraba mi retrato. Aparte de esto, es muy fácil que tenga yo aspecto de músico, si bien no llevo melenas, me baño todos los días y me visto decentemente.

Permanecía en el umbral de la puerta, entregado a mis pensamientos, cuando ví venir de nuevo a las tres muchachas. Las observé mejor. Una tendría como veintidós años y era

muy morena, de líneas suaves y mirar hondo y lento. La segunda, entre diez y ocho y veinte años, era rubia y miraba con viveza. La tercera, un poco menor que la rubia, tenía unos ojos enormes y negros y era blanca y de cabellos castaños. De estatura mediana las tres, más bien un poco bajas. El ritmo de su paso tenía ahora la lentitud de un adagio. Les clavé los ojos a las tres, rápidamente, a una por una. Y las tres contestaron a mis miradas. Me fuí detrás de ellas; a alguna distancia, para disimular. Iban a la plaza. Tomaron por un lado y yo por el opuesto. Y al encontrarnos, nuevas miradas, esta vez más hondas y más largas. Como no tenía tiempo de cruzar mis ojos con las tres, me limité a la mayor, a la suave morena, que era la que ponía en el juego más seriedad. Me instalé otra vez en la puerta del hotel y pasaron nuevamente. Y nos miramos de tal modo con la morena, que nuestras cabezas, sin quererlo, esbozaron un comienzo de saludo. Y se alejaron, como una canción que se apaga, volviéndose las tres de cuando en cuando.

Todo esto era muy poco, casi nada, y, sin embargo, yo ya no me sentía tan solo. Quiero advertir que no soy un conquistador profesional. Muchas mujeres me han querido, es cierto, pero yo las quise también o por lo menos tuve con ellas una amistad sentimental. No he buscado nunca en ellas sino afecto, ternura, un poco de poesía y de idealismo para poder vivir. Y cuando unos ojos de mujer me han mirado con emoción y unas manos han estado entre las mías, me he sentido el hombre más feliz del mundo. ¿Para qué más? ¿Para qué el placer impuro? ¿Y para qué también la gloria, el dinero, cuando se sabe que un corazón palpita por el nuestro? Todo es vanidad, seguramente, menos esto. ¡Oh, Amor, eres lo único eterno en nuestra vida efímera! ¡Cómo te cantara si fuera poeta! ¡Qué sinfonía saldría de mi corazón si tuviese el dón de expresar la música maravillosa que desborda de mi alma cuando una mujer me quiere!

IV

La calle no tardó en volver a su tristeza. Ya no hubo más transeuntes ni más carruajes. Cerráronse los balcones. Algunos de los comercios apagaron las luces. Yo me fuí al comedor.

Durante la hora que permanecí allí encerrado, junto a los viajantes de comercio que hablaban a gritos y engullían como famélicos, sentí otras vez las punzadas de la angustia. Creí hallarme en un desierto, en una absoluta soledad del alma. Mi imaginación hacíame ver páramos helados, mares y montañas glaciales, cielos lívidos, astros muertos. Y a estas imágenes, en las que concretaba el frío espiritual que ha-

bía en las cosas y que había penetrado en mí, asociaba músicas vagas, fragmentos de Bach, llenos para mí de inquietudes, de dolores, de interrogaciones; frases de Beethoven, unidas en el recuerdo a sufrimientos antiguos.

Poco después empezó el concierto. Había bastante público. Recordé las palabras del español, y un sudor helado me corrió por el cuerpo. Quise convencerme de que no me importaba la disposición de espíritu de la gente. Pero yo sabía que me importaba demasiado. No era que yo quisiese halagarlos, divertirlos, o dejarlos satisfechos. No. Lo que yo deseaba era que aquellas almas me escuchasen con simpatía, para hacerles la confidencia de mi tragedia interior. ¿Sabría comprenderme el alma del público? Y si no el público, ¿me comprendería uno sólo siquiera de aquellos corazones? Yo me había olvidado por completo de las tres muchachas, cuando, en el momento de aparecer en el escenario y saludar al público, ví en una platea a la morena. Adiviné que ella me comprendería

profundamente, y me senté al piano con una esperanza en el corazón.

Fué aquella noche una de las mejores en mi carrera artística. Cuanto llevaba sufriendo desde mi llegada al pueblo, se acumuló en mis manos emocionadas. Viví en las dos horas del concierto, momentos de una intensidad pasmosa. No era yo un solo hombre, no era mi vida una sola vida; eran muchos hombres que gritaban su angustia, eran muchas vidas que clamaban su desesperación milenaria. Yo no *me sentía,* y no sentía nada de cuanto me circundaba. En cada átomo de mi ser había un dolor distinto, una inquietud diversa, una interrogación. Padecí y gocé al mismo tiempo. Fuí el más desgraciado de los hombres y el más feliz. El más mísero de los mortales, el más grande de los héroes, y hasta Dios mismo, pasaron por mí. Cuando toqué la sonata *Patética* parecióme que todo mi dolor se hacía música, y lloré hacia lo hondo, con un llanto mudo y consolante.

¿Me comprendió el público? ¿Hubo allí alguna alma que se sintiera mi hermana? Yo no

ví ni podía ver nada, tanta era mi emoción. Pero tuve la certidumbre de que sí. A través del ruido de los aplausos, mis sentidos adivinaban la presencia de corazones conmovidos. Quién tiene gran sensibilidad conoce el efecto que sus obras producen en el ambiente; y no por las palabras, que casi nunca son sinceras o exactas, sino por los movimientos de las facciones, por la expresión de los ojos, por la presión de la mano que se le tiende y por otros detalles que causan a su alrededor una sensación bien perceptible. Yo no tenía, en aquel momento, detalles de esta índole a mi alcance, si bien los tuve en los siguientes días. La noche del concierto adiviné la emoción de otras almas no sé en qué; tal vez en el estremecimiento del aire, en el lenguaje de los silencios, en comunicaciones misteriosas e indefinibles de una alma a otra.

Me retiré al hotel. Iba solo, pues logré escapar de mis admiradores. Soplaba otra vez el viento, y ahora con tremenda furia. No se podía andar por la calle. Todo negro, todo silencioso. Las puertas, cerradas lúgubremente, pa-

recía que lo estuvieran sólo para mí. Los remolinos se revolvían furiosos, se estiraban hacia el cielo, se arrojaban aullando como perros enloquecidos sobre las puertas y ventanas, se aplastaban sobre el suelo, se desencadenaban a lo largo de la calle, tendidos en carreras salvajes. Llegué al hotel enceguecido por el polvo, muerto de frío, temblando.

No pude dormir hasta la madrugada. Pasé una noche verdaderamente horrible. Quienes no padezcan del terror de la soledad no comprenderán lo trágico que es, para un hombre sensible, el encontrarse en un pueblo lejano, donde no tiene un amigo ni conoce a nadie; en un miserable cuarto de hotel, donde todas las cosas le son hostiles; en una noche como aquélla y después de un día de tristeza, de angustia y de monotonía. Me olvidé por completo de mi triunfo y de las tres muchachas del atardecer. No pensaba sino en cosas lúgubres, siniestras; y lo peor era que no podía distraerme de semejantes pensamientos. Veía sombras fantásticas por todo el cuarto; se me ocurrió que tal vez allí hu-

biera muerto alguien. La oscuridad me enfermaba y me levanté a abrir los postigos. Pero la luz que entraba era tan lívida que aumentó mi terror. La idea de que iba a quedarme muerto me hacía padecer indeciblemente. No sé cuántas veces encendí la luz de la vela. No podía más de sueño; pero apenas me empezaba a dormir, sobresaltábame. Oía ruidos tal vez imaginarios; creía que alguien entraba y en varias ocasiones pregunté quién era. Un sudor helado me corría por todo el cuerpo. Quería pensar en cosas amables, pero todo inútil. Siempre la muerte, la soledad, la tristeza. Afuera, en los cuartos cerrados del hotel, la gente dormía con un egoísmo horrible. Al día siguiente me encontrarían muerto, echarían la puerta abajo... Y en medio de estas preocupaciones tétricas, hondas inquietudes me asaltaban. Las interrogaciones trascendentales de nuestros destinos amenazaban mi corazón como puñales alucinantes. En un momento, quise llorar de rabia y de impotencia. ¡Oh, noche afligente, noche de pesadilla y de locura! ¡Saliste de las

entrañas de la soledad y fuíste mi desposada! ¡Pusiste a mi alrededor una decoración de muerte, y a cada beso me clavabas los dientes en mi carne torturada y me cubrías la herida con los hilos de tu baba venenosa!

V

Al día siguiente, poco antes de almorzar, fuí a una librería. Buscaba alguna novela, cuando ví, eligiendo tarjetas postales, a las tres muchachas de la tarde anterior. No demoramos en hablarnos. Las postales eran para que yo les pusiera un pensamiento, y esto sirvió de entrada a nuestra conversación.

—¿Pensamientos? Yo no sé pensar — les dije —, sino en el piano. Más todavía: mis pensamientos, como mis sentimientos, no son sino una glosa, una ampliación de lo que mis grandes maestros pensaron o sintieron.

—Pues yo creo — arguyó la mayor —, que usted ha de poder decir cosas muy buenas.

—Lo mejor que hay en mí, se los dije anoche...

—Anoche nos ha hablado con el corazón. Se comprendía. ¡Cómo nos hizo sufrir! Pero mucho ha de quedarle por contar...

—Una palabra, solamente para nosotras — rogó la rubia.

—¿Nos desprecia? ¿No merecemos una palabrita? — preguntó la menor, con un tono tan mimoso y tan suave y unos ojos tan hondos, que me arrancó el escaso resto de escrúpulo que me quedaba.

Exigí todavía que habían de ir ellas a buscar los pensamientos al hotel. Las tres se apresuraron a contestar que irían. Continuamos en la difícil elección de las cartulinas: ellas, irresolutas; yo, por el placer de tenerlas allí un momento más y de contemplarlas a mi gusto. Llamábase la mayor, Eulalia; la rubia, Doralisa; y la menor, Soledad. Eulalia era criolla por ambos padres; Doralisa, hija de padre francés;

Soledad, de madre española. ¡Nombres bellos y musicales!

Las tres habían estado en el concierto y las tres habíanse conmovido. Ninguna sabía música, pero la música las emocionaba, las hacía sufrir, las consolaba, les llenaba el alma de sueños. Esto no lo dijeron exactamente así. Expresábanse con cierta dificultad, tímidamente. Eran tres almitas abiertas al misterio y a la poesía de la vida, tres corazoncitos que ansiaban amar y ser amados, desbordantes de ternura, de bondad, de ingenuidad.

VI

Las había citado para las cuatro y media, pero a las cuatro me dispuse a esperarlas. A las cuatro y media, como no llegasen, comencé a impacientarme. Iba del cuarto a la puerta de calle, de la puerta de calle al patio, del patio al cuarto. Me puse nervioso. Intenté normalizarme, diciéndome que no había motivo para semejante inquietud. ¿Qué tanto interés podía tener en que aquellas chicas vinieran? ¿Qué me importaba de ellas?

Llegaron a las cinco y permanecieron en mi cuarto hasta las siete. La conversación fué, desde el principio, de una cordialidad encanta-

dora. ¿De qué hablamos? De todo y de nada. Entre otras cosas, les pregunté si tenían novios, y quise saber qué hacían durante las largas horas de aquel pueblo. Ellas contestaban con pocas palabras. Doralisa dijo que sería muy hermoso viajar como yo viajaba, conocer otras tierras, no estar siempre en aquel pequeño pueblo. Soledad suspiraba profundamente. Sería lindo viajar, sí, pero ella sólo deseaba conocer Buenos Aires. ¡Buenos Aires! Este nombre las puso tristes, como si fuera una cosa que nunca, nunca alcanzarían.

—¿Cómo es Buenos Aires? — preguntó ingénuamente Soledad, con una mirada que desbordaba de nostalgia y de ensueño.

Cuando se fueron, me quedé largo tiempo pensando en mis tres amigas. Y me quedé triste, como si hubiera perdido un bien muy grande. Pero aquella tristeza era muy otra que la mala amargura del día anterior. Ahora lo que había en mí era más bien melancolía, una pena sutil y suavísima, un sufrimiento muy vago, un deseo de algo que no se sabe lo que es...

Después de comer vino a visitarme el español. Parecerá incomprensible, pero ahora su conversación me interesaba. Salimos. Fuímos a un café. Yo le pedí informes sobre distintas personas del pueblo, con el único objeto de llevarle insensiblemente a hablar sobre las chicas. El individuo, con esa ingénita estupidez de los hombres, trató de decir groserías, pero yo llevé siempre el diálogo al buen terreno. Y en definitiva, creo que fuí yo quien más habló de ellas. Las elogié en todos sentidos, dije cuánta simpatía les tenía, alabé la bondad y la candidez de sus corazones. Y de ahí pasé, sin acordarme para nada del día anterior, a elogiar el pueblito, su vida soñadora, su alma sencilla. El español debió considerarme como un infeliz o como un farsante.

Aquella noche dormí bastante bien. ¿Y cómo fué eso? ¿No hacía frío? ¿No era era el mismo cuarto, con su suciedad, con su hostilidad hacia mí y con las huellas del sujeto que me precedió? Todo estaba exactamente igual. La misma mugre y el mismo olor, y había tanto frío

como la noche antes. Pero algo había cambiado fundamentalmente para mí. Ahora tenía afectos en el pueblo, ahora sabía que aquellas casas cerradas ya no me eran hostiles, pues en tres de ellas, tres almas de mujeres me recordaban. ¡Oh, milagro de la simpatía humana! Aquel pueblo no pudo serme más odioso, más feo, y en unas cuantas horas me había llevado a la angustia, ennegreciendo mi imaginación de ideas siniestras. Pero bastó encontrar tres corazones que me comprendiesen y me amasen para que la fealdad se convirtiera en poesía y la angustia cediese su lugar al encanto.. Pensé que el día anterior no había sabido ver lo característico del pueblito, y encontré interesantes su chatura, sus paredones, su plaza miserable y hasta los remolinos y el cuarto del hotel. El pueblo era para mí las tres amigas: ellas lo encarnaban, lo represenltaban, y sintetizaban sus bellezas y sus virtudes.

VII

Dos tardes más permanecí en el pueblo, y en las dos recibí la visita de mis amigas. Al verlas llegar se me agrandaba el corazón. Me sentía feliz, me ponía un poco tímido y se me aceleraba el pulso. La conversación no se apartaba sino raramente del tema sentimental. Las tres estaban emocionadas, palpitantes, a la vez felices y tristes. Las tres me querían hondamente. Yo veía con entera certidumbre que era para ellas un ser sobrenatural, un hombre como ellas nunca habían conocido ni soñaran siquiera en conocer. Debían mirarme como una alma muy grande, como un corazón infinito. Me admira-

ban, me veneraban, se sentían a mi lado muy pequeñas. Yo les había dicho que éramos almas hermanas y que por eso nos había bastado vernos para amarnos. Yo hablaba dirigiéndome a las tres, si bien en ocasiones me especializaba con cualquiera. A veces, tomaba la mano a alguna de ellas, y esto era en nuestra relación tan natural que nadie se sorprendía. Pero si las palabras eran para todas, no ocurría lo mismo con las miradas. Con los ojos de cada una de las tres, los míos se fundían, ocultándonos de las otras dos. Pero no poníamos mucho disimulo. Aquella mirada quedaba como una cosa permitida, como algo que no dejaba de ser bien fraternal. Era probable que ellas mismas no se dieran cuenta de nuestra complicada situación. Si una de ellas y yo nos encontrábamos por casualidad en la calle, los ojos se entregaban por completo, pero si encontraba a las tres, entonces ya no me miraban del mismo modo; entonces era cada una el disimular y el ocultarse de las otras.

Llegó el día del segundo concierto, que era la víspera de mi partida. Yo les regalé un palco,

en el que desde mi piano podía verlas. El programa de este concierto fué muy distinto del primero. Traté de interpretar obras jubilosas o apasionadas, fragmentos en que estallaba la vida, el amor y la alegría. Quedé satisfecho de mí mismo. Y al acabarse el concierto ví a mis tres amigas que, sentadas en la delantera del palco, permanecían unidas de las manos, con los ojos en éxtasis, bellas de emoción.

¿Pero qué sentía yo por aquellas criaturas? ¿Amor? ¿Y por las tres? Por lo pronto les tenía una inmensa compasión. Pensaba que siendo tan soñadoras no podían ser felices en aquel pueblo, entre gentes vulgares, viviendo una vida monótona y miserable, en la absoluta imposibilidad de realizar sus sueños. Y después de haberme conocido, teniendo la idea que de mí tenían, más infelices debían ser; entre los muchachos empleados o comerciantes que constituían la *élite* del pueblo, ¿habría uno solo que se aproximase, por poco que fuese, a lo que ellas imaginaban de su reciente amigo? Yo debía representar para las tres el ideal imposible, la qui-

mera que enloquece la imaginación y huye, la felicidad inasible e increable. Las gentes que vivimos en las grandes ciudades, sobre todo los hombres, tenemos, sino la felicidad, felicidades múltiples. Pero, ¿en un pueblo de esos?

Además de compasión, sentía hacia las tres muchachas una profunda amistad. Pero en esta amistad entraba algo de paternal, sentimiento que yo me complacía en acentuar y que justificaba que en las despedidas me quedase con las manos de ellas entre las mías y que las palmease cariñosamente y hasta les diese golpecitos en las cabezas y en las espaldas. Y en otras ocasiones, era una amistad sólo fraternal. Los cuatro nos sentíamos hermanos, y pensábamos en lo hermoso que sería vivir juntos, aunque fuese en aquel pueblo.

No necesito decir que esta amistad suponía un cariño muy grande por ambas partes. Sí, yo las quería de veras a aquellas tres chicas. Pensaba en ellas todo el día, todos los minutos que no dormía; y aún cuando dormía, pues ellas ocupaban mis sueños. Pero, ¿cómo no había de

quererlas? Había llegado yo a un pueblo desconocido donde no había nada, absolutamente nada que calmase, siquiera por un minuto, la sed de afecto y de poesía que eternamente vive en mí; y he aquí que tres pobres muchachas me comprendieron y me hicieron un inmenso bien al alma, ofreciéndome en sus ojos emocionados su honda simpatía humana. Por ellas cesaron mis horas angustiosas, y por ellas se ensanchó mi horizonte sentimental.

Puedo también decir que ellas me hicieron comprender un concepto que antes no hubiera sabido definir. Los sufrimientos, las desgracias, todo lo malo de la vida mala, no es lo que la entristece. Lo único verdaderamente triste es la idea de morir. Para ella no hay remedio. Ni el placer ni la acción pueden nada contra el pensamiento de dejar de ser. Se me ocurre que la razón esencial del ansia de progreso humano no es sino el deseo de vencer la idea de la muerte. ¡Oh, tristeza de abandonar la vida! ¿No podríamos disminuirte? Sí, amándonos los unos a los otros, acercándonos para consolarnos,

uniéndonos por la amistad profunda, el amor que hermana las almas, las palabras afectuosas, la obra del corazón. Debemos amarnos enormemente, incesantemente. La hora que ha de venir para todos, sería menos triste y el mundo más bello si tratáramos de comprendernos, si buscáramos siempre almas hermanas y corazones ansiosos de querer, en lugar de quedarnos en un círculo limitado de amor, de amistad o de ternura. Yo tengo hambre de que me quieran, me comprendan y hasta de que me compadezcan, y a mi vez deseo querer, comprender y compadecer. En mi corazón caben muchos afectos, infinitos amores. Comprendo el misticismo de amor, el panteísmo del corazón. ¡Mujeres que sufrís: yo os amo a todas! Para todas dría la palabra que consuela, para todas tendría un lugarcito en este corazón tan grande que Dios me ha dado...

Esto me ocurrió con las tres amigas. Por compasión y por ansia de ternura, más que por agradecimiento, llegué a amar a las tres. Pero a amarlas de veras, digámoslo con franqueza.

Hasta pensé que era triste no poder casarme con las tres, y lamenté que nos rigiese la absurda institución de la monogamía, que parece inventada por pueblos sin corazón, por gentes secas y duras... Pero debo decir en mi defensa, y para que ciertas gentes no se crean en la obligación de asustarse, que yo no deseaba, precisamente, que este actual y único Andrés Icart se casara con las tres muchachas. Lo que yo hubiera deseado era ser una sola alma dividida en tres cuerpos, algo así como una edición en tres ejemplares de este Andrés Icart, y cada uno de los cuales haría feliz a cada una de las muchachas, casándose con ella. Esta idea es una solemne majadería; sin atenuantes, ¿no es verdad? Y sin embargo, Andrés Icart, artista, hombre de algún talento y espíritu nada vulgar, se ha complacido en ella. Enigmas de la naturaleza humana...

VIII

Pero sigamos con el relato, si es que puede llamarse así a esta simple anotación de mis sensaciones durante aquellos días.

Llegó el momento de la despedida. Eran las siete de la tarde y yo partía aquella noche a las diez. En ese instante ví cuánto me querían aquellas criaturas y cuánto las quería yo también. Teníamos los ojos húmedos y la emoción apenas nos dejaba hablar.

—¿Pero por qué las quiero tanto a ustedes? — exclamé una vez, con el corazón dolorido.

—¿Y nosotras?—dijeron Eulalia y Soledad al mismo tiempo.

Era tan extraño aquel cariño que necesitaba

una explicación. El afecto que ellas me demostraron, el bien que me hicieran con sus visitas, mi soledad espiritual, el frío de mi alma que la precedió, y la compasión que sentía por mis amigas, no eran razones suficientes. Debía haber allí quién sabe qué causas misteriosas. Era forzoso creer en que existían almas hermanas. En los mares del mundo, surcados por millones de barcos: los seres humanos, ocurría que a veces dos barcos de una misma bandera, dos almas hermanas, se encontraban, y entonces reconocíanse, saludábanse, y continuaban su camino, a veces para no volver nunca a encontrarse. Llegué a suponer, también, que en alguna vida anterior las tres muchachas y yo fuímos hermanos o nos unió una férvida amistad.

—¿Se van? ¡Qué triste es separarnos! ¡Pensar que nunca, nunca nos volveremos a ver!

—¿Por qué no? Usted puede volver a este pueblo...

Sí, podía volver, pero todos sabíamos que ya no nos veríamos más. Y esta conciencia nos

daba una tristeza infinita, desoladora; nos llenaba de lágrimas los ojos y nos clavaba en el suelo, impidiéndonos separarnos. Nuestras manos se unían, mis ojos y los de ellas formaban una sola cosa. Una tristeza envolvente nos anegaba, nos fundía en una alma única: la tristeza de no ser todos uno, la tristeza de que todo termina, de tener que morirnos... Se fueron... Desde el patio nuestras manos se dijeron adiós durante un rato. Cuando no las ví más, me entré en el cuarto y sollocé.

Escribí una carta dirigida a las tres, y que felizmente no me atreví a enviar. Algunos días más tarde la leí y la encontré de una perfecta ridiculez. Cuando acabé la carta salí a la puerta del hotel. Otra vez me sentía solo, me parecía que algo se había derrumbado en mi existencia. Pensé en ellas. ¿Dónde estarían? Habrían llorado también? Supuse que hubieran ido a acompañar a Soledad, que vivía lejos, y tuve la esperanza de que alguna de ellas pasara por frente del hotel .

IX

No había acabado de imaginar esto, cuando ví venir a Eulalia. Al verme enrojeció. Sin duda presintió un encuentro a solas conmigo. Sabía que si bien yo quería a las tres, era ella la preferida. Estaba la calle oscura y nadie pasaba. Se detuvo un segundo ante la puerta y, mientras hablábamos dos palabras, miraba temerosamente hacia todos lados. Yo le tomé la mano y la hice franquear el umbral. Debo advertir que no era aquella la puerta principal del hotel; por allí se iba a un pasadizo poco frecuentado, que conducía al patio donde se hallaba mi pieza. Entrando por ese pasadizo era po-

co probable que nos viesen. Eulalia vivía muy cerca del hotel, y, para regresar a su casa, después de acompañar a sus amigas, debió pasar por allí forzosamente.

Entramos en mi cuarto. Era tanta mi emoción que no podía hablar. Ella me miraba y bajaba los ojos; era feliz y sufría. Tomé sus dos manos y así estuvimos un rato frente a frente, de pie, diciéndonos, con nuestro silencio, un mundo de cosas. Yo sentía por Eulalia una infinita ternura, un cariño puro y fraternal; pero la bestia que todos llevamos dentro, empezó a darme el mal consejo. Allí tenía, sola conmigo, una muchacha enamorada, sumisa, ardiente. ¿Qué esperaba yo? ¿Dejaría pasar aquella oportunidad, por un idealismo cursi? Mis manos empezaron a temblar, mi corazón a latir apresuradamente. Continuábamos de pie, unidos de las manos, con los ojos en los ojos, atraídos los dos invenciblemente. La acerqué poniéndole mis manos en los hombros, le tomé la cabeza, la besé en la frente, la estreché en un abrazo todavía fraternal. Ella dejábame hacer,

confiada, sin la menor sospecha. Yo tampoco sospechaba de mí. Hacía todo aquello con cierta inconsciencia, contra mi voluntad, con la certidumbre de que no seguiría. Y el mal consejo, como un viento tenaz que mueve una puerta, continuaba perturbando mi espíritu.

—Es muy tarde—dijo Eulalia tímidamente. —Tengo que irme. En casa me estarán esperando.

Eulalia no hubiera imaginado jamás el efecto de sus palabras. Aquella idea de que era tarde, y su consecuencia, para mí, de que debía yo aprovechar el tiempo, golpeó en mi cerebro como una formidable campanada. Perdí toda conciencia de mi mismo, y aturdido, temblante, frenético, estreché a Eulalia entre mis brazos y la besé en los labios. Sentí entonces que aquella muchacha me pertenecía, y de pronto, asaltado por un temor muy lógico, me precipité a echar llave a la puerta.

Al volver hacia Eulalia noté que se retiraba con miedo. Sus ojos me miraron con una imploración conmovedora. No olvidaré nunca la in-

creíble expresión de tristeza, de desilusión, que había en el rostro de mi amiga. ¡Cómo sufría la pobre criatura! Un minuto antes, yo no hubiera sido capaz de advertir nada, pero aquel hecho trivial de ir a cerrar la puerta me había vuelto a la realidad y había salvado a Eulalia. Nos había salvado a los dos. Ya ni ella sucumbiría ni la bestia triunfaría sobre mí. El propósito de cerrar la puerta había abierto a Eulalia los ojos repentinamente. Aquellos segundos bastaron para revelarle mis intenciones, y de pronto, como un rayo que mata, una desilusión infinita cayó en su alma. Eulalia me creía el más puro, el más noble, el más perfecto, el más generoso, el más idealista de los hombres. Me creía un héroe, un ser todo espíritu, todo poesía, todo corazón; y he aquí que este ensueño se deshacía. Yo era un egoísta, un hombre de malos instintos, un materialista, un hombre como, sin duda, eran todos. No sé si Eulalia se dijo esto exactamente, pero así debió sentirlo.

Yo permanecí frente a ella, luchando contra mí, silencioso. Eulalia ya no me miraba. Allí

estaba, con la vista en el suelo, amorosa siempre, sumisa siempre. ¡Me adoraba aún! Pero, ¡qué decepción tan enorme revelaba en toda su actitud, en aquellos brazos caídos a lo largo del cuerpo, en aquella cabecita inclinada, en aquellas lágrimas de sus ojos, en aquella boca que se abría dolorosamente! Yo comprendía que su pena no era sólo por la posible pérdida de su doncellez, ni sólo un efecto del pudor que se alarma. Si de nada más que esto se tratara, yo no me hubiera detenido, siendo aquel un sentimiento natural en la mujer. Pero Eulalia sufría un principio de ese mal terrible que se llama la desilusión, y el temor de verlo avanzar en el alma de aquella criatura paralizaba mi voluntad y mis fuerzas. Siempre me ha parecido uno de los mayores crímenes, arrancar de un ser humano la ilusión que embellece su existencia, sea esa ilusión realizable o sea absurda hasta la locura. Para Eulalia, el recuerdo de mi paso por su vida iba a poetizar su porvenir. Nada de eso ocurriría ahora, si yo la dejaba sin su ilusión. No, yo jamás cometería semejante delito.

Por ella, por ella; no por mí. ¿Qué podía importarme que allá, en un pueblito lejano, una muchachita modesta me creyese un hombre como todos, un sensual que mintió nobleza, sinceridad, pureza de corazón? Nada, absolutamente nada. En cambio, me importaba hasta la angustia la idea de quitar una ilusión a un ser humano que no tenía otra ilusión sino esa, a un ser humano a quien realmente quería con lo mejor de mi alma y de mi corazón.

Sí, con lo mejor de mi alma. Dios es testigo de que hasta entonces no tuve respecto a mis amigas un solo mal pensamiento. Quiero decir un mal pensamiento consentido, porque deseos, tentaciones, ¿cómo no había de tenerlos? Con lo mejor de mi alma quería a Eulalia, cuando la bestia estúpida y grosera que todos llevamos dentro me sugirió la mala idea. Pero ahora — puesto que su consejo no se realizó ni se realizaría jamás—,ella acababa de ser vencida a su vez, y definitivamente. Continuábamos silenciosos y tristes, cuando de pronto me arrojé en la silla que tenía a mi lado, y con los brazos sobre

la mesa, y el rostro hundido entre ellos, me puse a llorar con ansia.

—¡Perdón, perdón, Eulalia!—balbucí desconsoladamente.

Y entonces, sentí sobre mi cabeza una mano llena de ternura, de absolución y de amor. Yo quise explicar que aquél no fuí yo. Ella puso aun más afecto en sus manos. Me acariciaba como diciéndome que callara, que había comprendido, que creía en mí. ¡Oh, Ilusión! ¡Volvías de nuevo a aquella almita buena y me hacías feliz, feliz como nunca me hubiera hecho lo que hacía unos minutos había deseado con tanta violencia! Eulalia, con admirable serenidad, con absoluta pureza, en un gesto fraternal y maternal, me apartó los brazos y, levantándome la cabeza con sus dos manos, me puso un beso en la frente. Sus ojos se habían iluminado. No he visto nunca una expresión de mayor felicidad. Salió del cuarto, dejándome feliz y triste. Parecíame que todo había sido un sueño. Me levanté, salí al patio, corrí a la puerta. Pero ya mi amiga había desaparecido.

Aquella noche, a las diez, abandoné el pueblo para siempre. ¡Aquel pueblo que ahora desbordaba de emoción y de poesía y donde había vivido una de las más intensas horas de mi existencia! No he querido volver. Quiero seguir creyendo que en aquel lugar hay tres muchachas que me adoran y que sueñan en mí; que Eulalia conserva de su amigo la misma bella opinión de otro tiempo, y que aun permanece intacta la ilusión; y que el pueblo, representado por las tres imágenes encantadoras de Eulalia, de Doralisa y de Soledad, levanta, en medio de la pampa triste, un oasis de poesía y de candor.

EL TERRIBLE EFECTO DE UNA CAUSA PEQUEÑA

A Benito Lynch, el novelista de vigoroso talento y el querido amigo.

Apenas nos habíamos sentado, cuando el mozo se acercó a nuestra mesa trayéndonos la lista de los platos. Meditamos un rato nuestro menú, mientras la orquesta de señoritas nos servía un insípido *Lohengrin* en compota, y el mozo se impacientaba por nuestra irresolución. No nos podíamos poner de acuerdo. Yo sentía aquella noche un apetito intrépido, y ansiaba alimentos sólidos; pero mi amigo Julián Guerrero rechazaba categóricamente, casi escandalizándose, con una energía digna, a mi entender, de mejor causa, la propuesta de todo manjar a base de carne. Intenté disuadir a Guerrero de sus inconvenientes propósitos e intemperantes ideas; pero fué inútil. Y no nos quedó otra solución que pedir cada uno a su gusto.

—Pero, antes, eras un feroz carnívoro—dije a mi amigo, devorando una suculenta ración de fiambres surtidos.

—Sí, antes, cuando vivía en el error — contestó Guerrero, echando una mirada de irracional desprecio a mis queridos fiambres.

—¿Y por qué has cambiado de ese modo?

Guerrero, que comía a conciencia una triste ensalada, comenzó entonces a referir, a ruego mío, y pidiéndome reserva, las razones de su odio a la alimentación carnívora.

—¿Te acuerdas — me preguntó — que hace tres años, cuando viajamos juntos, yo tenía pesadillas todas las noches?

—Sí.

—Pues bueno; era a causa de comer carne. Así me lo había dicho el médico, pero yo estaba emperrado en no cambiar de régimen.

—¿Y qué demonio te decidió a abandonar el funesto sistema? — inquirí, sonriendo, y deleitándome con un exquisito trozo de pavo.

—Vas a oir.

* * *

Guerrero se había casado, y fuese porque la luna de miel le trajera dulces pensamientos y encantadores sueños, fuese por el lógico mejoramiento de sus digestiones, consecuencia del nuevo estado, ello era que en las dos primeras semanas de matrimonio no había sufrido pesadillas de ninguna especie. Pero una noche tuvo la pésima idea de asistir a un banquete de amigos, en honor a uno que se casaba. Allí comió de todo y bebió de todo, y a la una de la mañana llegó a su casa con excesiva carne y no menos excesivo vino dentro de su desdichado cuerpo. Su mujer tenía un horroroso miedo a los ladrones y asesinos, y aquella noche estaba inquieta. Le hizo registrar toda la casa, asegurando haber oído ruidos sospechosos. Con tal motivo, y teniendo encendida la luz eléctrica, conversaron un largo rato en la cama. Guerrero hizo una detenida crónica del banquete, no

sin callar algunos detalles, y por fin, cuando su mujer quedó dormida, él se preparó para hacer lo mismo. Sentía un gran malestar, le dolía la cabeza, se adivinaba la lengua blanca. Pero apagó la luz, y al cabo de un buen rato empezó a dormirse, cuando su mujer le despertó.

—¡La velita!

—Cierto, me olvidé — dijo Guerrero, disimulando el susto que le había dado su mujer al despertarle bruscamente.

Se trataba de una mariposa, sin la cual su mujer no podía dormir. No tuvo Guerrero más remedio que levantarse. Abrió la luz eléctrica, y se acercó al tocador, que distaba unos tres metros de la cama, y donde se hallaba *la velita*. Allí estaba, preparado como todas las noches, el vasito lleno de aceite, y, dentro, casi a la altura del borde, el pequeño trozo de cerilla, encajado en la crucecita de lata que le permitía flotar perpendicularmente. También estaban allí los fósforos, junto al collar de perlas de su mujer, el cual ella, sin duda, se olvidara de guardar. Encendió la velita, colocó un libro

delante, para atenuar la luz, y se volvió a la cama.

—Conviene advertir — me dijo Guerrero — que el tocador estaba junto a una puerta pintada de blanco, y que sobre una repisita que hacía parte del mueble, y en cierto modo entre la puerta y la luz de la velita, había un retrato de mi suegra en un marco ovalado.

—Adelante.

Pues bien; no habría pasado media hora, cuando una espantable pesadilla comenzó a atormentar al infeliz Guerrero. Lo que soñaba no era tan pavoroso, sino el modo cómo lo soñaba. Opresión en el pecho y palpitaciones, dificultad de respiración, angustia; en fin, un horror. Debía llevar un apreciable rato de pesadilla, cuando se despertó. Pero, como puede suponer quien haya experimentado pesadillas de esa índole, fué un despertar muy desagradable. Continuaba sintiendo las mismas molestias que en el sueño, agravadas por la imposibilidad de moverse, de hablar, de abrir los ojos, y por no saber si estaba despierto o dormido, pues así

ocurre en el despertar a medias con que salimos de tales pesadillas. En esto se hallaba el hombre, cuando, haciendo un esfuerzo equivalente al de levantar un enorme baúl bien lleno, consiguió abrir los ojos. ¡Pero más bien no lo hubiera hecho! Porque en el mismo instante vió, aunque vagamente, pasar junto a la parte trasera de la cama una rápida sombra. Instintivamente, y haciendo esfuerzos hercúleos para mantener los ojos abiertos, buscó la sombra, o más bien dicho, el *movimiento del aire,* pues tan tan vago había sido el fenómeno que apenas pasaba de tal. Entonces sus ojos se fijaron en una sombra, esta vez real, desgraciadamente demasiado real, que se destacaba sobre la blanca puerta entreabierta. ¡Un hombre, aquello era un hombre! Si no, ¿qué otra cosa podía ser? Tenía exactamente la forma de un hombre. Guerrero, según decía, jamás fué cobarde, pero la maldita pesadilla, cuyas consecuencias aun duraban, le paralizaba el cuerpo y le sellaba la lengua. ¿Qué hacer? ¡Horrible situación! Pensó que él y su querida mujercita iban a ser ase-

sinados, y esto aumentó el pavor que le abrumaba. Lleno de pensamientos terroríficos, observó de nuevo la sombra. Al cabo de un rato, dedujo que aquello, para ser un hombre, era demasiado uniforme de color; no se destacaba la cara, ni ningún miembro de ésta, como debía destacarse aun en la penumbra de aquel inmenso dormitorio, iluminado escasamente por una débil lucecita. Y empezaba el pobre Guerrero a convencerse de que allí no podía haber un hombre, cuando recordó haber leído en los diarios, hacía pocos días, que los ladrones modernos se vestían con mallas negras que les cubrían la cabeza, las manos y todo el cuerpo. Claro, éste era el caso: un hombre vestido de mallas negras. Pero continuó mirando, y vió, con el espanto imaginable, que se movía la sombra y que se movía también la puerta. Ya no había duda alguna, y esa certidumbre acabó de aterrar al infeliz Guerrero. ¡Si pudiese siquiera despertar a su mujer! ¿Pero no era una imprudencia, no era exponerse a morir, estando el asesino allí, entre la puerta y el tocador?

Debo advertir, entre paréntesis, que Guerrero, al referirme su historia, no me describía sus terrores tal cual yo lo hago. Al revés, trataba de convencerme de la tranquilidad de su ánimo; pero su resultado era distinto al que pretendía. Mientras él hablaba, yo veía en su rostro reaparecer el pavoroso miedo de aquella noche toledana.

—¿Qué podía hacer?—continuó. — Yo nunca he sido flojo, pero...

—Sí, hombre; no lo dudo. Adelante.

Bien. En su aflicción, Guerrero, pensando que si la luz de la velita se moviese, se moverían también todas las sombras del cuarto, creyó que todo pudiera ser efecto de la luz. ¡Si lograse ver la llamita que le ocultaba aquel maldito libro! Pero no; la luz no se movía, ni podía moverse. Las ventanas y puertas estaban cerradas y tenían burletes; por consiguiente, no entraba en el cuarto el menor soplo de aire. Pero una cosa le intrigaba a Guerrero: ¿qué hacía el hombre en aquel lugar? ¿Qué esperaba? Tenía todo el aire de examinar el tocador, de me-

ditar sobre la mejor manera de realizar algún propósito siniestro y también de observar si Guerrero y su mujer estaban bien dormidos. Guerrero tenía la convicción de que el ladrón le miraba y de que le veía claramente; cosa explicable, pues él no estaba envuelto en mallas negras. Entonces, para que el ladrón le juzgara dormido, y, por ello, realizara de una vez su robo y se fuese del cuarto cuanto antes, Guerrero cerraba los ojos. Su consuelo era pensar que el hombre no necesitaría dar un paso, pues allí estaban el collar y los objetos de tocador, que eran de plata.

—En esto — continuó — abrí los ojos, y me pareció notar que la puerta se movía otra vez. "Ahora va a dar el golpe", pensé. Y volví a cerrar los ojos.

—¿Y te dejabas robar miserablemente? — exclamé algo indignado.

—¿Qué iba a hacer? La vida ante todo...

Al abrir los ojos de nuevo, Guerrero vió un brazo negro que se estiraba lentamente, criminalmente sobre el tocador y en dirección al co-

llar, y en el momento mismo en que el brazo se retiraba, oyó el ruidito del collar al ser arrastrado sobre el vidrio que cubría la mesa del tocador. En el mismo instante se apagó la luz.

—¿Pero cómo no abriste la luz eléctrica, o hiciste un ruido cualquiera para que el individuo se fuese, o hablaste a tu mujer, por lo menos?—exclamé, maravillado de la cobardía e indecisión de mi amigo. —¿Todavía estabas mudo?

—No, hombre; pero no me interrumpas —dijo Guerrero, un poco nervioso.—Mi mujer, al sentirse sin luz, se despertó, y yo inmediatamente le pregunté en voz baja si había oido algo.

No había oído nada, absolutamente nada. Entonces Guerrero le contó a su mujer, siempre en voz baja, y comenzando por la pesadilla, todo el asunto. La mujer de Guerrero empezó a asustarse también; pero luego, como ninguno oyese el menor ruido, decidieron encender luz. Al ser iluminado el cuarto por la luz eléctrica, Guerrero miró el lugar de la acción.

Se levantó de la cama, libre ya de los horrores de la pesadilla, y fué a ver si faltaba el collar. No faltaba nada, todo estaba en su sitio. Registró debajo de la cama, en los rincones del cuarto. Nada.

—Mi mujer entonces, que me creía asustadísimo, no sé por qué, se levantó también, y, después de mirar el tocador y sus inmediaciones, se echó a reir.

Yo sospeché que la risa de la muchacha tenía su causa principal en el julepe de su marido; pero no lo quise decir y pregunté, seriamente:

—¿Y por qué se reía? ¿No era un ladrón acaso?

Guerrero adoptó un continente grave, y con el tono de quien hace una profunda revelación, inclinándose sobre el magnífico *rostbeef* que yo empezaba a saborear, me dijo:

—¡Era una mariposita que había caído en el aceite del vaso!

No entendí.

—Sí, una mariposita. Ella, al cruzar volan-

do en dirección a la otra mariposa, la de la luz, había sido la causa de la sombra que yo ví pasar detrás de mi cama, cuando acababa de despertarme, dominado aún por la impresión de la pesadilla. No te admires, porque el caso es común. Yo vi la sombra, la sombra tal vez de un gran bulto. ¿No te ha pasado alguna vez estar absorbido en tu lectura y creer de pronto que alguien ha entrado en el cuarto por alguna puerta que está detrás tuyo y no es sino una mosca que ha pasado volando junto a tu cabeza?

—¿Y la puerta que se movía, y la cara, y aquel brazo?

La cara no era sino la sombra producida por el retrato ovalado. Y el movimiento de la sombra lo causaba la oscilación de la llamita desde que cayera en el vaso la mariposa.

—Pero, ¿y el ruidito del collar? Eso no tiene explicación.

—El ruidito que yo no supe interpretar lo ocasionó la mariposa al achicharrarse, después de unos instantes de desesperación, en que se

agitara como enloquecida para evitar la muerte.

En la agonía de la mariposa, la llamita, agitándose violentamente, produjo, en aquella sombra de forma humana, un alargamiento que, como un brazo negro y criminal, se extendió sobre el tocador.

Me quedé buscando algún detalle sin explicar, cuando me acordé del espantoso miedo porque pasara mi amigo. Y dije, sentenciosamente:

—He aquí cómo una causa pequeña, pues no puede serlo más una triste mariposita, te ha tenido media noche con un susto negro...

—¡Qué la mariposita! — exclamó Guerrero, de cuyo rostro aun no habían desaparecido enteramente los efectos del pánico. — Yo no me asusto por pavadas. ¡Era la carne! Si yo aqueya noche no hubiera comido como un bárbaro y no hubiera bebido...

Me eché a reir. Y cuando Guerrero acabó su frase, le dije:

—Tienes razón, querido Guerrero. Por tu tranquilidad y la de tu mujer, no pruebes un bocado, en todos los días de tu existencia, de manjares tan odiosos y fatales como los que acaban de sumergirse en las profundidades de mi *yo*.

LA CASA COLONIAL

Juan Carlos Dávalos: He querido dedicarle esta historia espeluznante, en prueba de muy grande afecto y por ser usted tan entendido en estas cosas de fantasmas, de trasgos y de ánimas del otro mundo.

I

¡Ricar...do!

Este grito afligente, agudo, oído a media noche y en aquella casa, me despertó sobresaltado, como en una atroz pesadilla. ¿Estaría soñando? ¿Quién me llamaba de ese modo?

No tuve tiempo de repetirme estas preguntas. Un nuevo grito, esta vez ahogado, como apagándose, me llamó desesperadamente:

—¡Ricardo, pronto!

Era mi hermana, que dormía en el cuarto vecino. Me arrojé del lecho, y en un segundo estuve junto a Teresa.

—¿Qué hay? — pregunté con el corazón oprimido.

—Ruidos... en el patio...

—¿Ruidos?

—Sí, ruidos extraños... Anda gente...

El grito angustioso de Tere, como llamábamos a mi hermana, había despertado también a mis padres y a mi hermanito Luis. Mi madre había creído que asesinaban a su hija. Había saltado de la cama, y ya se acercaba al lecho de Teresa, temblando lastimosamente y con los ojos engrandecidos por el pánico. Mi padre, con un revólver en la mano, aseguraba que nada había pasado y trataba de tranquilizar a Tere y a mi madre. Luis, que dormía en el cuarto de Tere, nos miraba atónito, sin comprender. Mi hermana, con los ojos enormemente abiertos — sus bellos ojos negros — y los brazos en actitudes torturadas, me impresionó de veras. Mi padre había encendido la luz eléctrica.

—Ruidos... Anda gente... No vayas, Ricardo, no vayas...

Pero yo, que ya tenía mi revólver en la mano, salí afuera. Nadie. Recorrí cuarto por cuarto la casa toda, busqué debajo de las camas y fuí hasta la calle. Todo en silencio. Ninguna huella de que hubiese andado gente.

—¿No habrás soñado? — pregunté a mi hermana.

—No, no. No he soñado.

—Nosotros no hemos oído nada — dijo mi padre.

Me acerqué entonces a Teresa, y poniéndole una mano en la frente, inquirí:

—¿Te has puesto hoy el termómetro?

—No, pero no tengo fiebre — contestó con acento de fastidio. — Ni he delirado ni tampoco me he vuelto loca. He oído ruidos, estoy bien segura. Ruidos extraños, como si arrastrasen muebles por el patio, como si golpeasen con una cosa de metal a la puerta de mi cuarto.

—Estos días has hecho desarreglos, — objeté, no queriendo darme por vencido.

Teresa volvió a fastidiarse y me contestó con

enojo. Mientras tanto, mi madre, agobiada de temores por la salud de su hija, exclamaba:

—¡Qué será, Dios mío!

Le dimos a mi hermana un remedio para los nervios. Yo la convencí de que nadie andaba por la casa, y me quedé sentado junto a su lecho, en una mecedora, esperando que se durmiese, lo que no tardó en ocurrir.

II

Hacía diez meses que Tere se había enfermado del pulmón. Una lesión insignificante. No había tenido otros síntomas que dos o tres décimos de fiebre y un poco de cansancio. Mis padres, Teresa y mi hermanito Luis debieron partir para Córdoba. Yo me quedé en Buenos Aires, donde mis negocios en la Bolsa de Comercio me obligaban a quedarme. Mi familia pasó todo el verano y el otoño en Ascochinga. Al llegar el invierno, y como Teresa estuviese casi sana, se fueron a la ciudad de Córdoba y se instalaron en un hotel. Pero en el hotel no era posible vivir, y pensaron en buscar casa.

Yo fuí por unos días a Córdoba con el fin de ayudarles en su tarea.

Mi hermana salía muy poco. Pero en uno de sus paseos en carruaje vió que se alquilaba una casa vieja y quiso visitarla. Luego se empeñó en que la tomáramos.

Debo decir que Teresa es una muchacha inteligente y sensible. Lee mucho, y tiene gran afición por los versos y otras futilidades por el estilo. Entiende en cosas de arte, y yo me he sorprendido más de una vez oyéndole hablar del gótico y el románico, palabras que para mí, absolutamente lego en esas materias, carecen de sentido. Tiene también un particular amor por las cosas de otros tiempos, que "la hacen soñar y la encantan", como me dijo en cierta ocasión, haciéndome reir. Yo no comprendo tan extraños gustos. Me apasiona una jugada de Bolsa, una partida de golf, pero detesto las vejeces; y en cuanto a los versos, no tengo el menor escrúpulo en declarar que me revientan. ¿Será que en mi condición de hom-

bre práctico carezco de sensibilidad y de gusto artístico?

Füí a ver la famosa casa que entusiasmaba a Teresa hasta ponerla nerviosa y exaltada, y me pareció horrorosa. Las puertas de los cuartos eran bajas, chatas, macizas, de madera negra, y tenían enormes cerraduras de hierro. Las paredes me hacían pensar en las de los conventos. Las ventanas, con sus grandes barrotes de hierro, daban a la casa el aire poco agradable de una prisión. Los pisos, de ladrillo; los techos, a dos aguas, y de grandes vigas de madera. Se subía a las habitaciones altas por una anchísima escalera de mampostería, con la varanda de media vara de grosor, y pintada de rojo. La puerta de calle era extremadamente fachendosa, haciéndome recordar a esos hidalgos españoles que ocultaban bajo su empaque castizo la vida de pobreza que debían llevar. Tenía en lo alto una especie de penacho, sobre el dintel un escudo, y elegantes columnas adosadas. En la única habitación alta salía sobre la calle un balconete de madera, sostenido de

un pequeño alero de tejas, por delgados hierros. Parecía que colgara del alero, el que, como todo el techo, era de tejas españolas. Los dos patios, encuadrados por corredores, ostentaban columnas un poco gruesas. Crecía el musgo por todas partes. En los fondos de la casa, una pequeña huerta lindaba con el muro, alto y sombrío, de una iglesia.

La casa estaba limpia y podía ser habitada. Pero a mí me sublevó la idea de que mi familia fuese a meterse en semejante antigualla, que tenía un poco de convento y otro poco de cárcel.

—Es horrible — le dije a Tere, con indignación. — Debe haber humedad, cucarachas, ratones, murciélagos... Se van a morir de tristeza en esa cueva sin luz. Me comprometería a volverme neurasténico o loco, en un mes de vivir aquí. ¡Maldita literatura! Debemos buscar una casa moderna, donde entre el sol y donde no haya estas insoportables negruras que te gustan tanto...

—¡Prosaico! — exclamó Tere cariñosamente. — No comprendes el encanto del pasado.

—¿Encanto? Francamente, no me interesa en absoluto el pasado.

—Claro — dijo Tere, un poco agresiva. — Te interesa el *football*, el *golf*, todo lo que sea inglés o yanqui. Y en cambio la literatura y el arte, los valores espirituales...

—¿Los valores espirituales? ¿Y qué diablo es eso? No conozco más valores que los que se cotizan en la Bolsa. Soy un hombre de negocios, un hombre de mi tiempo. ¡Qué me importa la literatura! Y en definitiva, se me ocurre que el placer que tú experimentas leyendo un libro de versos, es el mismo que yo siento al saber el alza de algunas acciones que he comprado, o dando patadas a la pelota del *football*. El placer es un fenómeno fisiológico.

—¡Materialista! Me avergüenzo de tener un hermano con semejantes ideas. Eres un perfecto borrico. Te aseguro que todos los hombres inteligentes del país encontrarían que nuestra casa tiene verdadero interés artístico.

Confieso que al oir estas palabras me asombré de no andar en cuatro pies. Teresa era inteligente y culta, y si afirmaba que todos los hombres de criterio artístico opinaban como ella, así había de ser.

Sin embargo, me atreví a preguntarle:

—Pero, ¿qué le encuentras de particular? Yo quisiera que me explicaras en qué está la bellezo o el interés de tu famosa casa.

—¿En qué? En ser característica, original, poética... Es uno de los poquísimos buenos ejemplares que hay en todo el país de la arquitectura colonial. Es un documento...

—¿Documento? — exclamé, abriendo los ojos con estupefacción, pues jamás se me había ocurrido que una casa pudiera ser un documento, lo mismo que las escrituras de propiedad.

—Sí, documento de una época, documento de la vida colonial...

—¡Buena cosa, la vida colonial! ¡Como para alegrarse de sus documentos! ¿Qué había en la colonia? Falta de libertad, supersticiones,

roña... Pero no hablemos más. No me convenzo.

La casa fué alquilada. A mi madre no le parecía tal mal. Yo creo que hasta le gustaba, sin duda porque en su niñez, allá por los años de la guerra del Paraguay, vivió en un caserón por el estilo. En cuanto a mi padre, militar retirado y criollo viejo, que había vivido en campamentos y sufrido toda clase de penalidades, lo mismo era una casa que otra. Además, él estaría en Córdoba poco tiempo.

Debo agregar que hubo otras dos razones para alquilar: una, la dificultad de encontrar casas desocupadas; y otra, su baratura. El alquiler era tan bajo que me intrigó. Pero, ¿a qué averiguar? Motivos tendría el propietario para entregar su casa por un precio irrisorio.

Nos instalamos, pues, en la casa colonial. Trajimos algunos muebles de Buenos Aires, y Tere alquiló en Córdoba otros que estaban en consonancia con el edificio. Un horror los tales muebles. Negros, siniestros, oliendo a convento, apestando a vejez.

Dos semanas llevávamos en la casa, y yo ya comenzaba a tener ideas estúpidas. Todo aquello me hacía pensar en la Inquisición, en el catecismo Astete, en el Purgatorio, en el Infierno. ¡Ah! y en la encantadora vida de la Colonia, entre frailes, negros, contrabandistas y empacados hidalgüelos que apenas sabían leer y que no se bañaban nunca. Deseaba luz, la vida moderna; y en mi condición de huésped aburrido de una ciudad que se me antojaba eclesiástica y que tal vez no lo fuese, extrañaba la acción, mi adorada calle Reconquista y, sobre todo, el *golf* con muchachas bonitas. Pensaba volverme en la semana a Buenos Aires, donde felizmente ya no hay casas coloniales, cuando detuviéronme en Córdoba los sucesos que he creído interesante referir.

En cuanto a Tere, me es imposible negar que era dichosa en aquella casa. Cierto que los murciélagos, las mariposas negras, las arañas peludas y los ratones le daban tremendos disgustos; pero cuando ninguno de estos bichos turbaban su espíritu, parecía que viviese en su

ambiente natural, rodeada de poesía, de misterio y de eternidad. Había adornado la casa con crucifijos, cuadros religiosos y santos de madera, algunos de los cuales fueron trabajados por los indios, hacía un siglo y medio o dos siglos. Quemaba perfumes que a mí me recordaban las misas cantadas, en un pebetero de plata, y se pasaba las horas tocando en un armonio, que alquilara por una bicoca, músicas religiosas, fragmentos de cantatas y de misas, que en mi sentir de profano y de hombre práctico, ennegrecían tanto la casa como los murciélagos y las sillas frailunas...

III

A la noche siguiente, dormía yo como un bendito, soñando que las cédulas serie I, de las que mandara comprar días antes varios millares, habían subido portentosamente, cuando me despertó una serie de ruidos. Presté atención. Por suerte, ni mis padres ni mis hermanos habían oído. Pero, ¿qué ruidos eran esos? Salté de la cama, tomé el revólver cargado y salí al patio. Nada. Fuí a la huerta. Nada. Recorrí, en puntas de pie, cuarto por cuarto. Nada tampoco. Creí haber soñado y, vuelto a la cama, traté de dormirme otra vez.

Y me dormí, en efecto. Pero apenas había pegado los párpados, cuando un grito de Tere,

ahora más afligente que el de la noche anterior, me estremeció de pies a cabeza. Volé a su cuarto. Dí luz. Tere estaba pálida, a punto de desmayarse. Le tomé el pulso y me dí un buen susto. Le hicimos beber agua de azahar y nos quedamos acompañándola.

—¿Qué pasó? — preguntábamos todos con ansiedad.

—Gritos... como de mucha gente... de hombres y de mujeres... Pero gritos estridentes, alocados... A veces, como de moribundos. Y estrépito de puertas... golpes de latas... Yo hubiera jurado que eran aquí, en mi cuarto... ¡Los demonios, Ricardo! Esta casa está embrujada...

—¡Esto faltaba! — exclamé nervioso.—Los demonios no existen sino en la imaginación de los crédulos y de los cobardes. Me gustaría encajarle un tiro a uno de tus demonios.

—Probablemente—dijo mi padre, que conocía varios casos análogos, ocurridos en otras partes,—son algunos pillos que quieren asustarnos para robarnos después.

—Pero no cuentan estos infelices pillos de tierra adentro—exclamé con no inoportuna fatuidad de porteño—que soy campeón de tiro de revólver en Buenos Aires. ¡Ya verán, los canallas!

Como era natural, no nos acostamos. Tere se había puesto tan nerviosa, que hubo necesidad de acompañarla hasta que amaneciera. Convinimos todos en que a la tarde veríamos, mi padre y yo, al jefe de policía.

Confieso que pasé aquella noche sumergido en un pozo de preocupaciones. La noche anterior había atribuído el hecho extraño de que Tere oyera ruidos fantásticos a su estado nervioso, pues aunque mi hermana no era una histérica, sino, por el contrario, una muchacha perfectamente normal, no podía negarse que la tuberculosis, si bien incipiente, había desquiciado su organismo y desarreglado su sistema nervioso. Pero, esta vez, yo también había oído los ruidos. Mi sensación había sido rapidísima y no eran exactamente los ruidos de que hablaba Teresa; pero el hecho existía fuera de mí y no

había en mi caso sugestión ni podía haberla. Sólo quedaba la suposición de que yo hubiese soñado.

Resolví hacer vigilar la casa. Si todo era obra de pillos, como aseguraba mi padre, nada ocurriría a mi familia estando yo en Córdoba. ¿Pero cuando me fuese, lo cual debía ser muy pronto, dada la naturaleza de mis negocios? ¿Y si no había pillos, sino que yo también, como mi hermana, era víctima de la sugestión o del miedo? Esta idea me sacaba de quicio, poniéndome irritado y nervioso.

A la madrugada se durmió Teresa y todos nos fuimos a nuestras camas.

IV

El jefe de policía era un militar retirado, y tenía cierta relación con mi padre. Porteño, como nosotros, había ido a Córdoba como empleado de una intervención federal, y allí se había quedado. Era un hombrón formidable, de una extraordinaria robustez. Muy alto, de anchísimas espaldas, fornido. Usaba una perita y vestía con escasa elegancia. Hablaba con cierto dejo de hombre de campo, y con frases familiares. Era un criollazo como mi padre, un buen hombre medio gauchón, a la que te criaste. Nos recibió con afectos sencillos, sin exageraciones ni cumplimientos.

Le expusimos el caso. Nos escuchó sonriendo socarronamente. Noté que calzaba botas. En medio de mi relato, entró un soldado, un chino, con un mate en la mano y lo entregó al jefe, el cual lo tomó parsimoniosamente, después de habérnoslo ofrecido. Cuando terminé yo de hablar, el jefe exclamó:

—¡Ahijuna! Las van a pagar, los muy trompetas.

—¿Usted cree que se trata de ladrones?—le pregunté.

—¿Idiai? No ha'e ser la viuda...

Refirió entonces, en su lenguaje pintoresco, atestado de palabras vernáculas, varios casos análogos que conocía. Habían ocurrido en distintas provincias, no en Córdoba, donde se encontraba desde hacía sólo un año. Contó que cuando una casa quedaba mucho tiempo desocupada, los ladrones solían refugiarse en ella. Para poder vivir allí tranquilamente, sin que nadie les molestase, hacían correr la voz de que la casa estaba maldita o embrujada, que andaban fantasmas y aparecidos. Ellos mismos al-

borotaban un poco a media noche, y, naturalmente, nadie quería alquilar una casa condenada. Unos temían a los fantasmas, otros, con más espíritu crítico, a los futuros robos que pudieran hacerles en venganza de haber destruído el sortilegio. Si alguna familia se arriesgaba a vivir allí, era atemorizada a fuerza de extraños ruidos, de gritos, de ayes espantosos. La familia se iba, y los ladrones quedaban dueños del campo.

Yo tenía una sospecha y se la expuse al jefe.

—La huerta da a una iglesia — dije. — ¿No será obra, todo eso, del sacristán? Porque estos sacristanes suelen ser unos pillastres...

—¡No me diga, amigazo! ¡Hubiera empezao por áhi, pues!

En este instante entró de nuevo el soldado con otro mate y anunciando un diputado provincial.

—Che — le dijo el jefe al soldado. — ¿Qué casa es esa de la calle...?

Le dimos la calle, el número y las señas de la casa.

—Es la casa'el Corregidor—habló el chino, canturreando en su acento cordobés.

—Bueno, mis amigos—dijo el jefe dirigiéndose a nosotros, que nos habíamos levantado.—Mandaré vigilar. Y estesen tranquilos, no más. Yo he de averiguar el misterio de la casa del Corregidor...

Y se rió sonoramente de sus palabras, que evocaban el título de alguna novela policial.

Referimos la entrevista a Tere, pero ella, lejos de tranquilizarse, parecía más temerosa que nunca. Hablaba como si supiese algún secreto y no quisiera revelárnoslo.

—Entonces, ¿insistes en que la casa está embrujada?—le pregunté cuando mi padre y mi madre nos dejaron solos.

—Embrujada, precisamente...

—¿O es que todo es cosa de aparecidos, de fantasmas?

—No lo dudo...

—¡Bah, bah, bah!—exclamé con humor algo agresivo.—¡Eso has sacado con tu famosa casa colonial! En una casa moderna, sin aleros poé-

ticos ni murciélagos, no se habrían animado a incomodar tus ánimas benditas.

—Tienen buen gusto las ánimas—replicó mi hermana, con cierto retintín.

Previmos que la conversación podía tomar un mal sesgo, y callamos. Estábamos mutuamente fastidiados. Yo buscaba una frase, porque aquel silencio me molestaba, y creí encontrarla. Traté de expresarla en el tono más amistoso y sencillo que fué posible.

—Ahí tienes los espectros del pasado. Las vejeces que tanto quieres, muertas, bien muertas, rondan esta casa colonial como almas en pena. Sólo sirven para asustar a las gentes y proteger a los murciélagos, a las arañas peludas y a los pillos.

Pero Tere, que me adoraba y veía la ninguna hostilidad de mis palabras, no se ofendió. Me contestó sencillamente, sin el menor intento agresivo.

No tardamos en discutir a propósito de lo sobrenatural. Era inevitable, pues el tema estaba allí, a nuestra mano, entre nosotros, si así

pudiera decirse. Teresa creía, no solamente en la posibilidad de los milagros, en que las almas de los muertos andaban por el mundo y se aparecían a los vivos, y en la existencia de los demonios y en su influencia sobre las vidas humanas, sino también en que hubiese almas vendidas a Satanás, y en otras curiosidades por el estilo.

—El mundo está lleno de misterio—afirmaba Teresa. — Ocurren continuamente cosas muy extrañas, que nadie puede explicar. Los casos de muertos que se aparecieron a los vivos abundan de tal manera, que no comprendo, Ricardo, cómo ignoras una cosa así. En Flammarión puedes leer...

—Pues para mí—sostuve, dando a entender que había leído a Haeckel, del que apenas tenía una remota noticia,—no hay enigmas en el universo. Todo es natural y explicable. Algunas cosas, ¿no son por ahora suficientemente comprensibles? Se trata de fuerzas desconocidas, de fuerzas aun mal estudiadas...

Esto último lo dije con insoportable pedan-

tería, tratando de aplastar a mi hermana con aquel aparato científico, o que yo imaginaba tal. Pero Teresa, inteligente y perspicaz, echó abajo mi pobre argumentación abrumándome con interesantísimas citas, refiriéndome extraños casos de aparecidos. Yo no me convencía—¡naturalmente!—y seguía con el disco de las fuerzas inmensas e ignoradas.

Era al atardecer y nos hallábamos en el patio. Un murciélago enorme cortó nuestra conversación, haciendo estremecer a Teresa. Casi en seguida llegaron del paseo mis padres, con mi hermanito Luis. Apenas la sirvienta vió a mi madre se presentó a decir que dejaba la casa. No hubo medio de conseguir que se explicara. Nos dió diversos pretextos, algunos verdaderamente ridículos. Para mi madre, que tomaba todas las cosas a lo trágico, aquello era una enorme contrariedad. A mí me preocupaba poco, pues tenía ya resuelto que al siguiente día, aunque aquella noche nada ocurriera, se trasladase la familia al hotel.

Para mi hermana la salida de la sirvienta

debió ser un motivo de exaltación nerviosa. Yo creo que Tere sospechaba que aquella mujer sabía algo. Y debo advertir que esa mujer era la única persona de servicio que había querido entrar en nuestra casa. La cocinera la habíamos traído de Buenos Aires, y las demás sirvientas apenas duraron una tarde o un día.

—¡Qué gente!—exclamaba mi madre, con cómica indignación.

—Tienen miedo, mamá—las excusaba Tere.

—Y hacen muy bien en irse. Tal vez ellos sepan algo que no sabemos nosotros...

V

Como dije, había yo resuelto, con asentimiento de todos, que al día siguiente, lo más temprano posible, y aunque aquella noche transcurriera en la más perfecta calma, volveríamos al hotel. Tere no fué la persona menos interesada en que diésemos eterno adiós a la venerable reliquia, al valioso documento de nuestro pasado colonial.

Mi padre se iba esa noche a Buenos Aires. Una razón impostergable—¡un vencimiento!—le obligaba a dejarnos. El viejo protestaba de aquel viaje, pero se marchaba tranquilo, confiando en su amigo el jefe de policía y en que,

con un poco de vigilancia, las ánimas se marcharían a la cristiana paz de sus sepulcros. Acompañamos a mi padre a la estación. Al regreso, mi madre y Luis se acostaron. Tere y yo nos quedamos en el comedor.

Después de un cuarto de hora de charla, comentando algunos noticias de Buenos Aires, propuse a Tere que, como otras veces, leyéramos algo. Me levanté y le presenté a mi hermana, con cierta protesta de su parte, un tomo de cuentos de Mark Twain, que es la única literatura que soporta mi ineducado paladar, según lo califica Teresa.

—Tengo que rezar—objetó mi hermana.

—¡Pero qué tanto rezar! Has pasado casi todo el día en esa monótona ocupación.

Teresa adoptó un aire misterioso, impenetrable. Y con una voz cálida, un tanto emocionada, repuso, sin mirarme:

—Esta noche debo rezar incesantemente. Es imprescindible que así lo haga. Alguien necesita hoy de mis oraciones.

Levanté los hombros, algo picado, y me puse

a leer. Tere sacó de su bolsillo un rosario y comenzó a pasar las cuentas con lentitud.

Transcurrió así un largo rato. Yo debía contener las risas a cada instante para no interrumpir a mi hermana. En ocasiones, el célebre humorista yanqui me obligaba a salir al patio para desahogarme. En el silencio del cuarto, que parecía subrayado por el runrún del rezo de mi hermana, el reloj de pared iba jaloneando el tiempo con su tic tac monótono.

De pronto noté que mi hermana miraba fijamente el reloj, y observé que aquellas miradas se repetían a cada instante. Una gran inquietud debía haber en el espíritu de la pobre Teresa. No le dije nada y me puse a observarla. Eran las once y cuarenta, y a medida que se acercaba la medianoche aumentaba el desasosiego de Teresa. No encontrando otra explicación al estado de mi hermana, pensé que tal vez, en las noches anteriores, los ruidos fueron oídos a las doce en punto, o que por lo menos así lo creía ella.

Naturalmente, yo también comencé a inquie-

tarme. Ya no pude leer una línea. Mis ojos iban de Teresa al reloj y del reloj a Teresa. Mis oídos estaban pendientes del menor ruidito que pudiera sobrevenir. A las doce menos cinco el fervor de Teresa en sus oraciones creció intensamente. Levantó las manos hacia el cielo y las unió, mientras rezaba con voz clara y alta.

—Teresa, ¿qué tienes?

Me acerqué a ella y le tomé los brazos entre los míos. Estaba pálida, temblaba. Era evidente que esperaba con certidumbre algún acontecimiento extraordinario. Miraba con terror hacia el reloj, sin cesar en sus oraciones.

—Teresa, por favor, ¿qué tienes?

En este instante comenzaron a sonar las doce. Una emoción intensísima me dominaba. El corazón me empezó a latir violentamente. Mi hermana, con una palidez de marfil, temblando entera, llenos de lágrimas los ojos, pero con una expresión en el rostro relativamente serena, exclamó:

—¡Dios mío, Dios mío!

Cuando cesó el reloj, oí un ruido que venía del patio. Al principio fué suave y casi lejano, pero poco a poco fué creciendo. En medio de ruidos de muebles, de objetos de metal golpeados contra las puertas, se percibían gritos vagos e incomprensibles; se dijeran ayes de moribundos.

Me quedé aterrado. Esta vez todos habíamos oído los ruidos. No soñábamos. No había sugestión ni era posible que la hubiese, desde que estábamos en distintos cuartos. El chico Luis, abrazado a nuestra madre, lloraba desesperadamente. La pobre vieja había llegado no sé cómo hasta el comedor, tambaleando, estremecida, con el rostro despavorido.

Un minuto debieron durar los ruidos, pero à todos aquel minuto nos pareció un mes. Nos disponíamos a comentar el suceso apenas pasó, cuando un hecho espantable nos heló la palabra en los labios y nos petrificó en nuestras actitudes. He aquí lo que ocurrió:

Se apagó primero la luz eléctrica. El terror de mi madre y el de Luis parecían haber lle-

gado al colmo. Yo, sentado junto a Teresa, tenía sus manos entre las mías. Ella continuaba rezando, menos agitada, y siempre como si esperase algún acontecimiento transcendental. Iba a levantarme para buscar una vela, cuando vi a Tere que se erguía en su silla, abría desmesuradamente los ojos, miraba la puerta del dormitorio de mi madre y señalaba en aquella dirección con su barbilla levantada. Era evidente que no podía hablar. Los demás tampoco nos atrevíamos a perturbar aquel misterio, y mirábamos hacia la puerta como intentando descifrarlo. Como, en cierto momento, mi hermana indicara la puerta con más decisión y se llevara las manos a la cabeza en un gesto de horror, corrí hacia el cuarto de mi madre. Al pasar por el vano de la puerta, cuyas hojas estaban abiertas de par en par, sentí un roce material contra mi cuerpo, lo mismo que si un objeto se hubiese interpuesto en mi camino. Pero apenas hube pisado el dormitorio de mi madre, cuando un horrible grito de Teresa me hizo volver repentinamente. Al mismo tiempo,

sonaron fuertes aldabonazos en la puerta de calle.

—¿Qué hay? ¿Pero qué es esto?—exclamé.

—¡Mi hija! ¡Teresa!—lloraba mi madre, aterrorizada.

Teresa se había desmayado. Corrí a buscar agua, pero los golpes en la puerta eran tan violentos que acudí a abrir. Entraron los dos vigilantes, que habían oído el grito de Teresa y creyeron en un asesinato. Los dejé con mi madre y mis hermanos y me fuí a buscar agua. Los vigilantes se quedaron encendiendo fósforos, pues la luz eléctrica no volvía, si bien nadie la había cerrado.

Al volver con la copa de agua, ya Teresa había recobrado el sentido. Agradecí a los vigilantes su intervención y les rogué que se retiraran.

Apenas quedamos solos, pregunté a mi hermana:

—¿Qué sucedió? ¿Qué has visto?

—No sé... no me preguntes... te contaré mañana...

Mi madre no hacía sino exclamar: "¡Dios mío!", "Santa Virgen María!" y otras invocaciones devotas. Yo me levanté a traer una vela. Como probablemente no nos acostaríamos, por lo menos hasta el amanecer, no era posible estar en plena oscuridad. Traje, pues, un candelero y encendí la vela.

Pero no pasaron dos minutos sin que las sucesos inexplicables de aquella noche tuviesen su adecuado fin.

Una hoja de la ventana que daba a la calle había quedado entornada, cuando de pronto, movida sin duda por una ráfaga de viento, se abrió del todo. En el mismo instante apagóse la vela. Iba a encender un fósforo, pero Teresa me detuvo la mano, diciéndome con voz susurrante, una voz suavísima que parecía venir de ultratumba:

—¡Silencio! ¡Silencio!...

Quedamos todos inmóviles, petrificados, mudos. Se oían nuestras respiraciones. ¡Qué silencio, qué quietud trágica, qué calma metafísica en aquella oscuridad! Nadie hubiera po-

dido decir una palabra. Pensábamos, mirábamos, esperábamos... ¿Cuánto tiempo permanecimos así? ¿Medio minuto? ¿Una hora? ¿Una semana? Imposible saberlo. Sólo puedo asegurar que viví aquellos instantes con una sensación de eternidad en mi alma.

De pronto sentí que los ojos de Teresa se hacían más grandes, más misteriosos. Seguí su mirada y ví que iba otra vez hacia la puerta. Al mismo tiempo, me oprimió las manos, como ordenándome que mirase. No podría describir lo que pasó por mí en aquel instante. Tuve la sensación indudable, fatal de que alguien había entrado en el cuarto. Al principio no distinguí nada en la puerta. Luego... ¡Ah, no olvidaré nunca, en todos los días de mi vida, aquella espantosa visión! En el vano de la puerta vi dibujarse la silueta más horrible, más siniestra, más lúgubre, que pueden ver ojos humanos. Primero, colgando del dintel, apareció una gruesa cuerda; abajo de la cuerda surgió la cabeza de un hombre, una masa sangrienta y horripilante; después el cuerpo y los pies... Yo

creía estar loco. Me parecía que yo no era aquel ser humano que estaba presenciando semejantes cosas, y pensé que tal vez estuviese muerto o que me hubieran arrancado mi personalidad. Fué un segundo, un segundo no más. Y cuando pasó, el viento, que comenzaba a soplar, nos trajo un fúnebre tañido de campana, de una campana que sonaba lenta, triste, allá lejos, muy lejos... Luego enmudeció la campana y se encendió en seguida la luz eléctrica.

Apenas amaneció, arreglamos nuestros baúles y dejamos para siempre nuestra famosa casa colonial.

VI

Aquella tarde fuí a visitar al jefe de policía.

—¡Todo descubierto!—dijo al verme.

Tenía un enorme mate de plata en la mano y reía socarronamente.

—¡Cómo!—exclamé lleno de asombro.

—Unos pillos, pues, mi amigo, que explotan un suceso ocurrido allí hace dos años.

Aunque yo estaba seguro de no haber soñado y no tenía la menor duda de la realidad de los extraordinarios hechos que presenciara, es tal la incredulidad humana que le pregunté:

—¿Unos pillos?...

—Sí, m'hijito. Y explotan el caso tan hábil-

mente, que eligen la misma fecha en que ocurrió.

Sospeché que el jefe no sabía nada de la verdad.

—Y ese suceso, ¿es?...

—Que hace dos años, en estos días, se ahorcó allí un hombre.

Me quedé frío y mudo.

—El año anterior hicieron la misma farsa, parece.

—¿Y descubrieron a alguien?—inquirí, con la intención maligna de burlarme del pobre hombre.

—No... Ni entonces ni ahora. Todavía, al menos. Pero ya aparecerán...

—Yo dudo, señor jefe...

—¿Qué? ¡Pues estaría lindo, mi amigo, que un mozo como usted saliese creyendo en las cosas del otro mundo!

Y se echó a reir sonoramente, mientras devolvía el mate al chino.

—Entonces, señor jefe, ¿seguirá usted averiguando?

—Y claro, pues. ¡Qué se ha creído! Ni aunque el propio Dios Padre me dijese que era cosa de las ánimas, no había de creer. Para mí no hay sino lo que se ve. La policía no cree sino en ladrones y en pillos...

Y me retiré, con cierto escepticismo respecto al éxito de las investigaciones del señor jefe de policía.

LOS CIUDADANOS DE POYASTÁ



I

Aquella mañana estival de 1880, el pueblo de Poyastá, habitualmente pacífico y aburrido, amaneció inquieto. Por las calles transitaba mayor número de personas que de costumbre, y en la plaza y en las puertas se formaban pequeños grupos. Cuando dos conocidos se encontraban, en seguida poníanse a conversar en voz baja y mirando hacia todos lados. Se susurraba que un nefasto régimen político iba a comenzar para Poyastá. Hacía dos semanas que una revolución triunfante en la capital de la provincia había constituído un gobierno arbitrario y que este gobierno acababa de nom-

brar como jefe político y comisarios de Poyastá a individuos desconocidos en el pueblo, y de alguno de los cuales comenzábanse a contar cosas siniestras.

En la plaza, dos hombres, bajo un copudo paraíso, conversaban sobre los díceres circulantes. El más joven, un individuo melenudo y bocón, que se comía los bigotes y accionaba como energúmeno, se llamaba Antonio Diez, era redactor en jefe de *La Justicia* y escribía tropicales acrósticos a las niñas de Poyastá. Su interlocutor era el jefe de la receptoría. Tenía ojos saltones, barriga formidable y alma entusiasta.

Ninguno de los dos creía posible que se estableciera en la provincia un régimen dictatorial. La nobleza, la valentía, la independencia de aquellos argentinos no lo permitirían jamás. Por su parte, ambos se declaraban indignados contra el nuevo gobierno, y hablaban hasta de ofrecer sus vidas en defensa de la libertad y la justicia. Iban a separarse, cuando un amigo se les acercó. Era un hombre canoso y erguido, de mirada enérgica.

—¡Es una infamia, una vil infamia lo que ocurre!—exclamó el recién llegado.

—Baje la voz, don Juan — suplicó el periodista.

Don Juan se indignó. A él, Juan García, no le importaba que le oyeran. Los hombres del gobierno eran unos asesinos y ladrones, y él no se callaría.

—Pero, ¿qué hay? ¿Se sabe algo?—preguntó el receptor.

—¿No saben? Esta noche o mañana serán fusilados dos pobres diablos que dieron vivas al gobierno caído. Los infelices estaban ebrios.

Los dos interlocutores de don Juan García manifestaron franca y noblemente su cólera. Don Juan se excitaba cada vez más, y poco a poco comenzó a acercárseles la gente que pasaba. En un momento llegaron a reunirse hasta ocho personas, con gran enojo de Diez y del receptor, que no consideraban política ni útil semejante manifestación. Y como don Juan, dirigiéndose a su auditorio, continuase perorando, ellos se marcharon sin despedirse.

—Sí, señores, es una infamia — decía don Juan a los que lo rodeaban.—Es preciso echar abajo a este gobierno que...

Un comisario que se acercara y había oído sus últimas palabras, le interrumpió, enarbolando su talero:

—¡Dése preso, viejo insolente!

Y a empujones y lonjazos, como un criminal, don Juan fué llevado a la comisaría.

II

Al atardecer, el director de la escuela, sabedor de la prisión de don Juan, fué a visitar a Zapata, el médico del pueblo. Zapata era un hombrecillo pequeño y sutil. Escribía en *La Justicia* artículos sobre sociología, que lo habían consagrado — según decía aquel diario — como *una de las primeras cabezas de Poyastá.* Se hallaban en su casa el receptor y Diez.

—¡Qué injusticia la prisión de don Juan! — exclamó el maestro apenas entró. — ¡Es necesario que nos levantemos como un solo hombre, que digamos a esos forajidos quién es Juan García y lo que ha hecho por la patria y por la localidad!

Todos aceptaron, frenéticos de entusiasmo y

amor a la justicia. El maestro de escuela entonces, al ver la generósidad de sus amigos, les leyó una carta dirigida al director de *La Justicia,* y que Diez se encargaría de hacer publicar. Era una valiente página, en la que se invocaba la nobleza de la raza y el espíritu de justicia que siempre moviera a los ciudadanos. Hablaba con entusiasmo de don Juan García, el guerrero del Paraguay, el amigo de los pobres, el buen patriota a quien Poyastá debía tantos progresos. ¿Era posible que Poyastá dejase en la cárcel a uno de sus hijos predilectos?

—¡Bravo, notable! — exclamó el receptor, levantándose de su asiento y desbordando de un entusiasmo justiciero y terrible.

Diez, tumultuoso y generoso, saltó hacia el maestro y le arrebató el artículo.

—Esto sale mañana en *La Justicia.* ¡Es un monumento, una página imperecedera, que debiera quedar grabada con caracteres indelebles en...

El maestro interrumpió al exuberante poeta de los acrósticos, para expresar la conveniencia

de reunir aquella noche a unos cuantos amigos, a los intelectuales de Poyastá, con el fin de firmar una nota de protesta y enviarla a la capital de la provincia. El médico ofreció su casa.

—Bien pensado — dijo el receptor. — Desde luego podemos invitar al cura, que le debe el curato a don Juan, y a Priola, que es su amigo y...

—... le debe buenos pesos — agregó risueñamente el médico, que era un espíritu maligno y chacotón.

Luego mencionaron a cinco personas más, y todas fueron aceptadas. Podría afirmarse que la intelectualidad en masa de Poyastá iría aquella noche a la casa del médico. Sería un espectáculo enaltecedor y reconfortante, que revelaría el despertar de la conciencia nacional, de la hidalguía y la nobleza de la raza. Así lo iba pensando, para su artículo de la mañana siguiente, Antonio Diez, mientras, con el sombrero en la mano, desmelenado, heroico y genial, recorría, en dirección a su casa, las calles dormidas de Poyastá.

III

En el escritorio del médico, nueve personas se hallaban reunidas aquella noche. Iracundos e importantes, anatematizaban a las autoridades. El maestro propuso redactar la protesta, y, como gozaba fama de literato, fué designado casi por unanimidad. En un momento, con la mano temblando, llenó una página de papel de oficio. Y en seguida comenzaron a firmar. El maestro, modestamente, colocó su rúbrica emocionada al final de otra hoja en blanco. Luego estampó el receptor su firma, desordenada y recia. También se hallaba en el papel la firma de Diez, que, habiendo hablado con el maestro, con

motivo del artículo, antes de ir al diario, quiso adherirse incondicionalmente.

Pero de pronto el maestro notó que el entusiasmo se había enfriado. El médico, rodeado del cura y de Priola, hablaba misteriosamente.

—¡A ver, doctor Zapata! ¡A firmar! — exclamó el maestro.

Zapata, entonces, declaró que él se adhería a la nota, pero que, en su concepto, la protesta debía quedar como una simple manifestación verbal.

—Si la redacción no le satisface... — empezó el maestro, dispuesto a ceder a otro la gloria de ser autor del documento.

—No es eso — dijo Zapata, en cuyas mejillas habían aparecido vagas tonalidades rosadas. — Pero debemos pensar el caso. Yo tengo argumentos en contra. Por ejemplo, no soy enemigo de la pena de muerte, y no quiero que el gobierno crea que...

—Tiene razón — exclamó el cura, con voz más recia. — Firmar esto es lo mismo que adherirse a las ideas de don Juan, que ha condenado

la pena de muerte. Y yo, como sacerdote no puedo...

—Yo, señores — tartamudeó Priola, — quiero como un hermano a don Juan. Más, lo quiero como a un padre. Pero hay esto... Tengo hijos, tengo mujer, soy el sostén de mis padres, y, señores, lamentaría que... por una cosa así... por amistad... me fusilasen a mí también...

El maestro, estupefacto, no sabía qué decir. Pero en ese instante se abrió la puerta y apareció Diez, demudado y trémulo.

—El director se niega a publicarlo — dijo, entregando el artículo al maestro. — Dice que es una imprudencia, que eso puede matar al diario, que él no tiene derecho a privar a la sociedad de un órgano de cultura y progreso como *La Justicia*.

Estas palabras acabaron de decidir a todos. El médico aconsejó esperar, y declaró que, en caso de continuar en la cárcel don Juan, o de ser fusilado, él sería el primero en escribir un artículo de protesta.

—Escuche, amigo — le dijo el receptor al

maestro, llamándole aparte.—Por lo que más quiera en este mundo, no haga uso de mi firma, no diga a nadie que yo . . . ¡ Mire que puedo perder mi empleo, que es el pan de mis hijos!

El maestro, con la nota en la mano, la miraba, sonriente y triste, cuando sintió que alguien se la arrebataba y la hacía pedazos. Era Diez, el poeta de los acrósticos, que exclamó resueltamente:

—¡ Dejémonos de lirismos!

Y entonces el maestro, que no sabía cómo salir de aquella casa ni qué decir a aquellos hombres, tomó su sombrero, y, parado en el umbral, antes de salir, exclamó, con los ojos llenos de lágrimas:

—¡ Son ustedes unos cobardes y unos desagradecidos!

IV

A la noche siguiente, un pelotón de siniestros esbirros, dirigidos por el comisario, fusiló a don Juan García, sobre las barrancas del río.

Nadie protestó. El diario *La Justicia* no quiso ni dar la noticia del hecho. Diez, a la mañana siguiente del atentado, publicó una frondosa elegía, en que lloraba la pérdida de sus ilusiones; el receptor fué a su oficina como siempre; el cura dijo su misa acostumbrada; Priola, repentinamente indispuesto, no salió de su casa, y el médico comenzó un sesudo e interesantísimo artículo sobre *Los epifenómenos entre los seres poliplastidarios*.

La tiranía quedó implantada en Poyastá.

LA DICHA

Al escritor brasileño Claudio de Souza, el artista de "¡Pater!", el triunfador comediógrafo de "Flores de sombra", dedícole este cuento, con muy firme estimación literaria y sincera amistad, lamentando no tener, para ofrecerle ahora, otra cosa más digna de su arte y de su talento.

En el comedor, lujoso y grave, de los Valdez se hallan el padre, la madre, los tres hermanos varones y una hermana casada. Toda la familia, menos Alcira, el menor de los hijos. Han almorzado hace una hora, pero el tema los mantiene alrededor de la mesa. Hablan de Alcira, de la pobre Alcira, una muchacha de veintidós años, bonita, inteligente, buena, y casada con un mal sujeto.

—¡Pobre mi hija! — exclama la madre, secándose una lágrima, al oir por milésima vez los horrores que se refieren de su yerno. — Si ella nos hubiera hecho caso...

Y entonces todos recuerdan la oposición de la familia a aquel funesto matrimonio. Eugenio Corrales nada bueno prometía en la época de su noviazgo. Muy simpático, alegre y bromista; pero informal, mentiroso, mujeriego, pródigo, fanfarrón y orgánicamente haragán.

—Ustedes tuvieron la culpa — reprocha la madre a sus hijos.

—Es que tantos bandidos como él se corrigen después, al casarse... — arguye Juan, el mayor, hombre de cuarenta años y abogado prestigioso, que en su primera juventud llevó una vida bastante alegre.

—Yo nunca creí que se volviese serio — dice Pedro Antonio, el segundo de los hijos. — Es muy difícil abandonar las malas mañas. Pero nunca me imaginé que ese canalla llegase a trampear, a engañar, a falsificar...

La mano del padre levántase con autoridad, cortando la frase. Eugenio ha falsificado su firma días antes; y aunque esto es el motivo de la reunión familiar, el padre no quiere, por la presencia de la madre, principalmente, que se

mencione con claridad un hecho tan doloroso y vergonzoso.

—Pero hay que decírselo, papá — exclama enérgicamente la hermana casada. — No debemos dejarla que ignore las infamias de ese hombre indigno de ella y que ofende a toda la familia.

—No — sentencia el padre. — Eso no debemos decírselo. Basta con que le aseguremos que su marido no es un hombre correcto. Ella ha de sospechar algo. Imposible que no sospeche. Las llegadas de Eugenio a las tres de la mañana, el no almorzar ni comer nunca en su casa... Sí, debe sospechar, aunque no querrá decirlo. Por amor propio o para no hacernos sufrir a nosotros, pues imaginará que todo lo ignoramos...

—Eso debe ser. Eso es, no tengan duda, — corrobora la madre. — Mi pobre hija no quiere que suframos. ¡Es tan buena! ¡Y tan desgraciada la pobre!

El padre propone un modo de insinuarle a Alcira la verdad, sin violencia para sus senti-

mientos, pues es posible que aun tenga algún amor por su marido.

—Hablen ustedes de alguna conocida que se haya casado mal. Comentaremos. Yo diré que una mujer debe vigilar a su marido cuando sospeche de él. Ha de exigirle buena conducta, no sólo por él mismo sino por el nombre de la familia, por el honor de su hogar. Tal vez Eugenio se reformase si Alcira fuera otra mujer. El muchacho no es tan malo en el fondo...

Aceptado el plan, quedan todos tristes y silenciosos. Alcira, casada hacía sólo dos años, fué la regalona de la familia. Se enamoró del tarambana de Eugenio y, en su ignorancia de los hombres y de la maldad, se encaprichó en casarse. Los padres y los hermanos opusiéronse, pero debieron ceder a la fuerza de un amor protegido por la ingenuidad más absoluta y el más encantador optimismo. En los dos años de matrimonio, ni los padres ni los hermanos se atrevieron a mentar, delante de ella, las piraterías de aquel sujeto que la hacía tan desgraciada. Al principio, Alcira solía elogiar a su ma-

rido. Después del primer año de casamiento cesó en sus alabanzas. Todos imaginábanse que se habría enterado. Sólo a la madre le hablaba ahora de Eugenio, quejándose de la mala voluntad que al pobre teníanle su suegro y sus cuñados.

—Alcira no sabe nada — afirma el hermano menor, el más amigo de ella, a la que apenas lleva un año. — Y si supiera...

No puede seguir porque en el mismo instante aparece Alcira. Habíanla llamado por teléfono y la esperaban, precisamente para hablarle del asunto. Pero su irrupción sorprende a todos, que quedan como delincuentes. Alcira, elegante, bonita, graciosa, respira felicidad. Entró hablando y continúa su monólogo mientras besa a sus padres y a sus hermanos efusivamente. Es una charlatana, lo que hace más incomprensible su silencio respecto a las pillerías de Eugenio. Se sienta a la mesa, desbordando de risas y de palabras. Es un pajarito delicioso. Sus padres y sus hermanos la miran con tristeza. La ma-

dre piensa: "¡Cómo disimula mi pobre hija!", y sus ojos se humedecen.

Pasan varios minutos de charla indiferente. Luego el padre hace una seña a la hija mayor. Esta refiere haber encontrado a una amiga que se casó, contra la voluntad de su familia, con un muchacho calavera. Todos se reconcentran en espera del momento crítico. La madre intenta cambiar de tema. Su marido la mira con severidad, y dice:

—Eso sucede a las que se casan con quien no deben. Los padres saben siempre más que ellas, y si se oponen al casamiento de una hija...

Calla, no sabiendo cómo seguir. Alcira observa la turbación de su padre.

—Los padres y los hermanos—afirma Pedro Antonio, mirando a Alcira fijamente y con un tono algo agresivo—siempre tienen razón. Casarse contra la voluntad de su familia es exponerse a casarse con un tramposo o con un canalla o...

La alarma surge en todos los semblantes. Alcira mira a sus padres y a sus hermanos. Com-

prende la alusión y se pone seria. Vuelve a mirar a todos, y sin duda ve en sus rostros una intención hostil. Se entristece. No quiere hablar. Está atufada, con el piquito largo, en la actitud de una chicuela mimada. El hermano mayor, en tono que pretende infundir tranquilidad y evitar conflictos, asegura, insistiendo en el propósito de enterar a Alcira de la verdad:

—Las mujeres nunca saben lo que somos los hombres. Un sexo no comprende al otro. No hay mujer que pueda afirmar lo que hace su marido fuera de la casa, ni que conozca sus pensamientos ni sus deseos.

—Según... — estalla Alcira, con un mohín despreciativo.

Seis pares de ojos, interrogativos y ansiosos, clávanse en los de Alcira. La madre cabecea como diciendo: "¡pobre hija, todo lo sabe!" Alcira, enérgicamente, pregunta por qué la miran de ese modo.

—Entonces tú sabes lo que es Eugenio... — dice el mayor, vacilando.

—Sí, sé lo que es Eugenio — exclama Alcira

poseída de santa indignación, con entusiasmo, los ojos llorosos y en un borbollón de palabras.

—Sé que Dios me ha hecho la gracia de darme el marido más bueno, más cariñoso y más trabajador. Me adora como el primer día. Y si yo lo adoro también, no es solamente por sus méritos, sino además porque el pobre no tiene suerte y sufre. Se mata trabajando y sin embargo apenas gana para vivir. Sufre espantosamente a causa de esto, y ustedes son unos malos en no respetar su desgracia. A veces trabaja hasta las tres de la mañana y llega a casa contento de pensar que se sacrifica por su mujer y por su hijito. ¡Es el más bueno de todos! Hasta los domingos trabaja...

—¡En las carreras, jugando lo que no tiene! —interrumpe el hermano segundo, exasperado.

—O con sus queridas — estalla la hermana.

—Mentira. Calumnias. Ustedes no lo quieren de envidia. ¡Ah, cómo son los hombres, mi Dios! Pero yo sé por qué le tienen envidia, y lo he de decir. ¡Lo detestan porque es buenmozo! Sonríen... Claro, ¿qué van a hacer? Saben

que él es el más buenmozo que hay en todo Buenos Aires. Y además, es simpatiquísimo y todo el mundo lo quiere. Y ustedes son feos, antipáticos y nadie los puede ver. ¡Envidiosos, envidiosos, envidiosos!

No puede ya más. Cae sobre su silla, llorando el más copioso diluvio lacrimal que pudieran llorar ojos humanos. Sus hermanos y su padre están furiosos, pero contienen su indignación. La madre llora, sin osar acercarse a su hija, de temor al marido.

—¡Envidiosos, envidiosos! — repite Alcira, como una loca, tragando sus lagrimones.—Me envidian mi felicidad, porque no hay mujer más feliz en todo Buenos Aires. No hay, no hay y no puede haberla. ¡Mi Dios, cómo me hacen sufrir estos malos!

El hermano mayor se levanta. Dice que aquello es intolerable y se va, mientras el padre, inútilmente, aconseja calma. El hermano segundo adjetiva de estúpida y ciega a la optimista Alcira, y sale hecho un energúmeno y golpeando las puertas. El hermano menor ríe a

carcajadas de todo aquello, con enojo de la hermana mayor que estalla contra él y se va furiosa. Alcira sigue llora que te llora. Por fin el padre, algo calmado, intenta tranquilizarla.

—Escúcheme, mi hijita. Nosotros deseamos su bien. Y debe creernos cuando aseguramos que su marido necesita de vigilancia. Tal vez así se reforme y lleve una conducta menos indig... quiero decir más...

—¡Mi Dios, también mi padre! — revienta la muchacha en un alarmante recrudecimiento lacrimoso. — Basta, basta. ¡Pero qué les ha hecho el pobre Eugenio, que es un santo, que los adora a todos, que se mata trabajando, que es el más bueno, el más cariñoso, el más buenmozo de todos los que hay en Buenos Aires! Mi Dios, ¿por qué habrá tanta injusticia en este mundo? Yo no podré ser feliz... nunca... nunca... Dudan de él... ¡de él tan luego!

En este instante se produce algo absolutamente inesperado. La madre, pálida, temblando, se levanta. Su marido, que adivina sus intenciones, la fulmina con los ojos. Pero la bue-

na señora se siente madre, se siente heroica, y, despreciando la fulminación, va hacia su hija con aire augusto y la abraza.

—¡Yo no dudo, hija mía! — exclama la buena señora.

La catástrofe diluvial, que ahora es un dúo formidable, llega a su apogeo. El padre concentra vanamente toda su energía y su autoridad, para gritar:

—¿Qué es esto? ¿Qué significa esta necedad?

Sin tomarlo en cuenta la madre, acariciando a su hija con infinita dulzura, dice, arrastrando un poco las palabras y en el tono de quien consuela a un chiquillo:

—Yo sé que es el más bueno, mi hijita, y el más cariñoso, el más trabajador, el más santo....

—¡Y el más buenmozo, mamita, el más buen mozo de todos!

—Sí, mi tesoro, el más buenmozo, el más buenmozo — repite la madre, sonriendo muy levemente, satisfecha de contribuir a que su hijita, su regalona, no pierda aquella ilusión y

aquel optimismo que la han conducido a la felicidad.

El padre se siente sin fuerzas y cabecea filosóficamente, mientras el hijo menor se despatarra en un creciente estruendo de carcajadas.



UNA SANTA CRIATURA

A la escritora uruguaya Juana de Ibarbourou, que ha mirado la naturaleza y la vida con claros ojos de inocencia.

I

¡Qué vacaciones pasó aquel verano la pobre María del Rosario!

Los tres meses estuvo la maestra metida en su pobre cuartito. Y no era por enfermedad, no. Pero ¿adónde ir? No tenía en Buenos Aires una sola amiga. Cierto que podía pasear por las calles del centro, tan divertidas. ¡Cuánta gente y cuántos carruajes! Pero daban miedo y aturdían. Daban miedo los automóviles y también esos hombres que la miraban a una con unos ojos... Serían muy divertidas esas calles, pero no para una pobre provincianita.

Y además, que a ella le era casi imposible salir. He aquí la razón:

Allí en la casa la conocían y la trataban bien. La pensión que pagaba era cara, pero, en fin, allí la conocían y la querían. Cierto que la dueña no era muy simpática y que sus dos hermanas la incomodaban a veces un poquito. Pero la pobre mujer había perdido a su marido y a su hija, y, naturalmente, había que tolerarle algunas cosas; por ejemplo que a veces la insultase a una o le recordase su falta. Pero en el fondo del alma era una buena mujer. Lo mismo que sus dos hermanas. Parecían agresivas, descontentas, chicaneras, pero eran buenas, los pobres. Algunos días—¡daba risa acordarse!—estaban insufribles. Gritaban, se enojaban con una a dos por tres. Si una comía poco, le decían princesa, señorita delicada y otras cosas que daban ganas de reir. Si una comía con apetito, le decían hambrienta. ¡Pero eran buenas en el fondo, las pobres! Y sobre todo, que ellas la habían perdonado. Esto era lo esencial. Ellas se enojaron mucho al principio, pero acabaron por per-

donarla. ¿Y quién sabe si en otra parte la perdonarían? El caso fué que la perdonaron, y cuando a una la perdonan está obligada a soportarlo todo y a ser buena. ¿Qué otra cosa puede desear la que ha faltado, sino que la perdonen?

Por esto María del Rosario estaba como atada a la casa. Nunca, pero nunca, salió sin decir a dónde iba. Y siempre, claro, salió con algún objeto. ¿Cómo, entonces, decirles: me voy a pasear al centro? ¡A pasear tan luego! Era una locura. Desconfiarían de ella. No, no; ella no tenía derecho a hacer eso. ¡Qué imprudencia sería una acción semejante! Y sobre todo, que una debe corresponder a la confianza de los que la han perdonado. Por esto ella contaba todo en la casa. Lo que hacía en la escuela, durante el curso, y lo que no hacía. Lo que hablaba con las otras maestras. Si conoció algún hombre, lo contaba. Si leía algún libro, contaba el argumento. ¡No fueran a imaginarse que una lee libros que no debe leer! La cuestión era que

viesen cómo una merecía la confianza que le demostraban. ¿No la perdonaron, acaso?

Sólo una cosa la maestra no contaba en la casa: sus tristezas. Era imposible contarlas. Ni ella se atrevería a mover los labios ni tendría quien la escuchase. La señora y las dos hermanas eran muy buenas, pero, ¿a quién le gusta oir tristezas de otro? Solamente a ella, que sería capaz de escuchar el relato de todos los sufrimientos del mundo. Y además, podrían enojarse o burlarse de ella, como se enojaron o le dijeron sarcasmos dos o tres veces que la vieron con lágrimas en los ojos. Cierto que ella tuvo la culpa, pues no se debe provocar a nadie. Pero, ¿cómo no iba a llorar si se acordaba de su pobre hijito muerto? Naturalmente, ella no dijo una palabra y soportó el enojo o los sarcasmos como una gran culpable que era.

Además, sus tristezas provenían de su falta. Así, pues, le correspondía padecer en silencio. Si les contaba a ellas sus preocupaciones, podían creer que una lo hacía para aliviarse y quedar contenta. Y, sobre todo, que ir con esas

cosas, hablar de una falta tan grave a mujeres tan virtuosas, era ofenderlas. Jamás les revelaría sus penas. ¿No la perdonaron una vez? ¿Y qué más, pues?

Así es que aquellas vacaciones de la pobre maestrita no fueron muy divertidas. Madrugaba, como siempre, y arreglaba su cuartito. Ahora que no tenía nada que hacer, podía quedarse en la cama hasta más tarde; y muchas veces se hubiera quedado por su gusto. Pero, ¿y si después le decían que era una haragana? Ya sucedió una vez, una mañana que se quedó pensando en el Nene, imaginándolo grande, de seis años, con su traje de marinero, hecho un hombrecito. Luego ayudaba a arreglar la casa. Ella prefería leer, pero la dueña era tan trabajadora que no podía verla sentada, sin ocuparse en algo, y la mandaba a barrer, a limpiar los muebles, a cualquier cosa. A veces cocinaba también. Por las tardes leía, cosía, conversaba con la señora y con sus hermanas. Y se acostaba tempranito, para seguir la misma vida al día siguiente. Cierto que era triste su vida.

Pero cuando una tiene en qué pensar, no se aburre tanto. Así, ella pensaba en el Nene. Y todos los días dedicaba un buen rato, un largo rato a mirar las ropitas del Nene y a limpiarlas y a volverlas a guardar.

Pero esta vida iba a terminar con las vacaciones. Las clases empezaban aquella misma mañana.

II

La pobre María del Rosario tenía una historia. Era la historia sempiterna, pero ella imaginaba que no había en el mundo muchas historias como la suya.

Nació en un pueblito veraniego, allá en las sierras de Córdoba. Tenía una madrastra. No era mala su madrastra, pero ¡qué genio tan vivo! Su padre era bueno, aunque indiferente con ella. Para tenerla lejos — María del Carmen pensaba que para hacerle bien—, la mandaron a Córdoba a estudiar la carrera de maestra. Allí vivió cuatro años, casi encerrada, en la casa de unas tías muy beatas que no le permi-

tían ni diversiones ni amistades. ¡Había tanto pecado en el mundo! Al terminar los estudios volvió al pueblo, en espera de un nombramiento.

¡Qué sola estaba en el pueblito! Su padre apenas la tomaba en cuenta. Siempre rodeado de otros hombres, ocupándose de política. Tenía mucho quehacer, parecía; y claro, con tanto quehacer, ¿cómo iba a acordarse de ella? Su madrastra tenía cinco hijos, nada menos que cinco hijos. ¡Una chiquilinada lo más simpática! Ella los vestía, los lavaba, les enseñaba a leer, los sacaba a pasear. Una vez le dijo una conocida que a ella no le correspondía hacer esas cosas. Pero ¿quién las iba a hacer, entonces? La madre no podía ocuparse mucho de la chiquilinada. Siempre había fiestas en el hotel, paseos, y ella, como era de una familia distinguida de Córdoba, estaba siempre invitada. A María del Rosario le hubiera gustado, siquiera una vez, ir a uno de esos paseos tan bonitos. Pero nadie la invitaba, y además tenía que ocuparse de las criaturas. Se conformaba con oir contar los paseos a su madrastra. Y al fin era

lo mismo, pues ella se los imaginaba tal cual seguramente habían sido. Era un poco triste que no la invitasen a una, pero ¿qué hacer, sino conformarse? Lo peor era que la creían institutriz o sirvienta. Al principio, ¡le daba una risa! Pero después, no podía gustarle. No era que ella despreciase a las sirvientas, pero si una es señorita y además maestra, ¿no parece impropio que la traten a una como sirvienta?

Y bueno: allí ocurrió su historia. Un hombre joven que la gustó. ¡Tenía unos ojos tan profundos! Ella necesitaba querer y que la quisiesen, y cuando una necesita estas cosas, se enamora. Todo cambió para ella. Ya se acabó el estar sola. Dialogaba el día entero con él, es decir, cuando no estaba con él. Porque con él era otra cosa. Entonces no hablaba ni podía hablar. Entonces hablaba él, y ella oía, oía... Y soñaba. Después vino la dulzura del primer beso. ¿Habrá algo mejor en el mundo que el primer beso? Con vergüenza y todo, por ese pecado de dejarse besar, ¡qué dichosa fué, qué dichosa, Señor! Y después vinieron muchos besos y em-

pezaron las caricias, ¡unas caricias que le daban más vergüenza!... Ella no comprendía esas caricias. ¡Pero él parecía tan feliz! Y, además, él la convencía de que una mujer demuestra su cariño concediendo esas caricias. Y así era, seguramente.

Pasó de este modo una semana, cuando una tarde... Pero, ¿para qué acordarse de esas cosas? ¿Para qué acordarse de que fué débil y de que ese día amaba más que nunca, de que él la besaba con una verdadera locura, de que la sierra estaba solitaria y que había comenzado la primavera? ¿Y cómo podrá una resistir al que adora? Y cuando una tiene corazón y lástima, ¿cómo negarse a la imploración que viene entre besos y caricias y asegura con lágrimas que lo que pide es la misma vida, la felicidad para él? Y, lo peor de todo, ¿cómo va una a negarse cuando se le reprocha no querer bastante, cuando se le acusa de hacer sufrir? Y sobre todo, ¿no iban a casarse, como él lo repitió aquella tarde, y como tantas veces hablaron?

Sin embargo, ella hubiese triunfado de poder

pensar con fuerza en su madre, o en el infierno, o en su padre, o en la confesión. Pero la verdad era que no podía pensar en nada. Los pensamientos se le escapaban y sólo quedaba junto a ella un hombre al que adoraba, muchos besos y unos grandes deseos inexplicables de ser suya, de abrirle toda su alma y todo su cuerpo para que él entrara en ella y sus dos seres formaran uno solo.

Pocos días después, él se fué a Buenos Aires. Era un muchacho de familia rica. Había ido al pueblito a pasear, a visitar una hermana enferma. Prometió escribirle y le escribió dos veces .Cuando no llegó otra carta, María del Rosario sintió como si el mundo hubiese quedado vacío. ¡Abandonada! Y tan luego ahora, cuando acababa de saber su desgracia!

Sufrió en silencio, con heroísmo, el horror de las sospechas primero, y la certeza, menos dolorosa, después. Se hizo aún más humilde. Trabajó como nunca, obedeció como nunca· ¡Oh, Señor! ¿Por qué permites que sufra tanto una criatura tan santa, sólo por haber amado? ¿No

nos diste tú el amor y los sentidos? ¿Y por qué haces a unos audaces y mentirosos y a otras ingenuas, apasionadas e ignorantes de la vida?

Pero María del Rosario era fuerte, con la fuerza que da el mucho dolor y la certeza de que su falta era muy grave y debía ser castigada con el padecimiento. Y le contó a su padre todo, pidiéndole perdón, sin acusar al que adoraba. El padre enojóse mucho, pero iba a perdonarla. Y la hubiera perdonado, si no hubiese llegado en ese instante la madrastra. ¡Oh, Dios, cómo gritó y la insultó! La pobre María del Rosario lloraba y perdía perdón, arrodillándose como en la iglesia. Pero no hubo perdón. La echaron de la casa. Y esa misma tarde partió para Buenos Aires.

¿Qué le esperaba en la gran ciudad? La pobre muchacha veía dos rieles interminables y, al fin, un infinito desconocido. De la estación se dirigió a la casa de una amiga, su única amiga, una buena muchacha que murió en el pueblito tuberculosa. Pensó que tal vez la recibirían bien. ¡Era gente tan buena! La madre, viu-

da, y sus dos hermanas la acogieron amablemen- Pero, ¿cómo tenerla allí? La casa era tan chica... Ella dijo que les pagaría, les pidió un lugarcito. La aceptaron entonces y allí quedó la pobre María del Rosario, feliz en la pobre felicidad de tener un techo y una cama.

Aquel día no pudo contarles su situación. Quiso hacerlo, pero las palabras se le helaron entre los labios. Al día siguiente, fué igual. Pidió fuerzas a Dios, ya que era necesario revelar su estado. Aquella gente tan buena debía saberlo todo. Callar le parecía una deslealtad. Podía ser que ellas no quisiesen tener compromisos tan graves. Por fin, al tercer día habló. Las solteras, mujeres de cuarenta años, más o menos, quisieron echarla. ¡Cómo se enojaron! Pero tenían corazón. Y cuando una comprende que ha faltado, no tiene más que callarse. La señora propuso que les pagara un poco más y entonces se abuenaron. ¡Si ya ella sabía que no eran malas!

Y ahora, ¡a vivir! Pero ¡qué trabajo es vivir, Señor, para una pobre muchacha solita, en una

gran ciudad donde no conoce a nadie, y en camino de ser madre! Dió algunas lecciones particulares. Fué vendiendo todo lo que trajo: sus libros, su ropa. Cosió para algunas casas de comercio.

Mientras tanto, buscaba un empleo de maestra. Un diputado por su provincia, amigo de su padre, la protegió. ¡Qué señor tan bueno! ¡Era un encanto hablar con él, de tan bueno que era! ¡Ella lo quería más...! Una vez le entregó un dinero que le mandaba su padre. El se lo había conseguido, escribiéndole a su padre, según le dijo. ¡Qué monada de señor tan bueno! Y claro, cuando una ve tanta bondad, cuenta su aflicción. El la aconsejó como un padre. Hasta le buscó una casa donde ella saliera del trance. ¡Es un gusto ver que hay gente tan buena en el mundo!

Cuando María del Rosario volvió a la casa de la viuda, después de veinte días de ausencia, ya no era la persona de antes. Ahora traía un suplemento de sí misma, un montoncito de carne blanca y envuelto en trapos, siempre pegado a ella. Un apéndice llorón. Y así los dos, la madre

y el hijo, formaban todo el día un grupo ambulante, berreante y cantante.

La señora de la casa fué cariñosa con el Nene. Hasta le tocó la carita. Claro: ¡era tan rico! Pero las hermanas no lo miraron. La recibieron a ella con un saludo frío. Sin duda, la presencia de aquel pecado las ofendía. Ella comprendió, y se alejó muy triste, con lágrimas en los ojos. Presintió que la vida sería dura para el pobrecito. Él no tenía culpa del pecado de su madre, pero siempre habría alguien que le despreciara. ¿Por qué permites, Señor, tú, creador de la Justicia, que un pobrecito recién nacido sea despreciado a causa de su madre?

A su protector le visitó con el Nene. ¡Él sí que le hizo cariños! Pero un atardecer que fué sola a su escritorio para agradecerle un nombramiento de maestra que recibió por la mañana y que él le consiguiera, ocurrió algo rarísimo. ¡Pobre señor, quién sabe qué le pasaba! Él caso es que la invitó a comer, en un reservado. ¡Qué asombro! ¡Daba una risa acordarse! Ella no podía comprender: un señor como

él, de más de cincuenta años, casado, con hijos grandes, ¡proponer semejante cosa a una pobrecita como ella, sin ningún encanto, mal vestida y que acababa de ser madre! Tal vez un mal momento, una debilidad; ¡pobre señor! Porque aunque él sólo habló de comer, una no es zonza y sabe bien que le han propuesto una cosa mala. No se enojó. ¡Pero le dió una lástima! ¡Y una tristeza! Su desilusión fué tan grande, ta ngrande que si no hubiera sido por su hijito habría deseado morirse. ¡Qué triste es la vida, Señor!

En la escuelita dictaba su clase todas las tardes. El Nene iba creciendo, cada vez más rico. Las tres mujeres de la casa eran siempre buenas con ella y ahora le cuidaban el Nene. Le habían tomado cariño. A ella, las hermanas, con ese genio que tenían, la peleaban siempre, a dos por tres. Era imposible discutirles nada. Por eso ella acabó dándoles la razón en todo. Si por la mañana las hermanas aseguraban que era de noche, ella reconocía que sí, que era de

noche. Todo por el Nene, para que no se lo abandonaran.

Y así pasaba el tiempo, feliz feliz... Pero un día de Septiembre—¡oh, Señor, es horrible sólo el recordarlo!—el Nene se enfermó de escarlatina. El universo entero fué para ella ese montoncito de carne todo manchado, caído, casi sin vida. Y otro día, ¡el más lúgubre de los días!, el universo se apagó, desapareció. ¿Por qué permites estas tristezas, tú que eres la Alegría, oh Señor?

III

Ahora iban a empezar las clases. Y María del Rosario se dirigía a la escuelita, contenta, esperanzada, con la habitual sencillez de su corazón. ¡Era tan lindo dar clase! Y como ella, cientos de muchachas, a la misma hora y con el mismo corazón sencillo y la misma esperanza, cruzaban la ciudad gigantesca para enseñar a los niños en las escuelas. ¡Laboriosas muchachas, santas y pacientes criaturas! En nuestro país son lo mejor del país. El triple tesoro de la humildad, del amor y de la ilusión les pertenece. La vida es algo serio para ellas. Su capacidad sentimental y su vida interior no la

tienen las muchachas de las altas clases sociales. En ellas es posible eso tan raro y tan bello que se llama la pasión de Amor (1).

Allá iba María del Rosario por la calle, con su pasito apresurado. Caminaba un poco agachada y como ocultándose, que es como suelen

(1) Una vez, hace varios años, hubo en un pueblo de provincia una buena y santa muchacha, maestra como María del Rosario, hermana suya en el dolor, que, al igual de infinitas muchachas excelentes, fué vencida por una pasión de amor, y abandonada, y después, lo que es más triste, calumniada. La calumniaron ciertas gentes malas, sin piedad, que son los moralistas: los de la derecha y los de la izquierda. Todos iguales, todos incomprensivos para el amor y el dolor, todos inhumanos, todos hipócritas, todos pedantes. Y calumniaron al escritor que dió vida en un libro a aquella buena criatura, que llamábase Raselda. ¡Al escritor que sufrió por los sufrimientos de esa criatura, que analizó sus angustias con el alma angustiada! Lo calumniaron los moralistas de la derecha, al decir que era una mala mujer aquella criatura buena que se dió por amor, que entregó su cuerpo engañada, sorprendida, víctima de distintas complicidades. Y lo mismo dijeron los otros, los moralistas de la izquierda. Claro; hay algo que une a los hombres de los más opuestos partidos, a los hombres de más contrario sectarismo: es la estupidez. Y calumniaron al escritor, atribuyéndole el propósito infame de condenar a aquella buena criatura para condenar a todas sus hermanas, para decir que todas, una por una, se daban por amor. ¡Oh, tristeza de la vida! ¿Por qué, cuando uno escribe una cosa, habrá gentes que lean otra? ¿Había alguna palabra de condenación en el libro para la que fué vencida por su amor? Por el contrario, ¿no aparecían en todo su carácter, antipático y estúpido, aquellas mujeres que la despreciaban porque amó, aquellos hombres necios que le hacían proposiciones,

caminar los seres muy modestos o los que han sufrido mucho. Era bajita, de carnes redondeadas. Desde chica tenía en los labios una expresión dolorosa, que habíasele acentuado al morir su hijito. Pero también habíasele como derramado por toda la cara aquella expresión de su-

---

suponiendo que el haber amado con pasión a otro era antecedente favorable a sus deseos? Si leyeran con sencillez de corazón—¡oh, ingenuidad, pedir sencillez a un moralista!—no hubieran atribuído al escritor la intención condenatoria, que sólo estaba en ellos. Para el escritor, aquella muchacha vencida por su pasión amorosa y engañada, no cometió nada malo. Es decir, según la ley de la vida. Lo malo sería darse por vicio; porque ni aun la que se vende, cuando no tiene de qué vivir, hace una cosa mala. Será todo eso una desgracia, una horrible desgracia; no una cosa mala. Pero lo cómico—y lo triste—es que los moralistas de la izquierda dijeron exactamente lo mismo. ¿Cómo? Ayer hablaban ustedes de la libertad del amor y condenaban el estrecho criterio moral de sus colegas de la derecha; y ahora resulta que, para ustedes, la que se da por amor, engañada, con toda inocencia, con pureza de alma, es una delincuente. Bueno, bueno... Pero había una diferencia entre unos y otros: los de la derecha felicitaban al escritor, porque condenaba a esas pobres y buenas criaturas, y los de la izquierda lo insultaban, creyendo lo mismo. Y el escritor, hombre tolerante, que comprende todas las flaquezas humanas, que sabe lo que es la piedad, sufrió de esta incomprensión. ¡Pobre Raselda! El la creía una buena criatura, un corazón de pureza; y los moralistas dijeron que él la condenaba. ¡Condenarla a ella, un hombre que no condena a nadie, ni siquiera a ustedes, oh incomprensivos, inhumanos, pedantes, hipócritas, moralistas de la derecha y de la izquierda!

frimiento. Por la frente, que era pensativa; por los ojos, unos ojos celestes y confiados cuya dulzura se había humedecido de melancolía; por sus mejillas, que tendían a una posición alargada, había algo de doliente en toda la personita de la pobre María del Rosario.

Creíase fea, vulgar, poquita cosa. No era bonita, sin duda, pero sí interesante. Aquella sonrisa triste era su encanto, y ella no se imaginaba hasta qué punto dábale carácter y personalidad. Tenía un alma apasionada. Tranquila habitualmente y silenciosa, exaltábase alguna vez en las discusiones. Entonces su rostro se animaba, su cabecita se enderezaba, sus ojos parecían despertar de su letargo, su busto erguíase. Tenía opiniones arraigadas, pero rarísimamente las dejaba ver. Solía ceder cuando discutíanle algo; por bondad, por no ofender. Asentía vagamente, sin traicionar su verdadera opinión, y quedaba con la cabeza a un lado, melancólica, acentuada algo más la pequeña duda de sonrisa doliente de sus labios.

Acaso por esta sonrisa doliente, ¡pobre Ma-

ría del Rosario! juzgábanla en la casa una mosquita muerta. ¡Mosquita muerta ella, que era toda sinceridad! No la comprendían, ni nadie la comprendió nunca. Pero ¿qué puede hacer una cuando es así, callada, reservada, poquita cosa?

La directora dióle el primer grado. ¡Qué felicidad tener otra vez los chiquitos! ¡Eran todos un encanto, de ricos y graciosos! ¡Daba una risa a cada disparate que preguntaban!

Pero esta felicidad fué motivo de pena. Claro, por su pobrecito Nene. Pasaba que nunca lo imaginó a su hijito grande, sino de seis años cuando más: la edad de toda aquella ricura de angelitos. En sus sueños—¡qué divinos sueños de pobrecita madre!—lo veía aprendiendo a leer con ella, gracioso, riquísimo, hecho un bandido. Así es que en la escuela, muchos días que le daba por acordarse, ¡era una pena, una pena!... Hasta se le ocurría—¡qué tonta es una a veces!—que el Nene entraba en el aula o que jugaba con los otros mocosos en el recreo.

Desde que nació el Nene, ella había decidido

que se parecía al padre. ¡Pero si era igualito! Parece mentira que una criatura recién nacida pueda ser tan idéntica a una persona grande. La naricita perfecta, los ojitos redondos, el corte de la carita, todo era igual que en el padre, pero de una igualdad que daba risa. Y no era por cariño a ese hombre, no, que ella encontraba al Nene tan parecido a él. Cierto que se enamoró como una zonza, que fué suya en cuerpo y alma; pero ahora no lo quería, no podía quererlo. ¡Un poco egoísta, ese muchacho! Ni siquiera se incomodó para conocer a su hijito. A ella le hubiese encantado mirar al Nene junto con él y turnarse en los besuqueos. O no, lo hubiera dejado a él... Ella tenía tiempo para besar a solas al chiquito y jugar con él y hablarle todo el día. Si él hubiera ido, ella le habría perdonado el daño que le hizo. No era malo, pero sí un poquito egoísta. ¿Serían así todos los hombres, como había oído tantas veces? De todos modos, lo habría perdonado. Pero para quedar como amigos, nada más. No se

vaya a creer otra cosa. Aquello, el Amor, se fué de su corazón.

Esto imaginaba la pobre María del Rosario. Pero al mismo tiempo que lo imaginaba, el corazón se le ponía inquieto. Ella se creía fuerte, y lo era. Pero ignoraba que el Amor es más fuerte que toda la fuerza de una buena muchacha.

IV

Una mañana, María del Rosario enseñaba a sumar. De pronto, los números bailaron en su cabeza. No supo cuánto eran tres y dos. No supo nada. Se hubiera sentado, porque no podía permanecer de pie. Pero allí, en la puerta, estaba la directora, fría y solemne como siempre, con sus solemnes anteojos como siempre y con su cara rígida de siempre, que parecía ir diciendo solemnemente por toda la escuela: "Hay que cumplir el deber".

¿Qué pasaba? Era que la directora traía un niño y lo hacía entrar en la clase, y que ese niño, ese niño era el chiquito de María del Ro-

sario. Esto creyó ella al verle. Pero su hijito estaba muerto, completamente muerto. ¿Y entonces?

Eran iguales. El chiquito que había entrado y que ya ocupaba un asiento en la primera fila de bancos, era, ni más ni menos, como María del Rosario imaginó al suyo. Tal cual. La misma carita, la misma seriedad, los mismos ojos grandes y asombrados. El chiquito que había entrado era rubio como el de ella. Sólo había una diferencia: el trajecito. Al Nene, María del Rosario lo vió siempre bien vestido y muy limpio, pero este otro era además muy elegante. Sus padres serían personas de fortuna. Y ella, María del Rosario, era pobre. Por eso su imaginación se quedó en un trajecito modesto. La imaginación de los pobres es así: pobre, lo mismo que ellos. Y la imaginación de María del Rosario era también tímida, como ella. No se hubiera atrevido aquella imaginación a pensar en un trajecito lujoso.

María del Rosario continuó su clase. Pero aquello ya no fué una clase. Fué una sucesión

de palabras y de movimientos, sin orden unos ni otros. La maestra pasaba de la alegría a la tristeza, sin motivo aparente. Todo su ser, sus ojos, sus sentidos, su alma, su corazón, estaban allí, frente al chiquito, al lado del chiquito, rodeando al chiquito. Un poco más que el *pebete* abriera sus ojazos, una palabra que dijese, un gesto de sus manitas, y ya la maestra reía de contento o lloraba de contento. ¡Era tan rico su Nene, el que estaba allí! Pero luego pensaba que no era su Nene, que el suyo estaba muerto, completamente muerto, y entonces todo aquel contento se volvía honda tristeza.

Al acabarse la clase, apartóse con él. Quedó sola con él, en el aula, mientras los demás chiquitos salían al patio. Allí lo besó; precipitadamente, de miedo que pudieran verla. Lo besó en los ojazos, en la cabecita enrulada y rubia, en sus manos gorditas. El protestaba. Quería ir al recreo.

Ella le preguntó su nombre. El, atufado, no contestaba. La maestra insistía, y él, sin duda para verse libre, dijo su nombre: Lichito.

—¿Licho? Licho ¿qué? No. Lichito te dicen, pero ese no es un nombre, tesoro. Tu nombre será...

María del Rosario no se animaba a pronunciar aquel nombre. Al padre del Nene, a aquel que la engañó y al que tanto ella quiso, le decían también así. ¿Sería su nombre el nombre del tesoro que estaba allí, enojadísimo, en la prisión de sus brazos? Sí, los dos tenían el mismo nombre y los dos se parecían de una manera increíble. Y lo que era peor, los dos tenían el mismo apellido. Lichito se lo dijo, forcejeando para escaparse y huyendo al patio.

La pobre María del Rosario cayó sentada en uno de los pupitres infantiles. Unas enormes ganas de llorar iban juntándose allá dentro, en la raíz de su alma. Aquello subía, subía, subía... Ahora, ¿por qué esas ganas de llorar? ¿No tenía motivo, más bien, para ponerse contenta? Porque la verdad, tener a ese chiquito allí, a su lado, ¿no era como tener al Nene? ¿Pero de quién sería hijo ese chiquito? El mismo nombre, el mismo apellido que él... ¿Sería

hijo suyo, Señor? ¡Qué tonta es una en preocuparse de cosas que no deben importarle, de cosas que apenas si afectan al pasado! Sí, era una tonta en querer llorar. Pero no lloró porque era fuerte. Y sobre todo porque vió a su lado, en la imaginación, la cara siempre fría y solemne de la directora, con sus anteojos solemnes, con aquella cara rígida que iba ordenando solemnemente por todos los rincones de la escuela: "Hay que cumplir el deber, señorita".

María del Rosario se levantó y salió al patio. Allí vió a Lichito que jugaba con otros. Parecía imponérseles a los demás, mandar. Ella lo miraba, y su sonrisa era más ancha y más triste.

Recostada en la pared permaneció así un instante. Una maestra que cruzó el patio, quedó asombrada al ver la actitud y la expresión de María del Rosario. Parecía ausente, parecía enferma. Ella la había saludado. Pero María del Rosario, distraída, no le contestó.

V

Lichito tenía seis años y era inteligente. Hablaba un poco de francés. Eso sí, amigo de jugar hasta en clase. Y haragán, muy haragán. Raras veces traía los deberes. Y caprichosito, también. ¡Qué trabajo, estos chicos mimados, indisciplinados!

María del Rosario descubrió pronto el enigma. Lichito era hijo de un hermano de él. Era ahijado también de él. Y se le parecía tanto, que pudiera pasar por hijo suyo. Se le parecía tanto como el Nene. Y el Nene y Lichito eran los dos idénticos. Por esto la maestra quiso a Lichito como a un hijo. Toda su ternura, su

dulzura, fué para Lichito. Ahora, claro: una es maestra y no puede demostrar preferencias. La cara de la señorita directora, sus anteojos, "cumpla su deber, señorita"... María del Rosario sabía todo eso. De modo que sólo a escondidas podía besar a Lichito y mirarlo a gusto. Disimuladamente esperaba que viniesen a buscarlo, para salir al mismo tiempo. Si era una sirvienta, María del Rosario encontraba algún pretexto para hablarle de Lichito y besar largamente a su predilecto.

Lichito había entrado en Abril. Y como faltaba mucho a la escuela y era haragancito, estaba atrasado con respecto a los compañeros. ¿Qué hacer? No podría retarlo. ¿Cómo iba a retar a su hijito? No podría castigarlo. ¿Cómo castigar al Nene, que había vuelto a nacer y ahora estaba allí, en la escuela, cerca de ella? Es preciso no tener entrañas, no ser madre para retar o castigar a los chiquitos. Una será lo que se quiera, habrá faltado gravemente, pero tiene un poco de corazón.

Al principio, María del Rosario trató de en-

señarle individualmente, un ratito, con preferencia a los demás. Pero la directora, con su cara rígida y solemne, con sus anteojos solemnes y con aquella expresión que iba diciendo por todos los rincones de la escuela: "Cumpla su deber, señorita", se lo reprochó. La directora no sospechaba su preferencia, pero observóle que no debía dedicarse tanto tiempo a un solo niño. La clase se atrasaría, no llenaría el programa.

Entonces, la maestra pensó en un castigo. ¡Un castigo, a él, a Lichito, a su Nene idolatrado! Pero no se vaya a creer que un castigo serio. No, por amor de Dios. Un castigo chiquito, una poquita cosa de nada... Además, él no sufriría. ¡Imaginarse que ella, la madre del Nene, iba a hacer sufrir a Lichito! Es no conocerla a una, pensar ese disparate. El castigo consistiría en dejarlo sin recreo, un recreo de diez minutos. Lichito no sufriría porque no era muy sensible. Le importaría poco el castigo en cuanto castigo. Pero, como era orgullosito el rico, como tenía tanto amor propio, no le gus-

taría. Y entonves, tal vez estudiase y trabajase un poco más, para evitar lo que él—¡pero qué encanto de chiquito! — consideraría una humillación.

Un día, como tantas veces, Lichito faltó. Pero faltó al otro día y al siguiente. María del Rosario supo con terror que era por enfermedad. ¡Por enfermedad! La pobre maestrita ya no comió, ni durmió, y apenas pudo dar su clase. Su sonrisa triste se profundizó y ensanchó dolorosamente. Caminaba ahora más agachada que nunca. ¿Pensaría llevárselo el Señor a aquel tesoro, lo mismo que se llevó al otro? ¿Y por qué? ¿Por qué, Señor, quitas a una pobre madrecita su alegría, tú que eres la Alegría Eterna y Perfecta?

Pasó una semana. María del Rosario quiso preguntar a la casa por teléfono. Pero no se atrevió. Podían saber que era ella, y entonces, ¡quién sabe que se imaginaría él, sabiéndolo! Y siguió con la misma ansiedad pesando sobre su cuerpo, desfigurando su rostro, convirtiendo en en mueca triste su sonrisa.

Pero un buen día, tres semanas después de la primera ausencia, apareció Lichito, que era como si todas las cosas buenas y bellas del universo hubieran regresado del abismo de tinieblas donde estaban. Ahora todo fué un encanto en la vida. La viuda y las hermanas pasaron, de simplemente buenas, a santas. Y la cara de la directora, dulcificada de una seda de simpatía, con una luz de sacrificio en los anteojos, ya no conminaba imperativamente al deber como antes, sino que aconsejaba con benevolencia: "Hagamos lo posible por cumplir nuestros deberes".

¡Y qué lindo estaba ahora Lichito! Más que nunca. Y ahora también, más que nunca, se parecía al Nene. Era el más gracioso de la clase, el más bonito, el más rico. Pero eso sí: haragancito y distraído como ninguno. Parecía que la enfermedad, los mimos exajerados que seguramente le rodearon durante quince días, le hubiesen atrasado como alumno y favorecido sus pocas aficiones al estudio. Pero todo esto era inevitable. ¿Cómo no mimar al más grande de

todos los tesoros, y especialmente estando enfermo? Ella hubiera hecho igual de ser la madrecita. ¿Qué importaba que después perdiese el año? ¿Y todos los años? La cuestión era que sanase, y que estuviese contento y que fuese siempre tan rico... ¿Qué valían los estudios al lado de estas cosas? ¡Si la directora la oyera!

María del Rosario comprobó que Lichito había olvidado casi todo lo que sabía. Sacaba mal las cuentas más fáciles y en la lectura era una calamidad. ¡Hacia una gracia verlo empacadito, medio enojado, sin poder salir del atolladero! Daba ganas de comerlo a besos y mandarlo a jugar. Pero una es maestra y debe conseguir que todos sus alumnos, hasta los más deliciosos y los más queridos, aprendan y pasen el año. Lo hubiera comido a besos, durante todo el tiempo de la clase. Pero entre ella y el chiquito se interponía un muro sólido, formado de programas, de reglamentos, de disposiciones oficiales, de órdenes de la directora, de indicaciones de los inspectores, de una infinidad de textos y cuadernos y deberes... ¡Muro antipá-

tico! ¿Y qué puede una contra todo eso? ¿Y por qué, Señor, tú que eres la suprema Simplicidad, la suprema Libertad, y el supremo Amor, permites que la vida sea complicada por tantas leyes y convenciones que la tornan rígida, compleja, falsa, esclava y ausente de todo Amor?

VI

Dos días después de que Lichito reingresara en la escuela, como siguiera sin interesarse, sin trabajar y sin querer aprender, María del Rosario resolvió acudir al recurso en cuya eficacia creía: dejarlo sin recreo.

Y allá estaba la maestrita, dolorida, sufriente, con ganas de llorar, mirando a su Lichito en el aula, mientras los otros chicos jugaban. Ya se arrepentía con toda el alma; pero no de haber faltado al reglamento sino de haber castigado a su Lichito. El reglamento prohibía que se dejase a su niño sin recreo, porque los recreos, según decía la directora, tenían por objeto "el descanso de las mentes infantiles". ¿Estaría ella perjudicando a la inteligencia de su

Lichito? Y con estas preocupaciones se mezclaba el temor de que la directora se enterase. Ya la veía aparecer con su cara rígida y solemne, con sus anteojos solemnes, con su solemnidad de todos los minutos y decirle: "Ha faltado a su deber, señorita, ha faltado gravemente a su deber".

Así pasaban para la pobre maestra aquellos diez minutos del recreo. Lentitud de siglos. Lentitud de todos los instantes de la vida que vivimos intensamente, con la hondura de las cosas eternas. María del Rosario permanecía en el patio. Miraba a los chicos jugando, y pensaba en el otro, encerrado en el aula, y en aquel otro, encerrado en un cajoncito que la tierra guardaba. Y cuando María del Rosario se ponía más triste, entraba en el aula y besaba a Lichito, que resistía, enfurruñado.

Por fin terminaron aquellos diez minutos angustiosos. ¡Ya no lo haría más, nunca más!

María del Rosario advirtió ese mismo día que a Lichito le había humillado el castigo. ¡Tan orgullosito, el tesoro! Advirtió también que al-

gunos compañeros se burlaban de él porque había sido castigado. Pero ella no impidió esas burlas, que serían benéficas. Y así ocurrió, en efecto. Lichito al principio, negaba que le hubieran castigado. "Es una mentira, es una gran mentira", afirmaba con energía. María del Rosario observaba sonriente y feliz. Distraída con los chicos, embobada en Lichito, la maestra no advertía que aquella clase ya no era clase, y que podía aparecer la directora y decirle: "Ha faltado a su deber, señorita". Pero, ¿cómo pensar en otra cosa oyendo hablar a Lichito, oyéndolo protestar, viéndolo furioso, con su piquito estirado, los ojos llorosos de rabia y las manitos amenazadoras? ¿Y cuando se levantó de su pupitre y atropelló al vecinito, y lo sopapeó, hecho un energúmeno? ¡Daba una risa! ¡Y qué ricura de chico, qué tesoro de gracia! ¿Por qué, Señor, te llevaste a aquel otro, que alguna vez, en otra escuela y otra clase, podría sopapear a su vecinito con la misma gracia, con el mismo encanto de enojo y de furiecita?

VII

María del Rosario era feliz, feliz. Lichito, ahora, ponía en clase más atención, estudiaba y hasta traía los deberes. ¡Cómo adelantaba ese chico cuando quería! Le faltaba poquísimo para alcanzar a sus compañeros. Si continuaba así, sería el primero de la clase. Lo mismo que el Nene, pues de haber vivido, ¿qué otro chico iba a ser más adelantado que él?

El contento de María del Rosario no se enturbiaba por nada. Cierto que la dueña de la casa donde vivía estaba seria con ella. La señora era muy buena, pero quería que María del Rosario trabajase como durante el verano en

arreglar los cuartos, en barrer el patio y hasta en cocinar. Ella haría todo eso con gusto, pero cuando una no tiene tiempo, ¿qué va a hacer? Las clases, la corrección de los deberes, y el estudiar le llevaban todo el día. Apenas si disponía de los minutos suficientes para arreglar su cuartito y mirar aquellas ropitas del Nene, ocupación que era la mayor dicha de su vida diaria. Las dos solteronas la molestaban algo. Desde que ella estaba contenta, las dos mujeres se habían vuelto insoportables. No podían con su genio, las pobres. Claro que ella hacía mal en mostrar su alegría delante de ellas. Las había incomodado más de una vez. Pero es que antes, cuando estaba triste, cuando Lichito se enfermó, por ejemplo, ellas le gritaron que su tristeza: una tristeza "estúpida", dijeron ellas —¡qué exajeradas!—, ofendía a la gente. Por esto imaginó que el mostrar contento, lejos de molestar, sería agradar. Y ahora parecía que también esto era una ofensa.

Pero la felicidad de la pobre maestra no iba a durar mucho. Estaba escrito que sería des-

graciada. ¿Y qué puede contra la saña de la Fatalidad una infeliz muchacha sola, sin una alma a su alrededor que la comprenda, sin nada en la vida qué gozar ni siquiera qué soñar?

Una mañana, pocos minutos antes de terminar la clase, la señorita directora la mandó llamar. Acudió tranquila, sonriendo con su sonrisa siempre un poco dolorosa. La directora estaba sentada en su escritorio, rígida como siempre, solemne como siempre, con su cara inmóvil y sus anteojos solemnes y aquella actitud de toda su persona que parecía ir solemnemente diciendo: Cumpla su deber, señorita".

Dos señores conversaban con la directora. A uno, ello lo conocía: era el inspector, un hombre ya viejo y seguramente muy bueno en el fondo, pero que le gustaba mostrarse severo y molestaba a las maestras con reproches, consejos y exigencias. El otro... ¡Pero si era idéntico ese señor al que fué su gran alegría primero y su gran dolor después, al padre del Nene, al soñado y al perdido para siempre!

—El señor — habló la señorita directora con

su voz enfática y agria—es el padre de un niño al que usted ha dejado sin recreo. ¿Reconoce usted que es exacto el hecho?

María del Rosario quedó como un niño que imagina ver un fantasma horrible. Miraba a unos y a otros, asustada, temblando entera, pálida.

—Conteste, señorita — continuó la directora. —¿Es exacto?

—Sí, señorita... Pero era por... — tartamudeó afligida.

—¿E ignora usted que las mentes infantiles necesitan descanso, y que por eso el reglamento, muy sabiamente, consultando los progresos de la psicología y la pedagogía, prohibe a las maestras dejar sin el recreo a los niños?

La respuesta de la pobre, de la santa María del Rosario estaba en sus ojos llorosos, en la inclinación doliente de su cabecita, en el estremecimiento de su ser. Pero nadie la vió. Aquellos dos hombres y aquella mujer sólo vieron un silencio culpable, una mudez de hipocresía o de arrepentimiento.

—Es una falta gravísima, señorita, la que ha cometido. Queda suspendida por una semana.

—Pero... señorita...—balbucía la maestra —si todas... lo hacen..

No, no, ella no quiso decir eso. Ella tenía su cabeza atestada de palabras que querían salir y se atropellaban. La idea de que todas lo hacían había estado en su cabeza, pero ella no pensó en decirla. ¿Por qué salió esa idea y no otras que ella quería decir? ¿Por qué, a veces, será una tan infeliz, tan torpe? Con razón estaba tan enojado el señor inspector. Con razón la señorita directora se excusaba ante él, acusando a María del Rosario, que desacreditaba a la escuela. Con razón su cara no tenía la solemnidad de siempre y miraba a la criminal con ojos furibundos. Hasta los anteojos parecían echar chispas de indignación.

La pobre María del Rosario estaba aturdida. Creíase una criminal. Aquel recreo — ¡oh Dios de bondad! — pesaba sobre su conciencia sencilla como un gran delito. Y continuaba parada frente a sus jueces, muda, vencida, sufriente,

sin ver otra cosa que su gran falta, sin oir otra cosa que una palabra de reprobación, hasta que la voz de la directora, imperiosa como una condena inapelable, la sacó de su inmovilidad, ordenando:

—Retírese, señorita. Está bien.

VIII

¡Cómo nos alivia en nuestras penas el creerlas hijas de una culpa nuestra! Imaginamos —¡pobres criaturas como somos!—que, no faltando, en adelante podremos remediar el dolor. María del Rosario víctima, no hubiera podido moverse de allí, frente a sus jueces. Pero María del Rosario culpable, pudo caminar, aunque vacilante, pudo llegar al aula, pudo disponer la salida de sus chiquitos y pudo ir a ponerse su sombrero y abandonar la escuela.

A él no lo había visto sino vagamente, como se vé a las cosas que están detrás de la lluvia. No quiso mirarlo. No hubiera podido hacer que sus ojos, sin fuerzas, llegaran hasta él. ¿Y có-

mo el criminal podría contemplar a su víctima?

Ahora iba por la calle la pobre María del Rosario. Más que nunca iba agachada, más que nunca arrimándose a la pared, como para incrustarse en ella.

Toda su personita era una gran sonrisa dolorida. Aquella sonrisa de siempre—lo que la hacía tan simpática, tan triste, tan modesta, tan poquita cosa—había dejado de ser sonrisa para convertirse en mueca. ¿Mueca? ¡Oh la miseria de las palabras! Mueca es una cosa fea, desagradable, una caricatura, una deformación de las facciones. Y aquello que había en el rostro de María del Rosario era una belleza de dolor, una exacerbación de sufrimiento, una tragedia de los labios. Toda su alma dolorida, todo su corazón dolorido, toda su carne, también dolorida, afluían hacia sus labios y los abrían en una pobre sonrisa.

Iba así por la calle de su amargura. En la garganta el llanto amenazaba. Decidió tomar un automóvil. ¿Cómo llorar allí en la calle? ¿Para qué mostrar a los demás los sufrimien-

tos de una? No comprendería nadie al verla. Y si comprendiesen tal vez se ofenderían. Si ofende el estar una contenta, ¿cómo no ha de ofender el estar triste y el llorar?

Levantó la cabeza y miró a la calle, para llamar un auto. Y entonces vió a los dos hombres que caminaban delante de ella, a sus jueces. Sin duda ella, que casi corriera, los alcanzó. Tuvo un gran deseo de pedirles perdón, de decirles que ella adoraba a Lichito, que no era el haber faltado contra el reglamento lo que le importaba sino el que fuesen a imaginar que ella no quería a aquel chiquito: amor de su vida, tesoro de su ternura y de su contento. Quiso hacer esto, pero le faltó valor. ¡Daba una rabia ser tan zonza, tan tímida!

Los dos hombres hablaban de ella.

—Estas maestras tienen una habilidad especial para hacerse antipáticas—dijo el padre de Lichito.

El otro, sin duda, no quiso aprobar esta generalización, y, limitando el caso a María del Rosario, afirmó:

—Lo que hay es que esa muchacha le habrá tomado antipatía a su chico...

—¡Se precisa mucha maldad para eso! Un chiquito tan lindo, tan inteligente, tan simpático...

—Hay mujeres perversas...

María del Rosario sólo oyó el eco de miseria de estas palabras. Dentro de un automóvil allí estaba, con la cabeza torcida, en una angustia sin fin. El pañuelito, que daba vueltas sobre sus ojos, ya no tenía un solo punto que no estuviese empapado. Y a cada rato, entre un llanto que concluía y otro que comenzaba, sus labios alargábanse en el aire para besar. ¿A quién besaba la pobre María del Rosario? Besaba a aquel chiquito que tanto le hacía sufrir y a aquel otro que la dejó sola en la vida, haciéndola padecer infinitamente. ¿Por qué, Señor, aquello que nos hace sufrir es lo que más amamos en nuestra pobre vida?



INDICE

INDICE

